



LOS MUCHOS MUNDOS DE POUL ANDERSON

II

Esta recopilación de cuentos y novelas cortas de Poul Anderson muestra ante todo la muy notable variedad de los temas y métodos narrativos de quien es sin duda uno de los maestros de la ficción científica contemporánea. Aunque se considera por lo general que Anderson es indiscutiblemente inimitable en las narraciones «épicas» —batallas galácticas, conflictos que atañen a constelaciones enteras, largos viajes en el tiempo— muchos de los relatos reunidos en estas páginas muestran también la extraordinaria inventiva del autor cuando se trata de describir, por ejemplo, la naturaleza de una planta o la composición de una atmósfera insólita, o los problemas de un hombre común.

Lectulandia

Poul Anderson

**Los muchos mundos de Poul
Anderson II**

Nebulae - Segunda época 58

ePub r1.0

RoqueNublo 29.08.16

Título original: *The many worlds of Poul Anderson*

Poul Anderson, 1974

Traducción: Norma B. de López

Diseño de cubierta: Julio Vivas

Editor digital: RoqueNublo

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

El viaje más largo

Cuando por primera vez oímos mencionar la Nave del Cielo estábamos en una isla cuyo nombre, según el idioma montaliriano es capaz de pronunciarlo, sonaba algo así como Yarik. Eso fue casi un año después de que el *Saltador Dorado* zarpara de Ciudad Lavre, y juzgamos que habíamos llegado a medio camino alrededor del mundo. Tan sucia de algas y caracoles estaba nuestra pobre carabela que todas sus velas apenas conseguían arrastrarla por el mar. La escasa agua potable que nos quedaba, se había puesto verde y maloliente en los toneles, las galletas estaban llenas de gusanos y los primeros síntomas de escorbuto habían aparecido ya entre la tripulación.

—Riesgo o no riesgo, debemos tocar tierra en algún lado —sentenció el capitán Rovic.

Según recuerdo, un brillo maligno apareció en sus ojos, y acariciándose la barba roja murmuró:

—Además, hace mucho que hemos preguntado por las ciudades áureas. Quizás esta vez alguien pueda darnos referencias de ese lugar.

Murmuraciones de motín volvieron a recrudecer mientras atravesábamos la vasta inmensidad, siempre hacia el oeste en ese planeta ogro que día a día parecía dilatarse ante nosotros. Con toda conciencia no podía culpar a los tripulantes. Imaginen, mis señores. Día tras día nada veíamos más que aguas azules, espuma blanca, altas nubes en un cielo tropical; escuchábamos sólo el viento, el bramar de las olas, el crujir del maderamen; a veces, por la noche, un gran remolino y la embestida del agua al acercarse un monstruo marino. Estas cosas eran bastante terribles para simples marineros analfabetos que aún creían que el mundo era plano. Pero, además, tener a Tambur colgado siempre del palo mayor, y trepando por él para que todos pudiéramos ver que tarde o temprano debíamos pasar bajo esa siniestra cosa, y... ¿Qué lo mantenía arriba? (murmuraba la tripulación en el castillo de proa). La ira de Dios, ¿no le haría caer sobre nosotros?

De manera que una delegación esperó al capitán Rovic. Muy tímidos y respetuosos se dirigieron a él esos hombres toscos y corpulentos mientras le pedían que alterara el rumbo para regresar. Pero el resto de sus camaradas se había congregado abajo, los cuerpos musculosos y tostados por el sol muy tensos, apenas cubiertos por sus faldillas harapientas con dagas y punzones a mano. Mientras tanto, nosotros los oficiales estábamos en el alcázar, y empuñábamos espadas y pistolas, es cierto. Pero éramos en total apenas unos seis, incluso ese niño asustado que entonces era yo, y el viejo Froad, el astrólogo, cuya toga y barba blanca inspiraban respeto pero que no servían de mucho en la pelea.

Rovic permaneció mudo largo rato después que el portavoz hubo anunciado las demandas. El silencio aumentó hasta que se oyó únicamente el chillido del viento en nuestras velas y el brillo vacío del océano hasta el borde del mundo era todo lo que se

veía. Nuestro amo lucía en todo su esplendor; al saber que venía la delegación se había adornado con medias escarlatas y zapatos con cascabeles en las puntas; asimismo, su yelmo y corselete brillaban como espejos bajo el sol. En torno a su cabeza enmarcada de acero se agitaban penachos de plumas, los diamantes de sus dedos competían con el brillo de los rubíes en el mango de su espada. Sin embargo, cuando por último habló, no lo hizo como un caballero de la corte de la reina, sino en el tosco dialecto de su niñez de pescador.

—¿... y queréis volver atrás, mozalbetes? Con buen viento y sol caliente, ¿pensáis salir trotando a través de medio mundo? ¡Qué distintos sois de vuestros padres...! ¿Habéis oído alguna vez la leyenda de que antes las cosas se hacían según el deseo del hombre, y que por culpa de un perezoso ahora no nos queda otra alternativa más que trabajar? Pues bien, el holgazán llegó al extremo de pedirle a su hacha que cortara un árbol por él y pidió al manajo de leña que se fuera solo a casa, pero cuando quiso que también lo llevara a él, la ira de Dios fue tan grande que le quitó el poder. Aunque, en su gran misericordia, a todos los perezosos como él les dio la gracia de tener suerte en el mar, los dados y el amor. ¿Qué más queréis, mozos?, os pregunto yo.

Aturrullados por la respuesta, el portavoz se retorció las manos y miró con rubor hacia el puente. Logró tartamudear que todos perecerían miserablemente... de hambre, de sed, se ahogarían o quedarían aplastados bajo la horrible luna, o navegarían hasta llegar al borde mismo del mundo... El *Saltador Dorado* había llegado más allá que ningún otro barco desde la caída del hombre... «Y si volvemos ahora, nuestra fama vivirá por siempre».

—Pero yo te pregunto: ¿podéis comeros la fama, acaso? —dijo Rovic en un tono que aún era suave y sonriente—. Hemos tenido luchas y tormentas, sí. Y tiempos alegres, también, ¡pero al diablo si hemos visto las ciudades áureas, aunque todos sabemos que están por estos lugares, llenas de tesoros para el primer hombre atrevido que ponga en ellas la planta! ¿Qué corroe tus entrañas mozo? ¿No es ésta una navegación fácil? ¿Y que dirán de nosotros los extranjeros? ¿Permitiréis que los arrogantes caballeros de Sathayn, los grimosos pordioseros de Woodland se rían de nosotros por haber vuelto?

Así jaraneaba con ellos. Sólo una vez llevó la mano a la espada, como distraído, cuando recordó como había domado al huracán de Xingu. Pero ellos recordaron el motín que siguió a aquel suceso y como la misma espada había traspasado a tres marineros que lo atacaron juntos. En su dialecto les había dicho que olvidaría todo lo pasado si ellos hacían otro tanto. Les hizo impúdicas promesas de juegos entre salvajes lascivos aún por descubrir, recitó leyendas de tesoros, apeló a su orgullo de marinos y de montalirianos, aplacó los miedos. Y al final, cuando los vio más maleables, dejó el tono campechano. Se adelantó en el alcázar con el yelmo ardiente y las plumas flotando mientras la bandera de Montalir agitaba sus colores desteñidos por el mar, encima de sus cabezas, y entonces, hablando como un caballero de la

reina dijo:

—Bien sabéis que no tengo intención de volver hasta que hayamos circundado el gran globo y podamos regalar a Su Majestad el presente que es de nuestro exclusivo derecho otorgarle; que no es oro ni esclavos, ni tampoco la ciencia de lugares lejanos que ella y la Compañía de Mercaderes Aventureros desea conocer. No, lo que levantaremos en nuestra mano ese día que volvamos a pisar los largos muelles de Lavre será nuestra hazaña: la de haber hecho lo que ningún hombre osara en todo el mundo hasta entonces, y hacerlo para gloria de ella.

Permaneció inmóvil durante un rato, rodeado del silencio que sólo quebraban los ruidos del mar. Después tranquilamente, agregó:

—Tenéis mi permiso.

Y girando sobre los talones volvió a su cabina.

Así continuamos algunos días más; la tripulación sumisa per no taciturna, los oficiales cuidándose bien de ocultar sus dudas. Por mi parte estaba muy ocupado, no tanto con las tareas administrativas por las que se me pagaba o por estudio de la capitanería del que era aprendiz —entre ambos no daba para mucho por entonces— sino como asistente de Froad, el astrólogo. Los climas templados eran propicios para desarrollar su tarea aún a bordo de un barco. A él poco le importaba que nos hundiéramos o pudiéramos nadar; ya había vivido su buena porción de vida, de todas maneras. En cambio, le preocupaba la certeza de ganar el cielo desde aquí. Muchas noches era posible verlo en la cubierta de proa con su cuadrante, astrolabio y telescopio; bañado por la claridad celestial tenía todo el aspecto de un santo de barba blanca.

—Mira aquí, Zean.

Su mano huesuda señalaba por encima del mar resplandeciente y ondulante de luz, más allá del cielo violáceo y las pocas estrellas que se atrevían a asomar, hacia donde estaba Tambur. A medianoche, en su faz llena, era enorme y se extendía sobre siete grados de cielo, escudo de suave azul y verde salpicado de negro furioso que parecía cruzarle la cara. Esa luna luciérnaga que habíamos llamado Siett parpadeaba cerca del borde brumoso del gigante. Balant, que raras veces asomaba en nuestra parte del mundo, estaba ahora alto, afilada medialuna cuya parte oscura tenía la incandescencia del luminoso Tambur.

—Observa —declaró Froad—. No cabe duda alguna: uno puede ver como rota el eje y las tormentas que hierven en su aire. Tambur ha dejado de ser una pálida leyenda o una terrible aparición que se ve levantar cuando entramos en aguas desconocidas: Tambur es muy real. Un mundo como el nuestro, inmensamente más grande, es cierto, pero asimismo un esferoide en el espacio en torno al cual se mueve nuestro mundo, presentando siempre el mismo hemisferio al monarca. Así, las elucubraciones de los antiguos quedan triunfalmente confirmadas. No sólo en cuanto

a que nuestro mundo es redondo... bah, eso resulta obvio, pero que nos movemos con respecto a un centro mayor que, a su vez, tiene un recorrido anual alrededor del sol. Pero entonces, ¿qué tamaño tiene el sol?

—Siett y Balant son satélites internos de Tambur, mientras que Vieng, Darou y las otras lunas que vemos comúnmente en nuestras tierras tienen órbitas fuera de nuestro propio mundo, sí —me atreví a decir, luchando por comprender—. ¿Pero qué los mantiene en lo alto?

—Eso no lo sé. Tal vez la esfera de cristal que contiene las estrellas ejerza cierta tensión interior... Quizá la misma presión que arrojó a la humanidad sobre la Tierra en la época de la caída del Paraíso.

Aunque la noche era cálida tuve un escalofrío, como si tratara de estrellas invernales.

—Entonces —dije, conteniendo el aliento—, también puede haber hombres en... Siett, Balant, Vieng... ¿En Tambur también?

—Quién sabe... Necesitaríamos más de una vida para averiguarlo. ¡Y qué vidas tendrían que ser! Gracias a Dios, Zean, has nacido en esta alborada de la nueva era.

Después de decir esto Froad volvió a ocuparse de sus mediciones, aburrida tarea, según opinaban los demás oficiales. Pero para entonces yo había aprendido bastante del arte de las matemáticas para comprender que de estas largas y pacientes tabulaciones podía deducirse el verdadero tamaño de la Tierra, de Tambur, del sol, las lunas, y estrellas: el camino que seguían a través del espacio y la dirección en que se encontraba el Paraíso. De manera que los marineros rasos que murmuraban y hacían señas contra el demonio cuando pasaban junto a nuestros instrumentos estaban más cerca de la verdad que los caballeros de Rovic... Por cierto que Froad era poseedor de una ciencia poderosa.

Por fin empezamos a ver hierbas flotantes, algunos pájaros, altas masas de nubes; todas señales de la proximidad de tierra. Tres días más tarde se alzó una isla ante nuestros ojos. Era de un intenso color verde bajo esos cielos en calma. El oleaje, mucho más violento que en nuestro hemisferio, chocaba contra altos acantilados, estallaba en penachos de espuma y rugía de regreso mar adentro. Costeamos con cuidado, los vigías en alto, los artilleros cerca del cañón con mechas encendidas. Pues no sólo había allí corrientes desconocidas y cayos peligrosos —azares comunes para el marinero—, en el pasado habíamos tenido encuentros con caníbales que navegaban en canoas. Pero sobre todas las cosas temíamos los eclipses. Mis señores tendrán idea de cómo en tal hemisferio cada día el sol debe ir detrás de Tambur. En esa longitud solía ocurrir a eso de la media tarde, y duraba casi diez minutos. Era un espectáculo aterrador; el planeta principal —así lo llamaba ahora Froad, un planeta emparentado con Diell o Coint, que había humillado al nuestro hasta convertirlo en mero satélite de sí mismo—, se transformaba en un disco negro circundado de rojo, remontado en

un cielo súbitamente lleno de estrellas. Un viento frío soplaba por el mar y hasta los rompientes parecían callarse. Y sin embargo, tan atrevida es el alma del hombre que continuábamos nuestras tareas deteniéndonos apenas para una breve oración mientras el sol se ocultaba, más preocupados por los peligros de naufragio en la oscuridad que por la majestad de Dios.

Tan brillante es Tambur que pudimos continuar avanzando en nuestro camino alrededor de la isla durante la noche. Mantuvimos al *Saltador Dorado* moviéndose siempre lentamente durante doce fatídicas horas, de amanecer en amanecer. Hacia el segundo mediodía la persistencia del capitán Rovic encontró su recompensa. A través de una brecha en los acantilados pudimos ver un largo fiordo. Los árboles de agua salada que crecían en esas playas fangosas indicaban que si bien la marea era alta en la bahía, no se trataba de un marasmo peligroso, tan temido por los marineros. Como teníamos el viento en contra plegamos las velas y bajamos los botes, remolcando nuestra carabela con la fuerza de los remos. Era un momento de gran suspenso, especialmente desde que percibimos una aldea en el fiordo.

—¿No deberíamos hacernos ver, maestro, y permitir que se acerquen a nosotros?
—me atreví a decir.

Rovic escupió por encima de la baranda.

—He descubierto que lo mejor es demostrar que no se duda —dijo—; si nos saliera al asalto una flotilla de canoas les mandaríamos una vaharada de metralla confiando asustarlos un poco. Pero creo que mostrándoles desde el principio que no les tememos evitaremos después una emboscada traicionera.

Resultó que estaba en lo cierto.

Después de un tiempo descubrimos que habíamos dado con el extremo oriental de un gran archipiélago. Considerando que sólo tenían primitivas piraguas, los habitantes demostraban ser atrevidos navegantes, aunque sus embarcaciones alcanzaban a veces treinta metros de largo. Provistas de cuarenta remos o con tres mástiles, podían alcanzar casi nuestra velocidad y eran más fáciles de maniobrar. Pero el poco espacio de que disponían para carga limitaba la extensión de sus viajes.

Aunque habitaban casas de madera y paja y se servían de herramientas de piedra, los nativos eran un pueblo avanzado. Sembraban y también pescaban, y sus sacerdotes tenían un alfabeto propio. Altos y vigorosos, más oscuros y menos velludos que nosotros, tenían un aspecto impresionante, ya estuvieran desnudos, como era común, o con toda su vestimenta de tela y plumas y ornamentos de conchas. Habían construido un imperio bastante poderoso en todo el archipiélago, hacían incursiones en las islas que se hallaban más al norte y tenían un activo comercio dentro de sus propias fronteras. Toda la nación recibía el nombre de Hisagazi y la isla donde habíamos desembarcado era Yartzik.

Tardamos un poco en enterarnos de esto, hasta haber aprendido los rudimentos de su lengua. Porque estuvimos varias semanas en el pueblo. Guzan, el duque de la isla, nos dio la bienvenida y nos proporcionó comida, alojamiento y la asistencia que

necesitáramos. Por nuestra parte, tratamos de complacerles con objetos de vidrio, piezas de tela y otras mercancías de cambio. Sin embargo, tropezamos con muchas dificultades. Para empezar, más arriba de la marca de marea alta la costa era tan cenagosa que un navío tan pesado como el nuestro no podía atracar en ella y tuvimos que construir un dique seco antes de carenar. Además, muchos de nuestros hombres contrajeron cierta enfermedad, y aunque todos se recuperaron al debido tiempo, esto nos demoró aún más.

—Sin embargo, creo que estos problemas serán una bendición —me dijo Rovic una noche.

Cuando se dio cuenta de que yo era un amanuense leal, tomó por costumbre confiarme alguno de sus pensamientos. El capitán es siempre un hombre solitario, y Rovic, pescador de niño, saqueador, navegante autodidacta, victorioso contra la flota de Sathayn y ennoblecido por la misma reina, debe haber encontrado difícil mantenerse apartado de los demás en mayor medida que un caballero de nacimiento.

Yo esperaba en silencio. Una lámpara de esteatita irradiaba una luz vacilante y enormes sombras sobre los dos. Algo rascó la paja. Afuera, el terreno húmedo formaba un declive más allá de las casas levantadas sobre zancos y frondosos árboles murmurantes, hasta llegar al fiordo bajo el brillo de Tambur. Me llegaron los ecos de tambores, un canto y el golpeteo de pies quizá en torno a una hoguera de sacrificio. ¡Qué lejos estaban las frescas montañas de Montalir!

Rovic, vestido con la mera faldilla que usaban los marinos en lugares calurosos, inclinó su cuerpo musculoso. Había hecho que le trajeran del barco una silla como Dios manda.

—Pues verás, joven amigo —continuó diciendo—; en otros tiempos habríamos establecido la comunicación necesaria para preguntar por el oro. Bien, creo que tenemos que aprovechar también para averiguar ciertos datos de navegación. Pero así y todo, no creo que les saquemos mucho más que la vieja historia: «Sí, amo extranjero, existe en realidad un reino donde las calles están pavimentadas de oro... A unas cien millas hacia el oste...». Cualquier cosa con tal de librarse de nosotros, ¿ves? Pero nuestra prolongada estancia me ha permitido interrogar con más sutileza al duque y a su sacerdote. He sido tan tímido al hablar de donde veníamos y todo lo que ya sabemos, que han dejado escapar una pepita de conocimiento que no habrían arrojado ni bajo pena de tormento.

—¡Las ciudades áureas! —exclamé.

—¡Shhh! No quiero que la tripulación se excite y se salga de sus casillas. Todavía no.

Su rostro apergaminado en que se destacaba la gran nariz ganchuda, adoptó una expresión extraña cuando se adentró en su pensamiento.

—Siempre creí que esas ciudades no eran más que cuentos de viejas —dijo.

Mi sorpresa no pasó inadvertida a su aguda mirada, pues sonriendo me dijo:

—Un cuento útil..., como una piedra imán atada a un palo que nos arrastra

alrededor del mundo.

Su alegría se disipó y volvió a adoptar esa expresión no muy diferente de la de Froad cuando observaba el firmamento.

—Sí, por cierto que también quiero el oro, pero si en este viaje no lo encontramos, no me importará. Con sólo capturar algunas naves de Eralia o Sathayn cuando estemos en aguas conocidas, ya habré pagado por el viaje. Aquel día en el puente dije la pura verdad Zean: que este viaje era un objetivo en sí. Hasta que pueda darle a la reina Odela el agradecimiento por el beso que me hizo noble.

Pero sacudiendo ese momento de nostalgia, cambió a un tono más chispeante:

—Haciéndole creer que sé más de lo que en realidad sé, he logrado sonsacar al duque Guzan algo que apenas me atrevo a pensar: en la isla principal del imperio Hisagazi hay algo maravilloso. Según él se trata de una nave de los dioses, con un dios de verdad que llegó de allende las estrellas. Cualquiera nativo sabe lo mismo. El secreto, sólo conocido por personas más nobles, es que no se trata de cuentos de viejas ni leyendas, sino de un hecho real. Al menos eso dice Guzan. No sé qué pensar... Lo cierto es que me llevó hasta una cueva y me mostró un objeto de esa nave. Según creo se trata de un mecanismo parecido a un reloj. ¿Que es? No lo sé. Pero era un metal plateado y brillante como no he visto igual. El sacerdote me desafió a que lo rompiera. El metal no era muy pesado, y debe ser delgado también, pero melló mi espada, astilló una roca con que lo golpeé y no conseguí rayarlo con el diamante de mi anillo.

Hice una señal contra el demonio. Un escalofrío me estremeció el espinazo y me erizó la piel y los cabellos. Empecé a sentir picazón por todo el cuerpo. Los tambores seguían batiendo en la oscuridad de la selva y las aguas parecían de mercurio bajo el brillo de Tambur, y todas las tardes ese planeta se comía al sol. ¡Oh, por las campanas de Provien, que cada día se me hacen más lejanas!

Cuando el *Saltador Dorado* volvió a ser marinero, Rovic no tuvo dificultad para visitar al emperador de Hisagazi en la isla principal. Al contrario, habría tenido más dificultad en no hacerlo. Para entonces las canoas habían llevado la noticia de nuestra presencia desde un extremo al otro del reino y los grandes señores estaban ansiosos por ver a los extranjeros de ojos azules. Bien cuidados y contentos una vez más, nos despedimos de los brazos de mozas morenas y nos embarcamos. Ancla arriba, velas al viento, los ecos de nuestros cantos hacían arremolinarse a las aves marinas y así nos hicimos a la mar. Pero esta vez íbamos acompañados. Guzan, un hombre corpulento de edad mediana era nuestro piloto. Su cuerpo no estaba demasiado surcado por los tatuajes escarlata y violeta que ostentaba su pueblo. Varios de sus hijos habían tendido su jergón en la cubierta y un enjambre de guerreros remaba a ambos lados.

Rovic reclamó la presencia del contramaestre Etien en su cabina.

—Eres un hombre de entendimiento —le dijo—, y a ti te encargo mantener alerta a la tripulación, las armas listas y el oído aguzado por más pacífica que parezca esta empresa.

—¡Pero maestro...! —El rostro oscuro y curtido se aflojó consternado—. ¿Crees que los nativos traman alguna traición?

—¡Quién lo sabe! —exclamó Rovic—. Ahora, sé estricto con la tripulación. No tienen arte para disimular. En caso de que el miedo o la avaricia se apoderen de ellos, los nativos no dejarían de notarlo y estarían intranquilos, lo que empeoraría la disposición de nuestros hombres hasta que nadie sino la misma Virgen podría decir qué va a suceder. Solamente ocúpate, como quién no quiere la cosa, de que nuestras armas estén siempre dispuestas y los hombres no se separen.

Etien volvió al sosiego y, haciendo una inclinación de cabeza, salió de la cabina. Osé preguntar a Rovic qué tenía en mente.

—Nada, todavía —dijo—; sin embargo, he tenido en mis manos una pieza de relojería tal que el Gran Ban de Giair no la ha imaginado siquiera; he oído cuentos chinos de una nave que bajó del firmamento trayendo un dios o un profeta. Guzan cree que yo sé más de lo que en realidad conozco y espera que seamos un nuevo elemento perturbador en el equilibrio de las cosas para poder favorecer sus propias ambiciones. No fue por accidente que trajo todos estos guerreros. Y en cuanto a mí... Tengo intención de saber mucho más con respecto a esto.

Permaneció un rato sentado a la mesa, contemplando un rayo de sol que segaba el enmaderamiento arriba y abajo siguiendo los movimientos del barco. Por último agregó:

—Las Escrituras nos dicen que el hombre moró más allá de las estrellas antes de la Caída. Los astrólogos de las últimas generaciones nos han dicho que los planetas son cuerpos semejantes a la Tierra. Un viajero desde el Paraíso...

Salí con la cabeza embarullada.

Tuvimos una fácil navegación entre numerosas islas. Después de varios días llegamos a la principal: Ulas-Erkila. Tiene unos cien kilómetros de largo y apenas cuarenta en la parte más ancha, y se levanta verde y escarpada, hacia montañas centrales dominadas por un volcán cónico. El pueblo Hisagazi adora a dioses de dos tipos: el del agua y el del fuego; creo que el monte Ulas alberga al segundo. Cuando contemplé el pico cubierto de nieve flotando en el cielo por encima de arrecifes esmeralda y manchando el azul con humo, comprendí lo que hacían los paganos. Entre ellos, el acto más sagrado que puede ejecutar un hombre es arrojar en el cráter hirviente del Ulas, y muchos guerreros ancianos son llevados hasta las montañas para que puedan hacerlo.

No permiten que las mujeres asciendan por las cuestas.

La sede real es Nikum, situada en la cabeza de un fiordo similar al de la aldea

donde habíamos estado. Nikum, rica y extensa, es mas o menos del tamaño de Roan. Muchas casas son de madera, en vez de paja, y hay un gran templo de basalto en el tope de un acantilado, desde el cual se ve la ciudad con sus jardines, la selva y las montañas que la rodean. Los hisagazinos han construido aquí un par de muelles como los de Lavre, aprovechando los troncos de grandes árboles que tienen a su alcance; de esta manera no están obligados a esperar la subida y bajada de las mareas, como en otros puertos del mundo. Nos ofrecieron una dársena de honor en el muelle central, pero con la excusa de que nuestro barco era difícil de maniobrar, Rovic consiguió que nos dieran una en el extremo más alejado.

—De haber quedado en el medio habríamos tenido a los vigías directamente sobre nosotros —me susurró al oído—, y aquí no habrán descubierto el arco, pero tienen buenos lanzadores de jabalina. También hubiese sido más fácil abordar nuestra nave, y habríamos tenido infinidad de canoas amarradas entre nosotros y la boca de la bahía. En cambio aquí, mientras unos pocos mantienen vigilancia sobre el muelle, otros podrán preparar nuestra rápida partida.

—Pero, maestro: ¿tenemos algo que temer? —pregunté.

Se mordisqueó el bigote.

—No lo sé. Mucho depende de lo que realmente crean sobre esa nave-dios de la que hablan... Y también, de cual es la verdad. Pero aunque caigan el infierno o la muerte sobre nosotros, no volveremos sin la verdad para nuestra reina Odela.

Doblar de tambores y saltos de lanceros adornados con plumas celebraron el desembarco de nuestros oficiales. Por encima del nivel más alto del agua se había tendido un angosto puentecillo colgante (los hijos del pueblo en este reino nadan de casa en casa cuando la marea lame sus umbrales, o si tienen carga que transportar usan una barquilla de cuero). En medio de un grácil marco de viñas y cañas estaba el palacio, largo edificio de troncos con los pilares del techo tallados con las formas fantásticas de dioses.

El sacerdote-emperador de los hisagazinos, llamado Iskilip, era un hombre viejo y corpulento. Ostentaba un orgulloso penacho, una túnica de plumas, un cetro de madera rematado por un craneo humano y, sumados a todo eso, los complicados tatuajes faciales y su solemne inmovilidad le daban un aspecto sobrehumano. Estaba sentado en el estrado, bajo antorchas que esparcían un dulce olor. A sus pies se sentaban sus hijos, de piernas cruzadas, y a ambos lados del palio el cortejo. No observaban nuestra costumbre de quedarse de pie en actitud de atención; eran jóvenes corpulentos y ágiles con escudos y corseletes de cuero escamoso de monstruos marinos, y sus hachas de pedernal y espadas de obsidiana podían matar tan fácilmente como el hierro. Las cabezas rapadas les daban un aspecto feroz.

Iskilip nos recibió bien, ordenó traer refrescos y rogó que nos sentáramos en un banco largo apenas más bajo que su estrado. Nos hizo muchas preguntas inteligentes.

Indudablemente los hisagazinos habían navegado a grandes distancias y sabían de islas muy alejadas de su propio archipiélago. Eran capaces de señalarnos la dirección y decirnos de manera aproximada la distancia que había hasta un país de muchos castillos, llamado Yurakadak, aunque sólo uno de ellos había viajado tan lejos. A juzgar por la descripción que hicieron, sin duda de tercera mano, no se trataba de otro lugar que Giair, al que nuestro conocido aventurero Hanas Tolasson había llegado por tierra. De pronto me resultó evidente que en realidad estábamos circundando el mundo. Sólo después de que los ecos de esa gloria se apagaron un poco volví a prestar atención a sus palabras.

—Como le dije a Guzan —explicaba Rovic—, otra cosa que nos llevó hasta allí fue la leyenda de que habíais sido bendecidos por un barco del cielo... Y él me demostró que era un hecho cierto.

Un siseo recorrió el recinto. Los príncipes se pusieron rígidos, el rostro de los cortesanos palideció y hasta los guardias murmuraron inquietos. Amordazados por los muros pude escuchar los bramidos de la marea que se acercaba. Cuando Iskilip habló, su voz sonó estridente:

—¿Has olvidado, Guzan, que estas cosas no son para los ojos de quienes no han sido iniciados...?

—No, Sagrado —dijo el duque mientras su cara sudaba endemoniadamente—. Sin embargo este capitán lo sabía. Y según he podido enterarme su pueblo también; todavía tiene trabas para hablar de modo que lo entienda... Su gente también es iniciada... Creo, Sagrado, que la petición de ellos es razonable. Mira las maravillas que han traído: la dura y brillante piedra que-no-es-piedra, como la hoja de esta larga daga que me dieron; ¿no es acaso como el material con que está hecho el barco? Y los tubos a través de los que las cosas distantes parecen cercanas, como el que te ha dado a ti, Sagrado, ¿no es semejante al mirador de lejos que posee el Mensajero?

Iskilip se inclinó para acercarse a Rovic. La mano del cetro temblaba tanto que las mandíbulas de la calavera castañeteaban.

—¿La gente de las estrellas te enseñó a hacer todo esto? —preguntó—. Nunca lo imaginé... El mensajero no ha mencionado que hubiera otros...

—Habla más lentamente, Sagrado —dijo Rovic, elevando ambas palmas—. Estamos poco habituados a vuestra lengua. No he entendido una sola palabra de las últimas.

En eso consistía su engaño. Había ordenado a todos sus oficiales que fingieran un menor conocimiento del idioma hisagazino del que en realidad poseían (en cambio, habíamos mejorado nuestro dominio del mismo practicando secretamente entre nosotros). Así tenía un magnífico auxiliar para el equívoco.

—Sagrado, será mejor que hablemos de esto en privado —sugirió Guzan dirigiendo una mirada a los cortesanos.

Los otros le respondieron con expresiones furibundas y celosas. Iskilip se sentó flácidamente entre sus esplendorosas galas. Firmes fueron sus palabras, pero en el

tono débil de un hombre viejo e inseguro.

—No sé. Si estos extranjeros ya son iniciados, por cierto que podemos mostrarles lo que tenemos. Pero si, por el contrario, oídos profanos escuchan la historia del Mensajero...

Guzan levantó una mano acostumbrada a dominar. Audaz y ambicioso, largo tiempo frustrado en su pequeña provincia, ese día parecía animado por una nueva pasión.

—Dime, Sagrado. ¿Por qué la completa historia de ese evento ha sido callada tantos años? —preguntó—. En parte, para mantener la obediencia del pueblo, lo sé. Pero también, acaso, porque tú y tus consejeros habéis temido que al saberlo, todo el mundo llegaría a nuestras playas ávido de conocimiento, y así podríamos ser avasallados... Bueno, si ahora permitimos que los hombres de ojos azules se marchen con la curiosidad insatisfecha, lo más seguro es que vuelvan con más fuerzas, ¿no? De manera que nada tenemos que perder revelándole a ellos nuestros secretos. Si nunca han tenido su propio Mensajero, y si de nada nos sirven, tendremos tiempo de sobra para matarlos... Pero si en realidad han recibido al Visitante, como nosotros, ¿qué no podríamos hacer todos juntos?

Habló rápidamente y en voz baja para que nosotros, los montalirianos, no pudiéramos entender. Y consiguieron su propósito con nuestros caballeros; pero mis jóvenes oídos aguzados entendieron el quid de la cuestión, y al ver la fatua sonrisa de ignorancia de Rovic, comprendí que no había perdido palabra. Y así fue que decidieron llevar a nuestro líder —y a este humilde servidor, ya que ningún jerarca hisagazino va a ninguna parte sin compañía— hasta el famoso templo.

Partimos a la hora del crepúsculo; en el hemisferio dominado por Tambur la gente no hace tanta distinción entre el día y la noche como en nuestro pueblo. Había observado a Siett y a Balant en posición de marea alta y, por lo tanto, no me sorprendió ver a Nikum medio ahogada. No obstante, mientras llegábamos a lo alto del risco en dirección hacia el templo, pensé que nunca había visto un paisaje más extraño. A nuestros pies se extendía una sábana líquida en la que parecían flotar los techos de paja de la ciudad; los muelles atestados donde los mástiles de nuestra nave se erguían entre mascarones paganos; el fiordo, serpenteando entre precipicios hacia el mar, donde el oleaje blanco y terrible rompía contra las isletas rocosas.

Hacia arriba sólo veíamos negrura contra un crepúsculo de fuego que llenaba casi la mitad del cielo y ensangrentaba las aguas. A través de estas nubes distinguí la gruesa medialuna de Tambur, empalidecida por una franja de blasones que nadie entendía. Contra el planeta se destacaba una columna de basalto tallada con la figura de una cabeza. A ambos lados del sendero crecían hierbas aserradas, reseca por el verano. En el cenit el cielo azul era claro, y en el este, donde habían salido las primeras estrellas, era de un púrpura intenso. Esa noche no hallé consuelo en las estrellas. Todos caminábamos en silencio. Los nativos, descalzos, eran de paso silencioso. Sólo se oían mis zapatos y el débil tintineo de la campanilla en la punta

del pie de Rovic.

El templo era en verdad una osada muestra de ingenio. Varios edificios de basalto estaban cercados con muros del mismo material, vigilados por altas cabezas de piedra. Lo único vivo y fresco era el follaje invasor. Con Iskilip siempre a la cabeza pasamos junto a los sacerdotes y acólitos hasta llegar a una cabina de madera, detrás del santuario. En la puerta, dos lanceros de guardia se arrodillaron ante Iskilip. El emperador dio un golpe seco con su extraño cetro.

Yo sentía la boca seca y el corazón encabritado. Al abrirse la puerta esperé la aparición de cualquier ser horrible o radiante. Cuál no habrá sido mi sorpresa al ver solamente a un hombre de escasa estatura. A la luz de la lámpara fui descubriendo su habitación: limpia, austera y no del todo incómoda; bien pudiera ser la morada de cualquier hisagazino. El hombre llevaba una simple faldilla basta que dejaba ver unas piernas delgadas y torcidas, los huesos de un anciano. También su cuerpo era delgado, pero aún se mantenía erguido. Llevaba la cabeza con altivez. Su piel era más oscura que la de los montalirianos, pero más clara que la de los pobladores de Hisagazi; sus ojos eran castaños y llevaba una barba fina. Todas sus facciones, nariz, boca y declive de las mandíbulas, diferían ligeramente de otras razas que yo conocía. Pero era humano.

Nada más.

Al entrar en la cabina dejamos fuera a los lanceros. Iskilip tembló durante una corta ceremonia semi-religiosa de presentación. Vi que Guzan y los príncipes, inquietos y algo irreverentes, miraban de un lado a otro. Esta gente estaba acostumbrada a participar en estos ritos. Rovic hizo una profunda reverencia ante Val Nira, Mensajero del Cielo, sin ninguna expresión en la cara, y en pocas palabras explicó el motivo de nuestra visita. Mientras hablaba, sus miradas se cruzaron y comprendí que estaba midiendo al hombre.

—Sí, este es mi hogar —dijo Val Nira.

Hablaba por hábito; había repetido la gastada historia a tantos nobles... Pero todavía no había reparado en nuestros instrumentos metálicos, o no les había encontrado ninguna significación.

—Durante... cuarenta y tres años, ¿eh, Iskilip? Me han tratado tan bien como era de esperar. Si algunas veces estuve a punto de volverme loco de soledad, era algo que un oráculo debe esperar...

El emperador se sacudió inquieto dentro de su túnica.

—Su demonio lo ha abandonado —nos explicó—; ya es sólo simple carne humana. Ese es el verdadero secreto que guardamos. No siempre fue así. Recuerdo que profetizó grandes cosas cuando llegó, y la gente lo adoró. Pero desde entonces su demonio ha llegado a las estrellas y el arma que llevaba ha perdido su potencia. El pueblo no lo creería, de modo que fingimos que no ha sido así, pues sino habría

inquietud entre ellos.

—Así conservó sus privilegios —dijo Val Nira con tono cansado e irónico—. Entonces Iskilip era joven y la sucesión estaba en litigio —explicó a Rovic—. Le presté mi influencia, y a cambio, él prometió hacer ciertas cosas por mí.

—Y lo intenté, Mensajero —dijo el monarca—; pregunta sino a todas las canoas hundidas y los hombres ahogados. Pero la voluntad de los dioses era otra.

—Evidente —dijo Val Nira, encogiéndose de hombros—. Estas islas tienen pocos minerales, capitán Rovic, y no hay en ellas persona alguna capaz de reconocer los que yo necesitaba. Está demasiado lejos del continente para que puedan llegar canoas de Hisagazi. No niego que lo hayas intentado, Iskilip... por aquel entonces.

Nos miró levantando una ceja.

—Esta es la primera vez, amigos míos, que gente extrajera goza de tanta confianza imperial... ¿Estáis seguros de que podréis salir vivos de aquí?

—¡Como! ¡Como! ¡Como! —estallaron Iskilip y Guzan casi al unísono—. Son nuestros huéspedes, y...

—Además, ya conocía casi todo el secreto —sonrió Rovic—. Mi país también tiene su propio secreto, comparable con éste. Sí, Sagrado, creo que podremos entendernos.

—¿También vosotros tenéis un Mensajero?

—¿Qué?

Durante un torpe momento Val Nira clavó su mirada en nosotros. Manchas rojas y blancas se sucedieron por su rostro. Luego se sentó en el banco y empezó a llorar.

—Bueno, no es exactamente así —dijo Rovic, posando su mano en el hombro tembloroso—; confieso que hasta ahora ninguna nave celestial ha atracado en Montalir. Pero tenemos otros secretos de importancia similar.

Sólo yo, que conocía tan bien su carácter, pude percibir la tensión que estaba experimentando. Su mirada se prendió a la de Guzan y miró al duque de arriba abajo como lo hace el domador con una bestia salvaje. Mientras tanto no dejaba de hablar con Val Nira en tono suave y paternal.

—Colijo, mi amigo, que tu nave naufragó en estas playas, pero pudo ser reparada de haber contado con ciertos materiales...

—Sí, sí... Escucha...

La idea de volver a su patria antes de morir hacía tartamudear y tragar saliva al pobre Val Nira.

Las implicaciones doctrinarias de lo que dijo eran tan sorprendentes, peligrosas diría yo, que estoy seguro que mis señores no desearán que repita demasiado. Sin embargo, no creo que sean falsas. Si las estrellas son en realidad soles como el nuestro, cada una con sus planetas como el nuestro, esto da por tierra con la teoría de la esfera de cristal. Pero más tarde, cuando se informó a Froad de todo esto, no creyó que afectaría a la verdadera religión. Las Escrituras nunca han dicho en forma clara que el Paraíso se encuentre directamente encima del lugar de nacimiento de la Hija de

Dios; eso fue una mera suposición durante aquellos siglos que se creía que la Tierra era plana. ¿Por qué no podría ser el Paraíso alguno de esos planetas de otros soles? En ellos el hombre vive magníficamente, domina todas las ciencias antiguas y viaja de estrella en estrella con la misma facilidad que nosotros vamos de Lavre a Alaya.

Val Nira creía que nuestros antepasados habían sido echados de este mundo varios miles de años atrás. Para llegar tan lejos del reino humano habrán tenido que huir por temor a las consecuencias de algún crimen o herejía. Por alguna razón su nave naufragó y los sobrevivientes retornaron al estado salvaje y sólo gradualmente, y en forma penosa, sus descendientes volvieron a conquistar algo de sabiduría. Yo no veo que esa explicación contradiga el dogma de la Caída. Al contrario la complementa. La Caída no fue el destino de toda la humanidad sino el de unos pocos —los de nuestra sangre—, mientras los demás continuaban viviendo prósperos y felices en el Paraíso.

Aún en el presente nuestro mundo está muy alejado de las rutas comerciales de la gente de Paraíso. Entre ellos hay muy pocos que tengan algún interés en descubrir nuevos mundos. Aunque Val Nira era uno de esos. Viajó al zar durante meses hasta que dio con nuestra tierra. Entonces las maldiciones cayeron sobre él. Algo salió mal. Descendió sobre Ulas-Erkila y su nave no pudo volar más.

—Sé bien cual es el daño —dijo con pasión—. No lo he olvidado. ¿Cómo podría hacerlo? No ha pasado un sólo día en todos estos años sin que me haya repetido lo que se debe hacer. Cierta instrumento delicado de la nave requiere azogue. (Él y Rovic tuvieron que pasar un tiempo hablando antes de deducir que eso fue lo que quiso decir de acuerdo con la palabra que empleó). Cuando el motor falló, aterricé tan bruscamente que los tanques estallaron. Todo el azogue que tenían de reserva, y el que estaban empleando, se esparció. Tanta cantidad en un espacio tan cerrado habría sido suficiente para envenenarme. Huí hacia afuera, olvidando cerrar la puerta, y al ser la cubierta inclinada, el azogue fluyó tras de mí. Cuando me repuse del tremendo pánico un aguacero tropical se había llevado todo el fluido metálico. Fue una serie de accidentes increíbles que me condenó a una vida de exilio. Habría sido mejor perecer de inmediato.

Tomando la mano de Rovic, miró suplicante al capitán que tenía ante sí.

—¿Puedes conseguir azogue? —preguntó—. No necesito más que el volumen de una cabeza humana. Sólo eso y algunas reparaciones fáciles de hacer con las herramientas de la nave. Cuando empezó a crecer el culto alrededor de mi persona, por necesidad fui entregando ciertas cosas que poseía para que cada templo de provincia tuviera una reliquia. Pero siempre tuve cuidado de no entregar nada importante. Todo lo que necesito está allí. Dos litros de azogue y... ¡Oh, Dios! ¡Tal vez mi esposa viva todavía en Terra!

Para entonces Guzan había empezado a entender la situación. Hizo una seña a los

príncipes, que sopesaron sus hachas y se acercaron un poco. La escolta de guardia estaba tras la puerta cerrada, pero a un grito estarían dentro de la cabina con sus armas. Rovic miró alternativamente a Val Nira y Guzan, cuyo rostro se había afeado a causa de la tensión. Mi capitán llevó la mano a la empuñadura de su espada, pero no dio ninguna otra señal de sentirse próximo a alguna dificultad.

—Según entiendo, mi señor —dijo quedamente—, deseas que la Nave del Cielo pueda volar otra vez.

Era evidente que Guzan estaba irritado. Nunca esperó algo semejante.

—Pero, por supuesto —exclamó—. ¿Por qué no?

—Vuestro dios domesticado desertará. ¿Qué sucederá entonces con el poder en Hisagazi?

—Yo... Nunca he pensado en eso —tartamudeó Iskilip.

La mirada de Nira saltaba de uno a otro, como si estuviera observando un juego de pelota. Su cuerpo enjuto se estremeció.

—No —chilló—; no es posible. ¡No pueden mantenerme aquí!

Guzan movió lentamente la cabeza.

—De todas maneras —dijo, no sin cierta piedad—, deberá salir en la canoa de la muerte. Si entretanto le tuviéramos aquí contra su voluntad podría transmitirnos los falsos oráculos. No, queda tranquilo; ya conseguiremos la piedra que vuela. ¿Quién irá a buscarla? —dijo con una mirada oblicua a Rovic.

—Lo hará mi gente —contestó el caballero—. Nuestra nave puede llegar hasta Giair con toda facilidad; allá hay naciones civilizadas donde será posible encontrar azogue. Podríamos volver al cabo de una año, según creo.

—¿... acompañados por una flota de aventureros para ayudaros a tomar la nave sagrada? —preguntó Guzan abruptamente—. O quizás, una vez fuera de nuestras islas... ¿Quién dice si no te dirigirás a Yurakadak? Podrías muy bien continuar el resto del camino hasta vuestro país, decirle todo a vuestra reina y volver con todo el poder de que ella dispone.

Rovic se recostó contra un poste del techo. Parecía un enorme gato al acecho con sus volantes y medias y capa escarlata. Su mano derecha no abandonó por un momento el pomo de su espada.

—Imagino que sólo Val Nira puede hacer andar esa nave —dijo lentamente—. ¿Acaso importa quién le ayude a hacer las reparaciones? Con seguridad no pensarás que cualquiera de nuestras naciones puede conquistar el Paraíso, ¿verdad?

—La nave es muy fácil de manejar —dijo Val Nira—. Cualquiera puede hacerla volar en el aire. He mostrado a muchos nobles qué palancas emplear. Lo que resulta más difícil es volar entre las estrellas. Ninguna nación de este mundo podría llegar hasta mi pueblo sin ayuda —mucho menos luchar contra él—. Pero ¿por qué habéis de tener ideas de lucha? Como he dicho muchas veces, Iskilip, los moradores de la vía láctea cooperan con todo el mundo, no hacen daño a nadie. Disponen de tanta riqueza que les cuesta hallar uso para todo. Se sentirían felices de ayudar a otras

naciones de este mundo a convertirse otra vez en pueblos civilizados. Completamente civilizados, quise decir —añadió con una ansiosa mirada a Rovic—. Os enseñaríamos nuestras artes. Os daríamos motores, autómatas, homúnculos que hacen todas las tareas desagradables; y las naves que flotan en el aire, y un servicio regular de pasajeros en esas naves que circulan entre las estrellas.

—Nos viene prometiendo esas cosas desde hace cuarenta años —dijo Iskilip—; sólo tenemos su palabra.

—Y por último, una oportunidad para confirmar su palabra —barboté.

—Las cosas no son tan simples —afirmó Guzan con calculada melancolía—. Sagrado, he observado a esos hombres de allende los mares durante varias semanas, mientras vivían en Yarzik. Aún cuando tratan de actuar de la mejor manera, son un puñado de ambiciosos y descarados. No puedo confiarme a ellos hasta más allá de lo que ven mis ojos. Esta misma noche he comprobado cómo han conseguido engañarnos. Conocen nuestro lenguaje mucho mejor de lo que han admitido. Y además nos han hecho creer que tenían cierta sospecha de la existencia de nuestro Mensajero. Si lográramos hacer volar nuevamente la nave, con el dominio de ellos, ¿quién sabe lo que llegarían a hacer...!

—¿Qué es lo que propones, Guzan? —preguntó Rovic suavizando aún más el tono.

—Lo podemos discutir en otra oportunidad.

Algunos nudillos se apretaron en torno a las hachas de piedra. Por un momento sólo se escuchó la agitada respiración de Val Nira. Guzan seguía apoyado contra el poste de alumbrado, acariciándose la barbilla, los pequeños ojos negros fijos en el suelo, pensativo. Por fin pareció presa de un sacudimiento.

—Quizá podríamos hacer que una tripulación compuesta en su mayoría de hisagazinos partiera en vuestra nave, Rovic, y fuera a buscar la piedra voladora —dijo vivamente—. Podrías enviar junto a ellos algunos de tus hombres, para darles instrucción, y el resto permanecería aquí como rehenes.

Mi capitán no respondió. Val Nira aulló.

—¡Pero no entendéis! Estáis querellando por nada. Cuando mi gente llegue aquí no habrá más guerra ni opresión, os curarán de todas vuestras enfermedades. Ofrecerán amistad a todos por igual sin favorecer a nadie. Os ruego que...

—¡Basta! —dijo Iskilip con aspereza—. Dormiremos para pensar todo esto, si es que alguien puede dormir después de tantas cosas extrañas.

Rovic miró la cara de Guzan a través de las plumas del emperador.

—Antes de decidir nada... Antes quisiera ver esa nave —los dedos apretaron el mango de la espada hasta que las uñas se le tornaron blancas; se le había ocurrido alguna idea, aunque mantuvo el mismo tono tranquilo—. ¿Podemos ir mañana?

Aunque era el Sagrado, Iskilip permaneció inmóvil en su túnica de plumas. Guzan asintió con un movimiento de cabeza.

Dimos las buenas noches y salimos bajo el destello de Tambur. El planeta, que estaba cerca de su faz llena, inundaba el patio con su fría luminosidad, pero la choza permanecía en la sombra del templo. Era un bosquejo negro, con un angosto rectángulo de luz en medio. Allí se perfilaba el frágil cuerpo de Val Nira, que había venido de las estrellas. Se quedó mirándonos hasta que nos perdimos de vista.

Mientras íbamos por el sendero, Guzan y Rovic regateaban con bruscas palabras. La nave estaba en la pradera del monte Ulas, a dos días de marcha por la selva. Formaríamos un grupo mixto para la inspección, pero sólo una docena de montalirianos formaría parte de la expedición. Después discutiríamos sobre el curso de la acción a seguir.

Linternas amarillas brillaban a la popa de nuestra carabela. Allí volvimos Rovic y yo a pasar la noche, después de rehusar la hospitalidad de Iskilip. Un hombre de guardia en la quilla me preguntó de que me había enterado.

—Pregúntame mañana —respondí débilmente—. Mi cabeza es un torbellino.

—Muchacho, ven a mi cabina para tomar una copa antes de acostarnos, me invitó el capitán.

Dios sabe cuánto necesitaba un poco de vino. Entramos en ese cuartito bajo, repleto de instrumentos náuticos, libros, mapas impresos que ahora me parecían extraños, después de haber visto algo de esos espacios que el cartógrafo dibujaba llenos de sirenas y rosas de los vientos. Rovic se sentó detrás de la mesa, me hizo un gesto para que ocupara una silla frente a él y vertió el contenido de una garrafa en dos copas altas de cristal. Entonces supe qué grandes pensamientos lo tenían preocupado, mucho más graves que el de salvar nuestras vidas.

Tomamos algunos sorbos durante un rato, sin hablar. Escuché el sonido de las olas contra el pequeño casco, los pasos de los hombres de guardia, el susurro del mar distante; nada más. Por último Rovic se echó hacia atrás, la mirada fija en el vino rubí. No pude interpretar su expresión.

—Y bien, muchacho. ¿Qué piensas? —preguntó.

—No sé qué pensar, maestro.

—Tú y Froad estáis ya un poco preparados para aceptar la idea de que las estrellas son otros soles. Sois hombres instruidos. En cuanto a mí, he visto tantos embrujos en mis tiempos que esto me parece bastante verosímil. Sin embargo para el resto de nuestra gente...

Es una ironía que salvajes como Guzan estén familiarizados desde hace tiempo con ese concepto —y que hayan tenido el privilegio de que el viejo del cielo se lo enseñara en privado a los de su clase durante más de cuarenta años—. ¿Es en realidad un profeta, maestro?

—Él lo niega. Dice que se hace pasar por profeta porque es necesario, pero es evidente que todos los duques y condes de ese reino saben que es un engaño. Iskilip está caduco y se ha convertido a su propio credo artificial. Estuvo murmurando algo con respecto a profecías que Val Nira hizo hace mucho tiempo; profecías verdaderas.

¡Bah! Trucos de la memoria y la ansiedad. Val Nira es tan humano y falible como yo. Los montalirianos somos de la misma raza que los hisagazinos, aunque hayamos aprendido el empleo del metal antes que ellos. A su vez la gente de Val Nira sabe más que nosotros, pero igualmente son mortales... ¡Cielos! Debo recordar que lo son.

—Guzan lo recuerda.

—Bravo, muchacho. —Los labios de Rovic se curvaron hacia arriba, de costado—. Ese es muy listo y atrevido. Al llegar vio la oportunidad de salir de su estancamiento como el pequeño señor de una isla alejada. No dejará escapar la ocasión sin luchar. Como hacen generalmente los pérfidos, nos acusa de conspirar para lograr lo mismo que él ambiciona.

—¿Qué es lo que espera?

—Creo que quiere la nave para sí. Val Nira dijo que era fácil hacerla volar. La navegación entre las estrellas sería demasiado difícil para cualquier hombre que no fuera él, y nadie que esté cuerdo puede esperar convertirse en pirata de la Vía Láctea. Si embargo, si la nave quedara aquí, en esta tierra, y no se levantara más de un kilómetro por encima del suelo... El señor que la emplee en la guerra podría conquistar todo lo que se le antojara.

Yo no salía de mi perplejidad.

—¿Quieres decir que Guzan no trataría siquiera de llegar al Paraíso?

Rovic hizo un gesto tan torvo hacia el vaso de vino que entendí que deseaba estar solo. Me fui suavemente hasta mi litera en la popa.

El capitán se había levantado antes del alba para alertar a la gente. Era evidente que había llegado a una decisión y que al parecer no era nada agradable. Pero una vez que tomaba un camino, raramente lo abandonaba. Sostuvo una larga conferencia con Etien, que salió de la cabina asustado. El contramaestre empezó a repartir severas órdenes a sus hombres, como para darse confianza a sí mismo.

Los doce de la partida seríamos Rovic, Froad, Etien, yo y ocho tripulantes. A todos nos dieron yelmos y corseletes, mosquetes y armas de filo. Como Guzan había dicho que había un camino recto hasta la nave, cargamos una carreta con provisiones. Etien supervisó la carga que llevaríamos. Me sorprendió ver que casi todo, hasta hacer crujir los ejes, eran toneles de pólvora.

—¡... pero si no llevamos ni un cañón! —protesté.

—Órdenes del capitán —replicó Etien volviéndome la espalda.

Después de mirar el rostro de Rovic nadie se atrevía a preguntarle la razón.

Recordé que tendríamos que ascender una montaña. Una carreta de pólvora, con la mecha encendida, que se enviara rodando hacia un ejército hostil, podría hacer ganar una batalla. ¿Pero es que Rovic esperaba un conflicto abierto tan pronto? Por cierto que las órdenes impartidas a los oficiales y tripulantes que quedaban parecían sugerirlo. Debían permanecer a bordo del *Saltador Dorado* y tenerlo listo para la

lucha o huida inmediata.

Al levantarse el sol ofrecimos nuestras plegarias matutinas a la Hija de Dios y emprendimos la marcha por los muelles. Bajo nuestras botas se oía el ruido hueco de los maderos. Sobre la bahía flotaba un poco de niebla. La medialuna de Tambur se veía pálida en las alturas. La ciudad de Nikum acogió nuestro paso envuelta en silencio.

Guzan nos aguardaba en el templo. Se había determinado que un hijo de Iskilip estuviera al mando del grupo, pero tanto el duque como nosotros desconocimos la autoridad del joven. Los otros habían traído cien guardias, todos cubiertos con pieles escamosas, las cabezas afeitadas y los cuerpos cruzados por tatuajes de dragones y tempestades. El temprano sol matinal brillaba en las puntas de las lanzas de obsidiana. Nos vieron acercarnos en silencio, pero cuando estuvimos frente a esas filas desordenadas, Guzan se adelantó. Él también estaba vestido de cuero y llevaba la espada que Rovic le había dado en Yarzik. Su túnica de plumas tenía aún gotas de rocío.

—¿Que lleváis en ese carromato? —preguntó.

—Provisiones —contestó Rovic.

—¿Para cuatro días?

—Envía de regreso a casa a todos tus hombres excepto diez —dijo Rovic fríamente—, y yo prescindiré de este carro.

Se midieron con las miradas por un momento hasta que Guzan se volvió para impartir órdenes. Nosotros, unos pocos montalirianos rodeados de guerreros paganos, abrimos la marcha. El verde profundo de la selva se extendía ante nuestra vista y ascendía hasta mediar la ladera del Ulas. Después la montaña desnuda era negra hasta llegar a la nieve que bordeaba el cráter humeante.

Val Nira marchaba entre Rovic y Guzan. Iba demasiado encogido para ser un instrumento de Dios, pensé, en vez de marchar erguido y orgulloso con una estrella en la frente.

Cuando acampamos ese día, la noche y el día siguiente, Rovic y Froad no dejaron de hacerle ansiosas preguntas con respecto a su patria. Naturalmente el diálogo debió haber sido muy fragmentado y poco pude escuchar, ocupado como estaba en tirar del carromato por la huella angosta, empinada y difícil. Los hisagazinos no emplean animales de tiro y al hacer poco uso de la rueda no tienen caminos adecuados. Pero lo que alcancé a escuchar contribuyó a mantenerme muchas horas despierto.

¡Ah, escuché maravillas superiores a las del país encantado! Ciudades enteras construidas en una única torre de medio kilómetro de altura. Un cielo iluminado de tal manera que no oscurece después de la hora del sol. Alimentos que no se cultivan en la tierra sino que se fabrican en laboratorios químicos. Un país donde el más humilde de los campesinos posee un puñado de máquinas que lo sirven más obediente y sutilmente que mil esclavos; es dueño de un carruaje aéreo capaz de hacerle volar alrededor del mundo en menos de un día; dueño de una ventana de

crystal en la que aparecen escenas fantásticas para distraer sus frecuentes ocios. Bajales cargados con riquezas de mil planetas que recorren las rutas entre los soles y, sin embargo, todas las naves viajan sin armas y sin escolta porque no hay piratas, y las relaciones entre este reino y las otras naciones navegantes entre las estrellas son tan benignas que la guerra ya no existe (según parece, esas otras naciones son más adictas a lo sobrenatural que la de Val Nira puesto que están formadas por razas no-humanas pero capaces de hablar y razonar). En esta tierra feliz no existe el crimen. En caso de ocurrir alguno, el criminal es pronto apresado por el arte de la policía pero no lo cuelga, ni siquiera lo deporta al extranjero; en cambio, curan su mente de todo deseo de violar las leyes. Cuando esto se ha logrado, vuelve a su casa para vivir como un ciudadano respetado, puesto que todos saben que ahora pueden confiar en él. En cuanto al gobierno... Pero allí perdí el hilo de la narración; creo que es una república en teoría, aunque en la práctica, una devota confraternidad humana, elegida mediante exámenes y que sólo procura el bienestar de los demás.

Pensé que eso debía ser, seguramente, el Paraíso.

Nuestros marineros escuchaban boquiabiertos. La expresión de Rovic permanecía imperturbable, pero observé que se mordisqueaba el bigote de tanto en tanto. Guzan, que había escuchado la historia muchas veces, dio vivas muestras de animosidad. Era evidente que le disgustaba nuestro contacto íntimo con Val Nira y la facilidad para entender las ideas que expresaba.

Pero es preciso tener en cuenta que veníamos de una nación donde siempre se alentó el progreso de todas las artes mecánicas, así como el de la filosofía. En mi breve vida, yo mismo he sido testigo de cómo en aquellas regiones donde hay pocos riachuelos se suplantó la rueda de agua por el moderno molino de viento. Un año antes de que yo naciera se había inventado el reloj de péndulo. También leí muchos relatos sobre máquinas voladoras que no pocos hombres trataron de inventar. Acostumbrados a un progreso tan vertiginoso, los montalirianos estamos bien preparados para aceptar conceptos aún más amplios.

Por la noche, sentado junto a la fogata del campamento con Froad y Etien, trataba de explicar al sabio esa realidad.

—¡Ah! —exclamó él—. Hoy he visto la verdad desnuda ante mí. ¿Habéis escuchado lo que dijo el hombre de las estrellas? ¿Habéis entendido las tres leyes de movimiento planetario alrededor de un sol y la gran ley de atracción que las explica? ¡Santos queridos! Y pensar que esa ley, que puede expresarse en una frase tan breve, puede mantener ocupados a los matemáticos durante trescientos años.

Su mirada se perdió más allá de las llamas, pasó por los otros fuegos en torno a los cuales dormían los infieles, la oscuridad de la selva y el brillo furioso del volcán en el cielo. Comencé a hacerle algunas preguntas.

—Déjale en paz. ¿No te das cuenta de cuando alguien está enamorado? —Gruñó Etien.

Cambié un poco de posición, acercándome al bulto más sólido y reconfortante del

contra maestre.

—¿Que opinas de todo esto? —le pregunté suavemente, ya que por todas partes la jungla susurraba y se estremecía.

—¿Yo? Hace rato que he dejado de pensar —dijo—. Desde aquel día en el puente cuando el capitán se burló de nosotros para que navegáramos hasta el borde del mundo y cayéramos como espuma entre las lejanas estrellas... Y bien, no soy nada más que un pobre marinero y mi única esperanza de llegar de vuelta a casa es seguir al capitán.

—¿... aunque fuera más allá del cielo?

—Tal vez haya en ello menos azar que en navegar alrededor del mundo. El hombrecillo juró que su nave era segura y que no hay tormentas entre los soles.

—¿Confías en lo que dice?

—Pues claro. Incluso un viejo trajinado como yo sabe bastante de hombres para darse cuenta de cuando uno es demasiado tímido y ansioso para sostener una mentira. No le temo a la gente del Paraíso, y el capitán tampoco..., sólo en cierta manera —Etien vaciló mientras se frotaba la barba—; en cierta manera que no puedo comprender del todo, atemorizan a Rovic. No teme que nos salgan al encuentro con antorcha y espada, pero hay algo más con respecto a ellos que le asusta.

Sentí que el suelo se estremecía, aunque muy levemente. El Ulas estaba carraspeando.

—Parece que hemos desafiado la ira de Dios...

—Eso no es lo que preocupa al capitán. Nunca fue un hombre muy creyente —dijo Etien rascándose mientras bostezaba.

Luego poniéndose en pie, agregó:

—Estoy contento de no ser capitán. Dejémosle que piense qué es lo mejor que podemos hacer. Es hora de ir a dormir.

Pero esa noche dormí muy poco. Y creo que Rovic descansó bien, aunque a medida que transcurría el día fui notándolo ojeroso y macilento. Me preguntaba por qué. ¿Acaso pensaba que los hisagazinos se volverían contra nosotros? Y si era así, ¿por qué había venido? A medida que la cuesta se empinaba, resultaba tan trabajoso empujar el carromato que la fatiga me hizo olvidar mis temores, a falta de aliento.

No obstante, cuando hacia la noche llegamos junto a la nave, olvidé mi cansancio. Después de dejar escapar una andanada de juramentos, nuestros marinos permanecieron silenciosos junto a sus picas. Los hisagazinos, que no eran demasiado habladores, se postraron en señal de respeto. Entre ellos, sólo Guzan permaneció erguido.

Mientras miraba la maravilla, traté de adivinar su expresión: revelaba codicia.

Estábamos en un lugar salvaje. Habíamos dejado atrás el bosque, de manera que la tierra era como un mar verde a nuestros pies, bordeado de un océano de plata. Nos

hallábamos entre negras rocas, el suelo cubierto de ceniza y una turba esponjosa. La montaña se elevaba escarpada, rodeada de precipicios traicioneros hasta llegar a las nubes y un penacho de humo que parecía elevarse por un kilómetro más en el cielo pálido. Allí se encontraba la nave.

Era la imagen de la belleza.

La recuerdo bien. Su longitud, es decir, su altura, ya que descansaba sobre la cola, era casi la misma de nuestra carabela, en forma similar a una cabeza de lanza cuyo color blanco bruñido no se había empañado después de cuarenta años. Eso era todo. Pero, señor, las palabras no son suficientes. ¿Cómo expresar con ellas las amplias curvas, la iridiscencia del bruñido metal de una cosa hermosa, orgullosa y cuya forma esbelta parecía ansiosa por volar? ¿Cómo conjurar el encanto que rodeaba a esa nave cuya quilla había hendido los rayos estelares?

Permanecimos allí largo rato. Se me nubló la vista. Me sequé los ojos, enojado por mostrarme tan afectado, hasta que noté una lágrima en la barba de Rovic. Pero el rostro del capitán permanecía inexpresivo. Cuando habló fue para decir simplemente:

—Vamos, tenemos que acampar.

Los guardias hisagazinos no se atrevieron a acercarse más allá de unos cientos de metros de un ídolo tan poderoso como aquél en que se había convertido la nave. Nuestros marineros también se contentaron con mantenerse a distancia similar. Pero cuando oscureció y todo lo demás estuvo en orden, Rovic, Froad, Guzan y yo acompañamos a Val Nira hasta la nave.

Cuando estuvimos cerca, una doble puerta que había a un lado se abrió silenciosamente para dejar salir una plancha que descendió hasta el suelo. Bajo el brillo de Tambur y del reflejo rojizo que recibía de las nubes de humo, la Nave era un espectáculo más extraño de lo que yo podía soportar. Cuando se hubo abierto ante mí, como si un fantasma estuviera de guardia en su seno, dando un grito me di a la fuga. Las cenizas crujían bajo el peso de mis botas y me llegó una vaharada de aire sulfuroso.

Pero en el límite del campamento me controlé lo suficiente para mirar hacia atrás. La tierra sombría absorbía toda la luz, de manera que la nave parecía sola en todo su esplendor. Poco después volví.

El interior estaba iluminado por placas luminosas, frías al tacto. Val Nira nos explicó que el gran motor que la impulsaba estaba intacto, y con sólo mover una palanca volvería a generar potencia. Por lo que pude entender esto se lograba transformando en luz la parte metálica de la sal ordinaria... De manera que a fin de cuentas no comprendí nada. El azogue se necesitaba para una parte de los mandos, que canalizaba la energía desde el motor a otra parte del mecanismo que impulsaba la Nave hacia el cielo. Pudimos examinar el envase roto. El impacto del aterrizaje debió haber sido tremendo para retorcer y deformar una aleación tan espesa. Y sin embargo, fuerzas invisibles habían protegido a Val Nira y el resto de la nave no había sufrido daños importantes. Él empleó algunas herramientas que giraban, zumbaban y

exhalaban llamas, y nos demostró lo fácil que resultaba reparar algunas partes rotas. Era evidente que no tendría inconvenientes en terminar su trabajo, y entonces necesitaría sólo dos litros de azogue para que la Nave volviera a la vida.

Esa noche nos enseñó muchas cosas más. Pero no puedo contar mucho de ello, debido a lo extraño de las revelaciones, para las que no encuentro siquiera las palabras adecuadas. Baste decir que esa noche Rovic, Froad y Zean pasaron algunas horas en la Montaña de las Hadas.

Y también lo hizo Guzan. Aunque ya lo habían llevado a ese lugar como parte de su iniciación, nunca le habían mostrado tanto como esta vez. No obstante, al observarlo noté en él más ambición que admiración.

Sin duda alguna Rovic observó lo mismo. Había muy poco que se escapara a la observación de Rovic. Cuando dejamos la nave, su silencio no era tan respetuoso como el mío o el de Froad. En ese momento pensé que estaba preocupado por los inconvenientes que pudiera provocar Guzan. Ahora, mirando hacia atrás, creo que su estado de ánimo era triste.

Muy temprano al amanecer, Etien me sacudió hasta despertarme.

—Vamos, muchacho, tenemos mucho trabajo. Carga tus pistolas y ajustarlas al cinto.

—¿Qué? ¿Qué va a suceder? —murmuré apartando una manta dura de rocío.

La noche anterior parecía un sueño.

—Nada ha dicho el capitán, pero es evidente que espera una lucha. Acércate al carromato y ayúdanos a acercarnos a la torre voladora.

La silueta maciza de Etien permaneció en cuclillas por un momento a mi lado. Entonces, lentamente agregó:

—Creo que Guzan tiene intención de asesinarnos a todos aquí en la montaña... el Saltador Dorado puede navegar con un oficial y un puñado de tripulantes si él lo quiere, llegar hasta Giair y volver. El resto de nosotros, con las cabezas rotas ya no les causaríamos problemas.

Avancé a gatas en la oscuridad, mientras los dientes me castañeteaban. Después de preparar mis armas, me procuré algo de comida del depósito común. Cuando los hisagazinos salen en campaña llevan un poco de pescado seco y una especie de pan hecho de semillas secas. Sólo los santos sabían cuándo yo iba a tener otra oportunidad de comer. Fui el último en unirme a Rovic junto al carromato. Los nativos, inseguros de lo que intentábamos, se acercaban lentamente hacia nosotros.

—Vamos, muchachos —dijo Rovic, empezando a dar órdenes.

Entre cuatro hombres empujaron el carromato por la senda rocosa hacia donde estaba la Nave, que brillaba solitaria entre la bruma. Los demás quedamos en disposición de alerta, las armas listas. Guzan no tardó en acercarse a nosotros, seguido de Val Nira.

—¿Qué estáis haciendo? —nos preguntó con el rostro enojado. Rovic le devolvió una fría mirada.

—Pues bien, como es posible que estemos aquí cierto tiempo, inspeccionaremos las maravillas a bordo de la nave.

—¿Qué? —le interrumpió Guzan—. ¿Qué quieres decir? ¿No vas visto suficiente con una visita? Debemos volver y prepararnos para navegar tras la piedra flotante.

—Si así lo deseas, hazlo —dijo Rovic—. Yo prefiero permanecer aquí, y puesto que desconfías de mí, debo decirte que lo mismo me sucede contigo. Mi gente permanecerá en la Nave para defenderla, si es necesario.

Guzan protestaba y rabiaba, pero Rovic no le prestó atención y nuestros hombres siguieron transportando el carromato por el terreno irregular. Entonces Guzan hizo una señal a sus lanceros, que se acercaron formando una masa desordenada pero alerta. Etien dio una voz de mando. Todos nos alineamos correctamente, con las picas extendidas hacia adelante mientras los mosquetes apuntaban.

Guzan retrocedió. Ya en la isla le habíamos hecho demostraciones con armas de fuego, y si bien indudablemente podía avasallarnos con su superioridad numérica, el precio sería demasiado alto.

—No hay razón para luchar, ¿no es cierto? Sólo tomamos medidas de precaución —susurró Rovic—. La Nave es un premio valiosísimo, podría poner el Paraíso al alcance de todos... O dar el dominio de la Tierra a uno solo. Hay quién preferiría lo último, pero no os acuso de encontraros entre ellos. Sin embargo, por prudencia prefiero tener la Nave como rehén y la fortaleza por todo el tiempo que quiera permanecer aquí.

Creo que en ese momento me convencí de las verdaderas intenciones de Guzan, no como una simple sospecha de nuestra parte, sino como un hecho concreto. Si su único deseo hubiera sido llegar a las estrellas, se habría contentado con mantener segura la Nave. No habría tomado a Val Nira entre sus poderosas manos para arrastrar al pequeño hombre de las estrellas hacia atrás como escudo contra nuestro fuego. No es que su intención importe, salvo a mi propia conciencia. La ira le deformaba el rostro. En ese momento nos gritó:

—Entonces yo también tomaré un rehén y veremos de qué os vale el refugio.

Los hisagazinos empezaron a inquietarse en torno a nosotros, a murmurar y levantar sus hachas y espadas, pero no se decidían a seguirnos. Gruñimos durante todo el camino a través de la negra montaña. El sol apretaba. Froad se retorció la barba.

—Dime, maestro capitán —dijo—. ¿Crees que nos sitiarán?

—No le aconsejaría a nadie que se adelantase solo —contestó Rovic secamente.

—Pero sin Val Nira que nos explique las cosas, ¿de qué nos valdrá quedarnos en la nave? Será mejor volver. Tengo algunos textos de matemáticas para consultar. En mi cabeza da vueltas la ley que gobierna a los planetas rotantes. Debo preguntar al hombre del Paraíso qué sabe él sobre...

Rovic le interrumpió para gruñir una orden a tres hombres a fin de que levantaran una rueda atascada entre dos piedras. Estaba de un genio de mil demonios. Debo confesar que sus acciones me parecían las de un loco. Si en realidad Guzan intentaba traicionarnos, poco ganaríamos inmovilizándonos en la Nave donde nos podría dejar morir de hambre. Era mucho mejor que nos atacara en campo abierto, donde tendríamos oportunidad de contestar luchando. Por otra parte, si Guzan no planeaba atacarnos en la selva —ni en ningún otro lugar— estábamos cometiendo una provocación sin sentido. Pero no me atrevía a hacer preguntas.

Cuando llegamos con el carromato hasta la nave, la plancha volvió a bajarse ante nosotros. Los marineros sorprendidos empezaron a maldecir. Rovic hizo un esfuerzo por dominar su amargura y trató de calmarles con palabras reconfortantes.

—Conservad la calma, muchachos. ¿Sabéis? Ya he estado a bordo y no hay nada peligroso dentro. Ahora tenemos que acarrear la pólvora hasta allí y colocarla como hemos planeado.

Debido a mi cuerpo frágil, no fui designado para llevar a bordo los pesados toneles, pero debí quedarme al pie de la plancha para vigilar a los hisagazinos. Estábamos demasiado lejos para escuchar las palabras, pero pude ver que Guzan se había puesto de pie sobre una roca y les dirigía la palabra. Los vi revolver las armas hacia nosotros y lanzar gritos hostiles; pero no se atrevían a atacar. Me pregunté miserablemente qué estaba pasando. Si Rovic había anticipado que sufriríamos un sitio, se explicaría por qué haber traído tanta pólvora... Pero no, tampoco, pues había más de una docena de hombres que podían pasar semanas tirando, aunque hubiéramos tenido suficiente ventaja... ¡Y no teníamos casi comida! Miré a Tambur a través de las venenosas nubes del volcán, en cuyo seno alentaban tormentas que podían sofocar toda nuestra tierra, y me pregunté por qué demonios estarían poseídos los hombres.

Un indignado grito desde el interior me hizo saltar en tensión. ¡Froad! Casi corrí por la plancha, pero recordé mi deber. Escuché como Rovic le gritaba con furia y ordenaba a los hombres de la tripulación hacer lo ordenado. Froad y Rovic debieron entrar en el compartimento del piloto, donde estuvieron discutiendo por más de una hora. Cuando el viejo salió ya no protestaba, pero vimos que lloraba mientras descendía por la plancha.

Le seguía Rovic, con la expresión más sombría que hubiera visto en hombre alguno. Los marineros venían detrás, algunos parecían asombrados, otros expresaban cierto alivio, pero ninguno perdía de vista el campamento de los hisagazinos. Después de todo, eran marineros y la Nave no significaba para ellos nada más que una cosa extraña e inquietante. El último en salir fue Etien, caminando hacia atrás mientras desenrollaba algo así como una cuerda larga.

—¡En formación! —Gruñó Rovic.

Todos formaron.

—Zen y Froad, será mejor que entréis —dijo el capitán—; vosotros sois mejores para llevar munición que para luchar —y con esas palabras se ubicó en el carromato.

Yo tironeé de la manga de Froad.

—Te lo ruego, maestro, ¿que está sucediendo?

Pero las lágrimas le impedían contestar.

Vi que Etien se agazapaba con un poco de pedernal y acero en la mano. Me escuchó —pues todo el resto estaba en silencio— y contestó con voz endurecida:

—Colocamos toneles de pólvora alrededor de la nave, muchacho, uniéndolos con regueros de pólvora. Aquí está la mecha que puede encender todo.

Tan monstruoso era el hecho que quedé sin habla, imposibilitado asimismo para pensar. Como si viniera de lejos, escuché el rasgido de piedra sobre acero entre los dedos de Etien, escuché cómo soplaba la chispa y luego agregaba:

—Yo creo que es buena idea. Diría que hasta la caída de la tarde yo he seguido al capitán sin temer la ira de Dios... Pero es mejor no tentarle demasiado.

—¡Adelante, en marcha! —La espada de Rovic brilló fuera de la vaina.

Nuestros horribles pasos retumbaron por la montaña mientras nos alejamos deprisa. No miré hacia atrás. No podía. Todo me parecía una pesadilla. Como Guzan de todas maneras nos había interceptado el paso, nos dirigimos directamente hacia el grupo. Cuando nos detuvimos en el límite del campamento, él se adelantó. Val Nira venía detrás, encorvado miserablemente. Escuché con claridad sus palabras.

—Y bien, Rovic. ¿Ahora qué...? ¿Estás listo para regresar?

—Sí —dijo el capitán con voz opaca—. No pararemos hasta llegar a destino.

—¿Por qué has abandonado el carromato? —preguntó Guzan mirándolo lleno de sospecha—. ¿Qué has dejado atrás?

—Provisiones. Vamos, emprendamos la marcha.

Val Nira contemplaba las puntas amenazantes de nuestras picas. Se mojó varias veces los labios antes de hablar con tono tembloroso:

—¿De qué estáis hablando? No hay ninguna razón para dejar comida allí. Con toda seguridad se echará a perder durante todo el tiempo que... que...

Vaciló mientras miraba los ojos de Rovic. Parecía haber quedado sin sangre.

—¿Qué has hecho? —musitó.

La mano libre de Rovic subió hasta cubrirle el rostro.

—Lo que debía hacer —dijo torpemente—. Hija de Dios, por favor, perdóname.

El hombre de las estrellas quedó mirándonos unos minutos más. Luego se volvió y salió corriendo. Pasó entre los atónitos guerreros hacia la cenicienta ladera, camino de la Nave.

—¡Vuelve! —rugió Rovic—. ¡No seas loco...!

Tragó con dificultad. La espada se perdía en su puño al mirar la pequeña silueta que corría por la montaña hacia la Bella.

—Quizá sea mejor así —dijo, como murmurando una bendición.

Guzan también levantó su espada. Con su cota escamada y la túnica flotante su aspecto impresionaba tanto como el de Rovic, revestido de acero.

—Dime lo que has hecho —rugió—, o te mato ahora mismo.

No se dejó acobardar por nuestros mosqueteros. Él también había tenido sueños. Él también los vio terminar cuando la Nave explotó.

Ni siquiera un casco de resistencia adamantina podía soportar una carga de pólvora cuidadosamente colocada y encendida toda a una sola vez. Hubo un estallido que me hizo caer de rodillas y el casco se partió en dos. Trozos de metal blanco fueron despedidos por las laderas de la montaña. Vi cómo uno golpeaba una roca y la partía por el medio. Val Nira desapareció en un instante, destruido demasiado rápidamente para enterarse de lo que pasaba. Así que, al final, Dios tuvo misericordia de él. Vi cómo la Nave se desmoronaba entre el humo, las llamas y el estrépito del Juicio Final. Rodó por la cuesta esparciendo sus vísceras destrozadas por el camino. Después la montaña rugió, se deslizó la tierra en las laderas sepultándolo todo, y el polvo llegó hasta el cielo.

Más de esto no puedo recordar.

Los guerreros hisagazinos huyeron despavoridos. Habrán pensado que el infierno caía sobre la tierra. Guzan se mantuvo firme. Mientras el polvo nos envolvía a todos, ocultando la tumba de la nave y el blanco cráter del volcán enrojecía el sol, se lanzó sobre Rovic. Uno de los nuestros levantó el mosquete pero Etien se lo quitó de un golpe. Nos quedamos mirando como luchaban los dos hombres, revolcándose en la tierra cenicienta y, en la oscuridad de nuestros corazones, sabíamos que tenían derecho a hacerlo. Cuando los aceros se tocaban, saltaban las chispas.

Por último se impuso la destreza de Rovic, que hirió a Guzan en la garganta.

Después de enterrarlo dignamente, emprendimos la marcha a través de la selva.

Esa noche los guardias se hicieron con el coraje suficiente para atacarnos. Contábamos con el apoyo de nuestros mosquetes, pero tuvimos que emplear sobre todo la espada y nuestras picas. Nos abrimos paso a través de ellos porque no teníamos más salida que el mar.

Se rindieron, pero al huir se adelantaron con la noticia. Y cuando llegamos a Nikum todas las fuerzas que Iskilip pudo reunir rodeaban al *Saltador Dorado* a la espera de oponerse a la entrada de Rovic. Volvimos a formar un cuadrado pues, aunque ellos fueran miles, solamente un grupo pequeño podía atacarnos a la vez. Sin embargo perdimos seis buenos luchadores en las calles ensangrentadas. Cuando los hombres que habíamos dejado en la carabela se dieron cuenta de que Rovic volvía, empezaron a cañonear la ciudad. Y así encendieron los techos de paja y distrajeron al enemigo lo suficiente para que una avanzada del barco saliera a unirse a nosotros. Así nos abrimos camino por el muelle, llegamos a bordo y soltamos el cabrestante.

Embravecidos por el ultraje, los hisagazinos remaron con sus canoas hasta llegar

junto al casco de nuestro barco, donde no podíamos hacer blanco con el cañón. Trepano sobre los hombros de sus compañeros la vanguardia llegó hasta la barandilla. Un grupo logró subir a bordo y se entabló una cruenta lucha hasta que los barrimos de cubierta. Fue entonces que recibí la herida en la clavícula, que me molesta hasta el presente.

Pero al fin logramos salir del fiordo. Soplabo viento nuevo del este y con todas las velas desplegadas pudimos sacar ventaja al enemigo. Contamos los muertos, curamos los heridos y nos fuimos a dormir.

A la madrugada siguiente, azuzado por el dolor en el hombro y el dolor aún más agudo que sentía dentro, subí al alcázar. El cielo estaba cubierto. El viento mordía bastante, el mar verde y frío corría coronado de blancas crestas espumosas hasta un horizonte de nubes grises. Los maderos crujían y las cuerdas chirriaban. Durante una hora permanecí de cara al viento, sintiendo el frío que adormece el dolor.

Oí el ruido de unos pasos pero no me volví. Sabía que era Rovic. Permaneció a mi lado largo rato, la cabeza descubierta. Entonces noté que estaba encaneciendo.

Por último, sin mirarme siquiera, parpadeando contra las lágrimas que el aire hacía saltar de sus ojos, me dijo:

—Aquel día tuve ocasión de hablar con Froad. Estaba muy apenado, pero me dio la razón. ¿Te habló ya de eso? —preguntó.

—No —respondí.

—Ninguno de nosotros tiene muchos deseos de hablar, me parece —dijo Rovic, y tras una larga pausa agregó—: No tenía miedo de Guzan ni de ningún otro que pudiera tomar la Nave con intenciones de convertirse en conquistador. Nosotros, que venimos de Montalir, somos muy capaces de vencer a esos bribones. Tampoco temía a los moradores del Paraíso. Ese pobre hombrecillo podía decirnos solamente la verdad. Nunca nos habría hecho daño... voluntariamente. Nos habrían traído regalos preciosos y enseñado sus artes esotéricas y permitido visitar sus estrellas...

—¿Entonces, por qué...? —Logré farfullar.

—Algún día los sucesores de Froad podrán resolver los enigmas del Universo —dijo—. Algún día nuestros descendientes serán capaces de construir su propia Nave y salir hacia el destino que elijan.

La espuma salpicó muy alto, hasta mojarnos los cabellos. Sentí el gusto de la sal en los labios.

—Entretanto —dijo Rovic— navegaremos por los mares de esta tierra y atravesaremos estas montañas; haremos mapas de todo, tratando de entender y sojuzgar todo. ¿No comprendes, Zean? Esto es lo que la Nave nos habría quitado.

Entonces también pudo llorar. Posó la mano sobre mi hombro sano y permaneció a mi lado mientras el *Saltador Dorado*, con todas las velas al viento, seguía hacia el oeste.

Desafío y respuesta

Por Sandra Miesel.

Poul Anderson tiene un talento especial para concebir mundos y seres que los habitan. Desde los parámetros de órbitas hasta el aroma de las flores, se complace en presentarnos detalles sensuales y plausibles que son tanto más vívidos por cuanto incorporan datos auténticos. Además de su dominio de la ciencia y la historia, su conocimiento de primera mano de las regiones y pueblos de nuestro globo le permiten impartir a su ficción esa vitalidad que una imaginación sin conocimientos no puede igualar.

Nos despierta añoranzas por las maravillas que nunca hemos visto.

El ambiente en un cuento de Anderson es más que un simple telón; es parte esencial del drama, ya se trate de un brumoso valle en el país de las hadas o una centelleante selva metálica en la Tierra, tres billones de años más tarde. El tema principal y más característico del autor es la interacción de la conciencia con el mundo real. La interacción entre el hombre —y todos los otros seres racionales— y la naturaleza puede sintetizarse en la fórmula «desafío y respuesta».

Anderson sostiene: (1) El hombre necesita el desafío; (2) debe responder al mismo; (3) debe aceptar la responsabilidad de su respuesta.

Naturalmente, el autor no siempre ha sido absolutamente consistente en sus opiniones. Ningún ser humano podría serlo. Sin embargo, durante más de un cuarto de siglo como escritor profesional siempre ha sostenido la importancia de «desafío y respuesta». Para demostrar esa continuidad citaremos la fecha de publicación la primera vez que se mencione cada una de sus obras^[1].

La primera proposición de Anderson, «los hombres necesitan de un desafío para continuar siendo humanos» está concisamente afirmada en *Hemos alimentado nuestro mar (Las estrellas enemigas, 1958)*: «Ningún pueblo que ofrezca a sus jóvenes sólo gordura y seguridad puede vivir mucho tiempo».

El mundo físico, externo, constituye siempre una fuente indispensable de desafío:

«Una civilización que siempre se sentara a contemplar su propia esencia, ¿cuanto tardaría en estancarse, plagarse de castas, volverse pobre y detestable? Y todo esto debe venir desde afuera ¿no es cierto? El universo es inconmensurablemente más grande que cualquier animal». (*Habrá tiempo, 1973*).

Tan esencial es el desafío, tanto para la especie como para el individuo, que uno de carácter artificial sirve tan efectivamente su propósito como uno real. Por ejemplo, en *Sam Hall (1953)* un criminal inexistente destruye una dictadura; una forzada presión política cambia la sociedad en *El granero de Robin Hood (1959)*, mientras que en *Dentro de la Tierra (1951)*, conquistadores extranjeros tratan de provocar una saludable oposición entre sus súbditos humanos. Según explica el héroe de esta última historia:

«Valgolia (señor supremo de Terra) es el gran enemigo solitario, el demonio auto-designado, puesto que ninguno de nosotros puede ser ángel. Es la fuente de desafío y adversidad que siempre ha dirigido la inteligencia hacia arriba y adelante, a pesar de sí misma».

Tanto en sus ensayos y discursos como en la ficción, el autor ha señalado repetidamente la exploración del espacio como el futuro desafío real. Esto constituirá una válvula de seguridad y un estímulo psicológico para especies enteras, como otras fronteras lo han hecho a través de la historia. Además de toda la potencialidad espiritual, práctica y hasta estética del espacio, Anderson piensa que «nuestra empresa allende los cielos mantendrá vivo ese sentimiento de valentía..., logro sin el cual el hombre difícilmente podría ser él mismo». (*¿Hay vida en otros mundos?*, 1963).

O, como está expresado en *Marque and Reprisal* (1965):

«Por eso tenemos que avanzar en el espacio... Lugar. Una oportunidad para salir de esta horrible barahúnda en la Tierra, poder caminar en libertad, ser nuestros propios amos, probar nuevas maneras de vivir, de trabajar, pensar, crear, asombrarnos...».

Por otra parte, al dispersarse en el espacio se aseguraría la supervivencia de la humanidad en caso de que la Tierra fuera destruida. *Hijos de la suerte* (1961), *El día después del Juicio Final* (1961), *Epílogo* (1962) y *Tau Zero* (1970) son todas obras basadas en esta premisa. Anderson concede un valor excesivamente alto a la propagación de la raza como una especie de garantía de inmortalidad, la única demostrable y cierta. El narrador de *El hombre que vino temprano* (1965) afirma lo siguiente, desde el punto de vista pagano escandinavo: «La casa y la sangre son sagradas. Los hombres mueren y las mujeres lloran, pero mientras la casta vice, nuestros hombres se recuerdan».

En *Tau Zero*, la preocupación del autor por la perpetuación se enciende hasta la gloria. En esta novela, una nave estelar funciona mal y no puede desacelerar para terminar su misión de colonizar. A medida que se acerca más y más a la velocidad de la luz, los eones aceleran hasta parecer latidos de corazón. La expedición sobrevive a este ciclo de creación y contempla la refragua de las estrellas. La nave, ya reparada, termina descansando en un planeta del nuevo universo. ¿Acaso naves futuras no podrían repetir esta hazaña por siempre jamás, en un mundo humano sin fin? La raza puede hacerse a sí misma —sino a sus miembros— inmortal.

Sin embargo «puede haber un precio demasiado alto por la supervivencia», (*Turning Point*, 1963). No es de ninguna manera el valor supremo.

«Pero había límites... Había ciertas cosas más importantes que sobrevivir. Incluso que la supervivencia de una causa».

«Se le ocurrió a Sverdlor que esta era otra manera en que un hombre podía servir a su planeta: simplemente siendo la correcta clase de hombre, tal vez una manera mejor que planear la extinción de gente que por casualidad vive en otras partes».

(*Hemos alimentado nuestro mar*).

O como nos recuerda el héroe de *Los molinos de los dioses* (1961): «El honor no bastaba. La supervivencia no bastaba. También era preciso ser bondadoso».

El mero propósito de prolongar la vida, sea de la raza o del individuo, es una finalidad fútil, como para su desgracia se dan cuenta los duendes malhumorados de *La espada rota* (1954) y los hombres inmortales en *La estrella bestia* (1950). Uno de estos últimos medita así:

«La muerte es el viaje más largo de todos. Sin muerte no hay evolución, ni sentido real de la vida, la última aventura nos ha sido robada». Los hombres necesitan liberarse del temor paralizante a la muerte y la esclavitud a una promesa sintética de resurrección en *Goat Song* (1972). Por otra parte, en *Los antiguos dioses (Mundo sin estrellas, 1966)* la inmortalidad no corrompe a los hombres porque todavía tienen deseos de arriesgar sus vidas y morir dignamente cuando es necesario.

Lo que importa es la calidad, por encima de la cantidad de vida.

La imagen compuesta de la buena vida que surge de los cuentos de Anderson tiene un atractivo innegable. Destaca el goce rotundo de ciertas cosas como navegar, whisky escocés y Mozart (lo que equivale a naturaleza, convivencia, sensibilidad artística). Anderson se interesa mucho en qué bien, cuán intensamente y cuán creativamente vive la gente. Los hombres, para sobresalir, requieren del estímulo constante del desafío. Un mundo perfecto, carente de desafío, resultaría destructor del alma. En *La Reina del Aire y las Tinieblas* (1971) el mundo externo antitecnológico es una cruel decepción, lo mismo que los reinos fantásticos del Mundo de las Hadas en *La espada rota y Tres corazones y tres leones* (1961).

Pero por lo general, la tecnología tiende a ser el villano de la historia. En *Quijote y el molino de viento* (1950) la automatización completa ha privado a la gente ordinaria de la oportunidad de crear y sentirse útil, lo que resulta en un aburrimiento masivo. También en *Que beneficio tendrá* (1956) se reitera el mismo anhelo por un trabajo con sentido. La saciedad material produce un hedonismo destructivo, apatía y por último la decadencia en *La estrella bestia* y *Conversación en Arcadia* (1963). En *Los Altos* (1958), una sociedad totalmente planificada produce una reversión de la evolución, puesto que la falta de desafío torna innecesaria la inteligencia.

Entre los escritos de Anderson abundan las anti-utopías tecnológicas. (Ejemplo: las series del *Hombre de las Naciones Unidas*, 1953^[2]; *Ghetto*, 1954; *El largo camino de regreso (Sin mundo propio)*, 1955; *Inside Straight*, 1955; *Hemos alimentado nuestro mar*; *Retraso de tiempo*, 1961^[3]; *Cazador de fortuna*, 1973). El autor era ya un activo conservacionista antes de que la ecología se pusiera de moda. Ha denunciado los efectos deshumanizantes y destructores de civilizaciones técnicas existentes. En *Licencia* (1975) afirma: Los hombres «no quieren vivir hacinados y encadenados a un pequeño lugar de la superficie de la tierra, y ser una unidad anónima, mandados, reducidos a manadas y enclaustrados dentro del desierto de acero de una ciudad, obligados a subordinar la comida, el sueño, la digestión y el

amor y el juego a una sola tarea monótona». También en *Progreso* (1962) discute el mismo tema:

«Sin embargo, si la industrialización puede alimentar y vestir mejor a la gente, ¿no merece ganar?».

«¿Quién dice que sea así? Puede alimentar y vestir a más gente, es cierto, pero no precisamente mejor. ¿Acaso la mayor cantidad es una prueba de calidad?».

Pero como ya no hay modo de volverse atrás, él propone ciertas alternativas. La más tosca, un invento maravilloso que permitirá la independencia económica individual y, por lo tanto, la libertad personal. Tenemos ejemplos de esto en la fuerza protectora de *Escudo* (1962) y una fuente de energía universal muy barata en *Snowball* (1955).

En cambio, mucho más difícil resulta reencauzar la naturaleza humana mediante la conversión interior. Unos intrusos extranjeros realizan infructuosamente un intento semejante en *No hay tregua para reyes* (1963), y en las series del *Hombre de las Naciones Unidas* es un instituto psicotécnico. Esta vía de acercamiento al problema puede producir más daño que bien.

Los esfuerzos secretos de los extranjeros para modificar la humanidad incitan a la guerra y desacreditan a sus involuntarios agentes humanos, y mientras que al principio el Instituto emplea sus técnicas de acondicionamiento individual psicomental y la sociodinámica de grupo para luchar contra la tiranía, pasado el tiempo confunde los medios con los fines y sucumbe por causa del orgullo. No tiene verdadero valor salvar a los hombres contra su voluntad.

Sería posible aliviar ciertas presiones de la civilización contemporánea mediante la colonización extraterrestre, como sucede en *The Star Fox* (1966), *Cuentos de las Montañas Voladoras* (1970) y *¿Hay vida en otros mundos?* Pero la mejor solución sería una reestructuración radical y voluntaria, pues «la civilización no fue una tecnología material sino un modo de pensar y un entendimiento». (*The Star Way*, 1956). En *The Byworlder* (1971) se sugieren nuevas posibilidades y su versión en ensayo, *Mas futuros que uno* y *El pueblo del viento* (ambos de 1973), así como su anuncio en *Avanzada del Imperio* (1967). Las primeras obras describen una sociedad casi futura en que la tecnología se convierte en criada de la ecología. Las últimas dos historias se desarrollan en planetas coloniales donde se ha producido una combinación viable de culturas humanas y extrañas.

En caso de fallar el experimento, es posible obtener mejoras mediante una catástrofe depuradora. En *Brain Wave* (1954), un aumento drástico y abrupto de la inteligencia humana y animal sacude a la sociedad, pero al mismo tiempo transforma la hombre y lo envía a la exploración del espacio. A veces después de holocaustos universales, el hombre vuelve a descubrir una nueva forma de feudalismo benévolo y autonomía local (como en *No hay tregua para los reyes*), y llega a explotar poderes físicos y mentales de mutantes más un nuevo estilo de lógica (*Twilight World*, 1961); a veces combina la ciencia con la magia (*Superstición*, 1956) y desarrolla una

civilización neopolinesia ecológicamente sensible (*The Sky People*, 1959; y *Progreso*) que primero restaura la Tierra y después cede a un nuevo cosmopolitismo estelar (*Habrà tiempo*). En *Starfog* (1967), una organización voluntaria de ayuda mutua se convierte en un sustituto benigno del Imperio terràqueo caído. En cambio, en *El danzarín de Atlantis* (1972), la Creta de la Edad Media y el Occidente contemporàneo se desintegran en la sangre y el fuego para dar paso a civilizaciones más adelantadas. La indomable heroína de esta última novela afirma:

«Conseguimos la victoria, sí, pues ha sido una victoria que nosotros y aquellos a nuestro cuidado hayamos podido sobrevivir al fin del mundo y hasta logrado salvar buena parte del que vendrá... Veo, ahora, que nunca hemos sido esclavos del destino, pues fueron nuestras voluntades las que hicieron el destino».

En todos estos cuentos está implícita la idea de que el surgimiento de una sociedad depurada compensa al menos parcialmente el desastre que la originó. Pero, como es obvio, es preferible la adaptación sin tan doloroso estímulo. Resulta fácil hacer una descripción general, ya que Anderson ha expuesto su utopía tan a menudo —por lo menos dos docenas de veces en veinte años—. Salvo los extranjeros virtuosos que han logrado evitar la deformación tecnológica (*Green Thumb*, 1953; *Hermana planeta*, 1959; *The Star Ways*), sus utopistas son colonizadores humanos en un mundo maravillosamente hermoso. (Naturalmente, también ha mostrado sociedades fuertes en mundos àsperos tales como los vixen, kraken, lochlanna y kirkasant en la serie de los Imperios Terràqueos^[4], pero estamos tratando el caso ideal). La población de Utopía es excesivamente baja (el caso típico de los diez millones) y muy estable. Tiene un gobierno mínimo y descentralizado. Los individuos ciudadanos poseen una iniciativa excepcional, ingenio y estabilidad. Tienen inclinación por las artes, los oficios y el atletismo. Son muy reverentes de la tradición y sienten un profundo apego emocional por su planeta. Una avanzada comprensión de la ecología permite a los colonos gozar de la naturaleza sin estropearla. Su vigorosa cultura es la misma de sus antepasados terràqueos modificada por un ambiente nuevo. Todo el sistema podría denominarse «pastoralismo científico».

En *Time Lag* hay un ejemplo excelente de utopía y antiutopía trabadas en combate mortal. En *Finnish* los vaynamonianos derrotan a los invasores «rusos» chertokianos a pesar de una disparidad en la población de uno a quinientos porque los primeros sobrepasan a los últimos en progreso científico, vitalidad cultural y, por encima de todas las cosas, coraje. Vaynamo es un reino engréido donde domina la lujuria. La presencia del hombre aumenta —y no disminuye— la belleza del paisaje.

Hacia adelante se extendían campos de grano y pastoreo, todavía húmedos por el invierno pero oscurecidos tímidamente hacia los tonos verdes del verano al bajar hasta la gran plancha metálica del lago Rovaniemi y más allá, hasta el otro horizonte donde el alto Mikkela se alza hasta un cielo tan elevado y azul como él.

Chertoki es un *slum* que abarca todo un planeta:

«La ciudad se agrandó, se llenó de humo y afeó... Ni desde las torres más altas era ya posible ver el desierto, apenas si la mina abandonada y las montañas de escoria en vías de convertirse en conventillos».

Los habitantes de Vaynamo son a la vez muy enérgicos y amantes de la tradición. La heroína se autodefine así:

«Soy la hija del magnate y la mujer del propietario. Tengo un título universitario y una medalla en tiro al blanco. De niña navegué en medio de huracanes y nadé en las profundidades de grutas donde moraba el pez abanico. Como mujer traje un hijo al mundo...».

«Soy una verdadera hija de Vaynamo... Atesoro todo aquello que es tradición, lleno de memorias, todo lo que se ha mirado y se ha hecho por generaciones anteriores a mí. En cambio a los chertokianos no les importa. No tienen ningún pasado que valga la pena recordar».

En *Time Lag* prevalece el derecho y los valientes mantienen su libertad. Vaynamo debe rechazar a un vecino expansionista, pero en *El pueblo del viento Avalon* se resiste a ser anexado por el poderoso Imperio Terráqueo. En esta última historia la voluntad de resistir y el ingenio para preparar la defensa vuelven a conseguir la victoria.

Pero no todas las utopías de Anderson son tan afortunadas. A veces la naturaleza las destruye (como en *El Pirata*, 1968), o resultan voluntariamente abandonadas (*Turning Point* y *Gitano*, 1950), también son evacuadas a la fuerza (*Termina el capítulo*, 1954; y *Los desheredados*, 1966); a veces resultan pervertidas (*The Helping Hand*, 1950), o desgarradas por nuevos acontecimientos sociales (las secuelas a publicarse de *Orbit Unlimited*). Aun cuando nada los perturbe, estos hermosos dominios resultan inevitablemente arruinados por la imperfección humana, iniciando así nuevos ciclos de caída y recuperación y dando origen a eternos desafíos históricos. Pero la conciencia del mal no desespera a Anderson. Él continúa con su inmutable optimismo en cuanto a la capacidad del hombre para responder a cualquier exigencia que el universo pueda presentarle.

Según el segundo principio de Anderson, los desafíos, como quiera que surjan, deben enfrentarse prontamente. Tanto aparece en su obra el caso de respuesta inmediata, que resulta difícil seleccionar los ejemplos más representativos.

La alta cruzada (1960). *No hay tregua para los reyes* y *The Star Fox*, así como las series del hombre de las Naciones Unidas, destacan la importancia de solucionar los problemas presentes en vez de transmitirlos a generaciones futuras. El héroe de *Blake* afirma: «Y bien, ahora seremos nosotros los que hemos de morir, y no cien millones de personas de aquí a veinte años». La indiferencia al bienestar de sus descendientes es un signo de decadencia del Imperio Terráqueo.

«Al diablo con todo. Dejemos que la civilización aguante lo suficiente para permitir a Dominic Flandry gustar algunos vinos más, cabalgar sobre otros caballos más, besar a muchas más chicas y cantar una o dos baladas más; será bastante. Al

menos eso es todo lo que se ha atrevido a esperar». (*Cazadores de la Cueva del Cielo, Reclamamos estas estrellas*, 1959).

Cuando Flandry trata de ver de cuánto cinismo de moda es capaz, se da cuenta que no es a su medida. Pero es incapaz de reconocer su escondido altruismo aun para sí.

No sólo se debe responder al desafío con prontitud, sino también libremente. El concepto que Anderson tiene de la libertad es positivo: para él es la presencia de la oportunidad y no la ausencia de restricciones. El crimen más horrendo es violar la libertad de seres racionales domesticándolos o manipulándolos. Lo que el autor llama «domesticación» consiste en la explotación que se lleva a cabo protegiendo a la víctima de todo desafío. El libre albedrío, la individualidad y la autoconciencia de un grupo son desalentados por otro hasta que estas cualidades esenciales se atrofian: «Un esclavo puede obedecer o no. Pero un animal doméstico debe obedecer. Sus genes no le permitirán actuar de otra manera». (*La llave maestra*, 1964). Es evidente que la amenaza de domesticación alarma al autor. Teme las consecuencias castrantes de algunas tendencias contemporáneas: la pérdida de opciones, de iniciativa y del trabajo con sentido; la colectivización y la homogeneización; la declinación del racionalismo, el gusto y la competencia. Anderson reiteró ese problema, que presentó por primera vez en *Brain Wave*, en *Camino de estrellas*, *Hijos de la fortuna*, *Turning Point*, *No hay tregua para los reyes*, *The Star Fox*, *Mundo de Satán* (1968), *La Reina del Aire y las Tinieblas* y *Goat Song*. También originó los argumentos de *La llave maestra* y *Los antiguos dioses*.

En *La llave maestra* algunos comerciantes de la Liga Polisotécnica encuentran una raza de extranjeros radicalmente antisociales que controlan a otra especie inteligente para convertirla en su sirviente. Incapaces de comprender a la civilización humana, los dominantes yildivianos no pueden discernir si los hombres son seres libres «salvajes» como ellos mismos, o «domesticados» escapados como los lugales. En realidad, el hombre no puede ser ninguno de los dos.

«Nosotros, los de esta habitación, somos salvajes —dijo Van Rijn—. Hacemos lo que hacemos porque lo deseamos o porque es lo correcto... ¿Pero cuántos esclavos hubo en la larga historia de la Tierra en quienes sus amos habrán podido confiar? ¿Y cuánta gente es actualmente animal doméstico en el corazón...? Desean que alguien siempre les diga lo que deben hacer, se hagan cargo de sus necesidades y los protejan no tan sólo de su prójimo, el hombre, sino de ellos mismos. ¿Y por qué toda la sociedad humana libre ha durado tan poco? ¿No se debe a que el animal salvaje hombre nace con infrecuencia desoladora?».

En *Los antiguos dioses*, Anderson presenta la maldición de la domesticación en forma aún más destacada. La de los Ai Chun es una raza increíblemente antigua con poderes psíquicos, que creen ser dioses y exigen veneración de otros seres. Después de eones de reproducción selectiva crían otra especie para darles conciencia y esclavizarla. Algunos logran escapar y desarrollan su propia estructura social y

religión monoteísta. Una tripulación de hombres del espacio perdidos presta ayuda al grupo libre contra Ai Chun, pero un hombre se pasa al enemigo debido a fallas psicológicas. Después de someter su voluntad e identidad a los extranjeros, tozudamente prefiere el sometimiento a la lucha viril y muere con sus amos. Como contraste, Vallanda, el líder *de facto* de los humanos, es un espléndido hombre libre. Considerado, leal, tenaz y muy capaz, su serena independencia le permite rechazar las costumbres sexuales libertinas de su sociedad por una vida de heroica castidad. Para Anderson la libertad es una gloria penosa, y no un manto para el egoísmo.

Los hombres, al ser manipulados, pierden la oportunidad de decidir cuál será su propia respuesta a los desafíos. Las mejores intenciones y los motivos más elevados no pueden evitar muchas veces el desastre, como lo demuestra la historia del Instituto Psicotécnico de Anderson. El Instituto, establecido a fines de la Tercera Guerra Mundial para mejorar a los individuos y a la sociedad, desarrolla ciertas técnicas para moldear la historia según sus propias especificaciones. Ya no resulta suficiente «responder al futuro cuando llegue», argumenta un sostenedor del Instituto: «Eso es lo que el hombre siempre ha hecho. Y por eso la raza siempre ha dispartado entre una catástrofe y la próxima. Esta puede ser nuestra última oportunidad de cambiar el molde». (*Marius*).

Pero dos generaciones más tarde, cuando el mundo se ha restablecido, el Instituto continúa aún considerándose el único salvador de la humanidad. *El hombre sensible* describe este período como una historia con un protagonista tan engreídamente farisaico como los superhombres de *Gulf*, de Heinlein.

«Veo que están en favor de un gobierno libertario —dijo—. En el pasado, siempre se ha desmoronado tarde o temprano, y la razón principal es que no hay suficiente gente con inteligencia, viveza y temple para resistir la inevitable usurpación de la libertad por el poder».

Un crítico le responde: «¿Pero qué clase de personas se necesitan? ¿Quién determina eso? Usted ha resuelto que *ustedes* son los árbitros únicos. Su visión superior será encargada de dirigir a la pobre humanidad por el camino que lleva al paraíso. ¡Yo afirmo que ese camino lleva al infierno!».

Si se lee en forma aislada, *El hombre sensible* parece inconsistente con el resto de la obra de Anderson. Pero considerado dentro de su serie resulta irónico: las objeciones alegremente descartadas en *El hombre sensible* con el tiempo resultan correctas. En *Preguntas y respuestas*, ambientada un siglo después, el Instituto está tan embriagado con su plan para el futuro del hombre que trama detener la exploración estelar: el hombre es aún demasiado «incivilizado» para merecer las estrellas. Un agente del Instituto dice:

«Requerirá mil años de una dirección lenta, sutil y secreta..., hacer evolucionar la cultura que deseamos... Los hombres no serán ciegos, avarientos, atropellados y crueles como animales; entonces habrá moderación, dignidad y satisfacción...».

Un hombre espacial responde: «Sostengo que el hombre que se arrebujaba en su

propio pequeño caparazón para tener pensamientos puros y contemplarse el ombligo ya no es un hombre... Me gusta el hombre tal cual es, y no como un puñado de teóricos considera que debe ser. Personalmente, creo que ningún grupo pequeño tiene el derecho de imponer su propia voluntad a nadie... Voto por decir la verdad, por ir hasta las estrellas, y acatar las consecuencias; buenas, malas o indiferentes. Quiero ver cuáles son las consecuencias, y pienso que casi todos los hombres sienten de la misma manera».

El poderoso Instituto resulta desacreditado y después prohibido: *hubris*, *némesis*, *até*. «La falla trágica en el carácter del personal del Instituto era que sólo se trataba de seres humanos». (*Las nieves de Ganímedes*).

En *No hay tregua para los reyes* se sintetizan claramente los mismos puntos. Aquí, un pequeño grupo de extranjeros intenta esbozar nuevamente en secreto la sociedad post-Armageddon. Tratan de forzar un estado centralizado e imponer a los hombres una sociedad pasiva y colectivizada «para su propio bien». Pero los extranjeros paternalistas en realidad temen a la vitalidad humana. La raza no desea ninguna competencia de parte de otras civilizaciones, y su papel queda al descubierto durante una guerra que instigan para promover sus planes. Uno de los soldados que denunció la conspiración reacciona así:

«Si se hubieran presentado abiertamente, como gente honesta, algunos les habrían escuchado. Tal vez los suficientes. Pero no; querían ser *benefactores* sutiles y solapados. Ustedes sabían lo que nos convenía y no teníamos derecho a tener opinión en la materia... Nosotros los seres humanos por cierto que cometimos errores fatales, pero nos pertenecen, y de ellos hemos aprendido. En cambio ustedes no quieren aprender».

En *No hay tregua para los reyes* la subversión depende de la tecnología material superior y la manipulación social. En *Star Ways* y *La Reina del Aire y las Tinieblas* la estrategia enemiga se sirve especialmente de la sugestión, la ilusión, el fenómeno psíquico; los extraños no sólo engatusan a los hombres, les hacen disfrutar del engaño. Desenmascarar estas conspiraciones lleva a los engañadores a la desesperación y al ultraje del engañado. Pero si los extranjeros son capaces de superar su aversión por las costumbres de los humanos, una cooperación voluntaria puede reemplazar a la secreta agresión para bien de ambas partes.

Muchas veces hasta la interferencia pública y benéfica puede resultar fatal. El héroe de *El viaje más largo* (1960) rechaza el contacto prematuro interestelar por temor a que su propio mundo se vea privado de un excitante estado en su desarrollo y por lo tanto renuncia a su propia singularidad. En *La mano que ayuda* se manifiesta el contraste de reacciones entre dos sociedades extranjeras desoladas por la guerra, a la ayuda ofrecida por los terráqueos. Al aceptarla, Lush Gundaloo se corrompe y pierde su creatividad. En cambio, Grim Skontar se reconstruye por sus propios medios sin sacrificar su dignidad.

El ejemplo más punzante de este tema es *Let the Spacemen Beware!* Los

exploradores que redescubren la colonia terráquea de Gwydion admiran la imperturbable serenidad de sus habitantes. Pero la vida idílica de los gwydionianos está puntualizada por períodos de esquizofrenia bioquímicamente producida. El jefe militar de la expedición, que tiene muy arraigadas sus tradiciones arcaicas, entiende esa cultura saturada de mitos. En cambio, el tecnocrático jefe civil, rival de amores de aquel, queda completamente desconcertado. A pesar de las advertencias del primero, éste trata de intervenir durante la locura y por lo tanto causa una matanza innecesaria. El soldado da su vida para que sus camaradas y su amada nativa puedan escapar. Ella ni siquiera recordará cómo murió él.

Sin embargo, las poderosas declaraciones que encierran estas historias sobre los peligros de la intervención deben compararse con la aprobación por el autor de agentes de intervención como la Patrulla Galáctica y la Patrulla del Tiempo. La poco sutil serie de la Patrulla Galáctica (*The Double-Dyed Villains*, 1949; *Enough Rope*, 1953; y *The Live Coward*, 1956) relata los esfuerzos de esa organización para mantener la paz en la galaxia por medio del engaño, el soborno, el chantaje o cualquier otro medio inescrupuloso, siempre que no cause la muerte de ningún ser racional. La ética de la patrulla se basa en elegir el menor de dos males. Como explica un miembro:

«Por mi parte, estoy más dispuesto a quebrar cualquier ley arbitraria o regla moral y destrozar un manojo de vidas de idiotas que piensan, que ver cómo un planeta es consumido por las llamas..., o ver un bebé muerto por una guerra de la que nunca llegó a enterarse». (*The Double-Dyed Villains*).

En cuanto a los hombres de la Patrulla del Tiempo (*Los guardianes del tiempo*, 1960; y *Mi objetivo sublime*, 1961) encaran problemas más complejos todavía. Están encargados de vigilar la línea del tiempo que lleva hasta los increíblemente evolucionados hombres del futuro muy distante que han descubierto el viaje temporal. Eliminan los anacronismos que debilitan la materia temporal, capturan fugitivos de la justicia futura y corrigen cambios efectuados por criminales del tiempo. La intervención para conservar la historia tal como ha sido parece permisible aun cuando eso signifique dejar el sufrimiento sin alivio.

«Había visto demasiado sufrimiento humano en todas las eras. Después de un tiempo uno se endurece, pero en el fondo cuando un campesino lo mira a uno con sus ojos enfermos y brutalizados, o un soldado grita atravesado por una lanza, o una ciudad estalla en una llamarada radiactiva, algo llora. Era capaz de entender a los fanáticos que deseaban cambiar los acontecimientos. Solo que su tarea parecía tan incapaz de mejorar nada...». (*Delenda est*, 1955).

Pero también se puede ordenar a los agentes temporales que cambien la historia «real» según sus necesidades superiores. Al final la realidad histórica es relativa. El dilema de los intereses contradictorios en *El único juego de la ciudad* (1960), no queda solucionado allí ni tampoco en otras historias como *Progreso y Turning Point*. Los choques entre los hombres igualmente sinceros resultan inevitables, como sucede

en *Let the Spacemen Beware!*, *Los mundos rebeldes* y *El pueblo del viento*. Indudablemente Anderson no ve respuestas fáciles. Ve, en cambio, el dolor que causa la elección. Pero hay una diferencia entre la intervención lícita y la ilícita: aquellos que cambiarán el curso del universo deberán cargar la culpa. Lo que protege a los guardianes es su humildad y la angustia que soportan por sus hechos.

Por último, cuando los hombres aceptan el desafío, deben aceptar la responsabilidad. El poder sin responsabilidad se convierte en tiranía. Por lo tanto, los amos de Anderson sufren. El liderazgo es siempre el arte de reinar —*de jure o de facto*—. Su esplendor es penoso. Los héroes de *Tau Zero* y *There Will Be Time* aceptan sus papeles reales sólo durante la crisis. Después que la necesidad ha pasado se vuelven ansiosos por librarse de sus coronas.

No es de sorprender que el antiguo mito de los reyes que rescatan de la muerte inspiren algunas historias. Hay un agente secreto que describe su trabajo: «Somos los reyes que morimos por el pueblo para que muchachitos con cajones de lustrar zapatos no resulten fritos en calles derretidas». (*Estado de asesinato*, 1959). En *Reyes que mueren* (1962) las muertes de hombres del espacio en una guerra interminable entre América y Unasia sirven como sacrificio ritual para conservar al resto de la humanidad. El héroe explica lo siguiente:

«Hoy la era de la máquina ha desarrollado sus propios reyes artificiales. Somos los elegidos de la raza. Lo mejor que puede ofrecer; nadie nos contradice. Podemos obtener lo que se nos antoje: placeres, lujos, mujeres, adulaciones; pero no los simples placeres de esposa, hijos, un hogar, porque debemos morir para que la gente pueda vivir».

En un momento en que un americano y un ruso intentan reemplazar la matanza con exploración pacífica, la colaboración fracasa y el derramamiento de sangre continúa inevitablemente.

La élite de Anderson —hombres espaciales o brujas, agentes secretos o señores feudales— existen en un plano ideal para servir. Hay dos buenos ejemplos de esto en las series del hombre de las Naciones Unidas y en *Brain Wave*.

Los hombres de las Naciones Unidas son una banda de hermanos exogenéticamente idénticos, creados y entrenados como operativos especiales de las Naciones Unidas por el Instituto Psicotécnico. Están abundantemente provistos de todos los dones preferidos por el autor: capacidad mental, física, lingüística y artística. Asimismo son considerados, humildes, perceptivos, fiables y de buen humor. Son más notables por el desarrollo completo y armónico de todas sus capacidades que por ningún talento sobresaliente. Aunque ejecutan valiosos servicios para el mundo, no comparten la decepción del Instituto en cuanto a su superioridad o su trágica caída. Con el tiempo algunos de los hermanos se unen a otro grupo de servicio elitista, la Orden semimonástica de los Ingenieros.

En *Brain Wave* un aumento excepcional de la inteligencia humana convierte a los hombres repentinamente en mentes superiores a cualquier otra raza que encuentran en

la galaxia. Pero estos genios transcendentales no tienen deseos de conquistar o domesticar a otros seres. Así prevén su futuro papel:

«No seremos dioses, ni siquiera guías. Pero en cambio, a algunos de nosotros se les dará la oportunidad. Trataremos de que el mal no florezca demasiado rudamente y de que la esperanza y la oportunidad sucedan cuando más se las necesiten, a todos esos millones de criaturas sensibles que viven y aman y luchan y ríen y lloran y mueren, como una vez lo hizo el hombre. No, no seremos la encarnación del Destino, pero tal vez podamos ser la Suerte. Y quizá también el Amor».

Esa magnanimidad contrasta marcadamente con la actitud despreciativa de *Genio* (1948), la tercera historia publicada por Anderson. Una colonia de «genios puros» no solo denigra al resto de la humanidad sino que trama dominarla.

«Al genio se lo mete dentro de la chaqueta de fuerza del hombre mediocre y el intelecto del deficiente mental. Es un verdadero tributo al supremo poder del intelecto que se pueda expandir de alguna manera más allá de los límites de su prisión...».

«El hombre ordinario es simplemente estúpido... Sigue, o acepta simplemente lo que hace una minoría dominante, aunque sea vacilando y contra de su voluntad».

Esta infeliz historia es una verdadera anomalía y un bochorno para su autor. Pero desde entonces se ha mantenido en el camino de la compasión.

Se puede definir al héroe de Anderson como al «hombre que paga el precio». Sus dotes, sus motivos y hasta sus virtudes son irrelevantes. Todo lo que importa es la disposición para soportar cargas por algún buen propósito. La medida del heroísmo de un hombre está dada por su voluntad de sufrir, y no por lo que sufre.

Otros autores ven las cosas de distinta manera. Los héroes de Heinlein, a quienes no perturban la culpa o el remordimiento, confían absolutamente en ellos mismos y en sus causas. No sufren de ninguna ambivalencia. Los héroes tolerantes de Delany en cambio sufren, pero nunca deben contender con los vicios dentro de ellos mismos o llegar a torturantes decisiones éticas.

El héroe de Anderson tiene una ética pragmática. El fin justifica los medios si uno puede soportar el costo. Como observa James Blish: «Para Anderson el héroe trágico es un hombre..., impulsado en parte por las circunstancias, pero sobre todo por su propia conciencia, a hacer la cosa equivocada por la razón justa, y luego debe atenerse a las consecuencias^[5]». Hay dos ejemplos particularmente crueles de esto en *El puente quemante* (1960) y *Hermoso planeta*.

Joshua Coffin, el comandante de la flota espacial, un puritano intransigente con un acendrado sentido del deber, salva del fracaso la primera colonización estelar de la Tierra (y quizá la última) por medio de una mentira que puede costar la vida de un hombre. Agobiado por la culpa se retira de los viajes espaciales, que es lo único que ama. Transcurre una larga y triste década antes de haber aprendido a vivir consigo mismo.

En *Hermana Planeta* encontramos un complicado juego de dilemas morales. Exploradores humanos que se encuentran en Venus descubren una manera de que ese

planeta se asemeje a la Tierra. Deciden ocultar su descubrimiento puesto que representa la extinción de la raza indígena. Después de destruir su propio mundo el hombre no tiene derecho a colonizar a expensas de otras especies inteligentes. Pero es imposible suprimir para siempre ningún conocimiento, y la sociedad humana se ha brutalizado hasta tal punto que no vacilará en incurrir en genocidio planetario. Cuando el héroe se da cuenta de esto, enseña a los nativos a temer al hombre bombardeando sus lugares sagrados y previene expediciones futuras asesinando a sus compañeros y culpando a los nativos por el crimen. Y aunque así se salva Venus, los más tremendos remordimientos lo atormentan: «Oh, Dios, existe por favor... Haz un infierno para mí». Finalmente, el remordimiento por el asesinato de sus compañeros lo impulsa al suicidio.

El elegante Dominic Flandry también es un héroe que paga el precio. Comete un suicidio espiritual (cambiando trozos de su alma por éxito en misiones de inteligencia vitales). Ya desde sus primeras aventuras, como *Ensign Flandry* (1966), en que deliberadamente seduce y traiciona a una cortesana que le ama, el peso de su culpa no hace más que aumentar. Y sin embargo, sus costosos esfuerzos no son totalmente en vano; pues mundos a los que ayuda a salvarse sobreviven a la caída del Imperio Terráqueo.

El puro heroísmo de carácter privado también exige su precio. A veces requiere la renuncia al matrimonio por el bien del ser amado. (*Shield y Starfog*), o continuar un matrimonio insatisfactorio (*Desafiar para ser rey*, 1959; y *Tres mundos a conquistar*, 1964), o también reconciliar amores en conflicto (*No hay tregua para los reyes*, *Los mundos rebeldes* y *El danzarín de Atlantis*). *Escape de órbita* (1962) es el que lo describe mejor. Un control de tierra de la NASA que ha renunciado a su entrenamiento como astronauta para cuidar a su esposa enferma padece un remordimiento que lo corroe, constantes presiones y celibato involuntario. Sus problemas profesionales pueden ser resueltos, y en cuanto a los personales sólo le resta sufrirlos. Pero su sentido de la responsabilidad familiar no le permite sumergirse en la autocompasión.

Un obstáculo obvio para el heroísmo es el rechazo del sufrimiento. En *Los desheredados* tenemos la situación inversa a la de *Hermana Planeta*; aquí los científicos terráqueos que estudian el idílico planeta disfrutaban tanto de vivir en él que rechazan volver a la Tierra sobrepoblada, aunque por el bien futuro de los autóctonos y sus descendiente deberían hacerlo. Un enviado especial de la Tierra los incita a actuar responsablemente: «Tengo tanto orgullo (de ser hombre) que no quiero ver a mi raza culpable del último crimen. No permitiremos que nadie más pague por nuestros errores. Regresaremos a casa y trataremos de enmendarlos nosotros».

Pero los científicos lo desafían y deben evacuarlos por la fuerza.

El falso ascetismo constituye una trampa más sutil: la sobrevaluación del sufrimiento. En *Los molinos de los dioses* el agrío Joshua Coffin se da cuenta, gradualmente, de los límites de la austeridad como camino a la virtud. En *Rogue*

Sword (1960) el despiadado caballero aragonés En Jaime no quiere aceptar esto: «¿Pero usted cree realmente que lo único que se requiere del hombre es... bondad?».

En *The Sharing of Flesh* se demuestran los tremendos efectos de la bondad inteligentemente dirigida. La heroína se esfuerza en ser misericordiosa a pesar de las presiones de su condicionamiento cultural y su inclinación personal. Perdona al asesino de su marido y revela cómo la gente de su planeta puede ser liberada de una compulsión genética hacia el canibalismo. Si por venganza hubiera ocultado la información, su pecado habría sido infinitamente superior a cualquier cosa que los nativos hicieran. Los exploradores más «liberales» y bondadosos, sienten piedad por los nativos, pero sus tiernos sentimientos están mezclados con aversión y no hacen nada por remediar la situación.

El héroe de Anderson no es un *übermensch*:

«Siempre que las cualidades humanas son importantes en la guerra o en conflictos menos violentos, el valor y la constancia suelen ser más que la complejidad intelectual». (*¿Hay vida en otros mundos?*).

En cambio, con frecuencia sus héroes son típicos miembros de un grupo o clase que se distingue principalmente por su voluntad de tomar la iniciativa. Un burócrata menor empieza una revolución exitosa en *Sam Hall*. Por su parte, las heroínas de *Time Lag (Reclamamos estas estrellas)* y *The Sharing of Flesh* son mujeres representativas de sus respectivos planetas. En *A Little Knowledge* (1972) un extranjero tímido, de aspecto afeminado, frustra a unos piratas espaciales humanos. Entre una bruja, un hombre-lobo con cola y un gato macho desmoronan el Infierno en *Operation Chaos* (1972); el héroe hombre-lobo se refiere a eso como ejemplo del sentido del humor de Dios.

Tres corazones y tres leones describe a un hombre humilde que es en realidad un héroe épico. En nuestro mundo se trata del tranquilo Holger Carlson: «Todos éramos sus amigos. Era un sujeto amigable, de hablar pausado, con los pies bien plantados en la tierra, de gustos simples en su modo de vida y humor... Si bien nada espectacular como ingeniero era satisfactorio y sus talentos eran del tipo práctico, del método empírico más que de la propuesta analítica. Considerándolo todo, Holger era un buen tipo medio, lo que más tarde se llamaría un buen Pepe».

Pero en el universo sustituto de la Tierra de las Hadas es el fabuloso paladín carolingio Holger Danske. Después de muchas vicisitudes en el país de las hadas reconoce su verdadera identidad y asume su papel de Defensor de la humanidad para quebrar las huestes del Caos.

El héroe es consciente de sus propias limitaciones: «James Mackenzie sabía que era medianamente inteligente en el mejor de los casos... Sus éxitos consistían en tareas de emparche llevadas a cabo en medio de terrible confusión o en atrafagarse como ahora deseando sólo que todo el barullo terminara... ¿Héroe? ¡Qué risa me da!». (*No hay tregua para los reyes*).

No hay ningún brillo en las aventuras heroicas: la guerra es sólo «hambre, sed,

cansancio, terror, mutilación, muerte y por siempre la rutina, el aburrimiento echándose sobre uno como un buey». (*No hay tregua para los reyes*). La falta de encantos del heroísmo es un motivo tan común en Anderson que hasta ocurre en una historia de colorida acción como *La alta cruzada*. Hasta David Falkayn, el pisaverde polisotécnico (*The Trouble Twisters*, 1966), y Dominic Flandry descubren que la ejecución de sus proezas resulta más agusanada que encantadora.

La virtud personal no es requisito indispensable para el heroísmo. No es necesario que un hombre sea un santo para ejecutar hechos útiles e incluso grandes. En *El granero de Robin Hood* un comisionado del gobierno cómplice e irascible proporciona mediante engaños una trampa de escapes para una humanidad vacilante. Un McLaren amante del placer y un brutal Sverdlov son tan heroicos como sus compañeros de tripulación más «respetables» en *Hemos alimentado nuestro mar*.

Más aún; los hombres buenos no son precisamente los héroes más efectivos. En *Los mundos rebeldes* la rectitud moral del almirante rebelde le acarrea la ruina tanto a él como a sus seguidores. En *El hombre que cuenta* (*Guerra de los hombres-Ala*, 1958) el astuto y autocomplaciente Van Rijn resuelve los problemas. Por lo tanto la heroína se le entrega a él antes que a sus bien definidos y heroicos jóvenes subordinados. El bien considerable que consiguen las escapadas de Van Rijn se presenta siempre como un producto secundario de su ambición. Sólo en *Mundo de Satán* reconoce embarazosamente su preocupación por el bienestar de los demás.

Para Anderson el fanatismo es «el pecado más feo de todos» pues el fanático bien intencionado ha sido la causa de mucha miseria humana: «¿No ve usted que los bribones premeditados hacen poco daño, y que es mucho el mal acarreado por tontos sinceros?», pregunta el héroe de *The Double-Dyed Villains*, haciéndose eco de las palabras de Ortega y Gasset. También en las series del hombre de las Naciones Unidas los fanáticos resultan los villanos, como en *Progreso*, *Una plaga de amos* (*¡Terráqueo vete de regreso!*, 1961), *Escudo*, *No hay tregua para los reyes*, *The Star Fox*, *Operation Changeling* (1969) y *No habrá tiempo*. No hay sinceridad que pueda justificar los crímenes del fanático. Él no sabe de misericordia, compasión o dudas interiores. «La cara en la pantalla se convirtió en algo absolutamente inhumano. Era una cara que Banning conocía —milenios de historia de matadero la conocían—, la cara del Propósito encarnado». (*Brake*). Y en forma distinta a Delany, Anderson no otorga a sus fanáticos dañinos la excusa de la locura. Son absolutamente culpables de sus iniquidades.

El hombre debe soportar la responsabilidad por sus actos y esta responsabilidad inevitablemente acarrea un sentido de culpa. Después de encabezar un golpe militar contra su mejor amigo: «Fourre extendió la mano y cerró los oscurecidos ojos. Se preguntó si alguna vez sería capaz de cerrarlos dentro de sí». (*Marius*). Hasta los manipuladores extranjeros sienten el remordimiento: «Ustedes creen..., cuando veamos el resultado final..., podremos lavarnos la sangre...». «No debemos pagar el precio más alto de todos». (*No hay tregua para los reyes*). El dolor es inevitable. El

bien es siempre imperfecto. «No lo sabía. Hacia donde me movía siempre existían la traición y la injusticia. Por más que me esforzaba en hacer el bien, tenía que perjudicar a alguien». (*Inside Earth*). En *La fatal realización* (1970), simulaciones de computadora logran demostrar la imposibilidad de perfección social. El hombre es incapaz de encontrar una serie de respuestas rígidas para mitigar su lucha.

Saint Lacrimae rerum... Las lágrimas de las cosas llenan el cosmos. El terror de los espacios infinitos persigue a las estrellas silenciosas. Los planetas reprochan a sus conquistadores en cada canto del viento. Cuanto más cambian al hombre el tiempo y las circunstancias, más igual permanece: frágil y tristemente falible.

«El enemigo era viejo y fuerte y mañoso, tomaba un millón de formas y jamás se lo podía asesinar totalmente. Porque era el hombre mismo..., la locura y la pena del alma humana, la rebeldía de un animal primitivo contra un estado innatural llamado civilización y libertad...». (*El hombre de las Naciones Unidas*).

¿Qué debe hacer entonces el hombre? «Debemos seguir tratando o dejar de pretender que somos hombres». (*What'll You Give? / Que donn'rez vous?*, 1962). El interminable desafío debe ser encarado con dignidad incommovible. Un piadoso protestante afirma: «Nuestra parte consiste en tomar lo que Dios nos manda y aun así mantenernos sobre ambos pies». (*Hemos alimentado nuestro mar*).

La soberbia fantasía escandinava de Anderson *La espada rota* es una enérgica afirmación de la respuesta de un hombre al destino. De acuerdo a la mejor tradición pagana, el héroe está absolutamente resuelto: «No hay otro camino que el que tomamos nosotros, por arduo que sea. Y ningún hombre sobrevive a su destino. Lo mejor es enfrentarlo con coraje, cara a cara». Su coraje iluminó su trágica vida. Cuando perece no lo hace como peón de los Aesir ni del destino. Muere como un hombre indomable.

El esfuerzo valiente importa más que el éxito, porque no hay victoria eterna. Anderson imparte «una orden gris: Perdura». (*El hombre de las Naciones Unidas*). Pero en última instancia, ¿para qué molestarse? Como se afirma en *Star Ways*, «la vida es sólo otro fenómeno del universo físico, simplemente es». O como dice el autor con su propia voz: «No hay razón científica para creer que la vida fue alguna vez intencional, es simplemente una propiedad de materia bajo ciertas condiciones». (*¿Hay vida en otros mundos?*).

Si consideramos a la inteligencia como un desarrollo puramente pragmático en vez de una finalidad mística de la naturaleza, eso significa que rechazamos ideas como las de Teilhard de Chardin. Anderson en cambio valora aquellas respuestas intuitivas no-rigurosas que no son unas respuestas.

«Todavía veo el mismo cosmos ciego gobernado por las mismas leyes ciegas. Pero de pronto importa. Importa terriblemente y significa algo. ¿Qué? Todavía no he conseguido resolverlo. Probablemente nunca lo lograré. Pero tengo una razón para vivir, o morir, si fuera necesario. Tal vez ese sea el propósito de la vida: el propósito en sí». (*Hemos alimentado nuestro mar*).

Los héroes de Anderson encuentran el sentido de la vida en vivir y en la búsqueda del misterio y la belleza y el amor. Al vivir audazmente y morir con valentía, el hombre encuentra su propósito de luchar contra los interminables desafíos que proporciona la vida: «nuestro orgullo consiste en que, a pesar de todo, de vez en cuando hacemos lo mejor posible. Alguna vez tenemos éxito. ¿Qué más podemos pedir?». (*Ensign Flandry*).

RECONOCIMIENTOS por Desafío y respuesta.

Una versión ligeramente diferente de este ensayo apareció en el *Riverside Quarterly*, IV, número 2 (enero de 1970), pág. 80-95.

Deseo agradecer a Patrick McGuire su crítica valiosa.

Fin de viaje

... cuentas del médico & punzadas en el pecho pero no debe ser nada quizás indique indigestión cena de anoche & ¿audrey no me estaba mirando? & como diantres puede saberlo un tipo & tal vez consiga averiguarlo & que imbécil pareceré si no es así...

... maldito estúpido & no deberían dejar conducir a cierta gente & oh está bien, el examinador fue bastante considerado conmigo y hasta ahora no he tenido ningún accidente grave & por la sangre de cristo de verdad que me asusta conducir pero los autobuses no sirven para nada & y justo a tres pasos & hombre con sombrero verde & judas pasé la luz roja...

En quince años uno acaba por habituarse, mas o menos. Podía caminar por la calle y mantener el hilo de sus pensamientos mientras el oleaje de voces calladas formaba un susurro casi ignorado en su cerebro. Por cierto que de vez en cuando toca recibir algo bastante malo que sobresale dentro del cráneo y que a uno le grita.

Norman Kane, que había venido aquí porque estaba enamorado de una muchacha a la que nunca había visto, llegó a la esquina de la Universidad y Shattuck justo cuando la luz cambió a rojo. Hizo una pausa y con dedos amarillentos por la nicotina sacó un cigarro mientras el tránsito se deslizaba ante sus ojos.

Las cuatro y media de la tarde; era una mala hora, la prisa de volver a casa de muchos sistemas nerviosos discordantes por el cansancio, con sentimientos de odio hacia todo lo que anduviera sobre dos ruedas o con dos piernas. Quizás habría tenido que quedarse en aquel bar en San Pablo. Era muy agradable, oscuro y fresco, la mente del cantinero emitía una amistosa y suave somnolencia y hasta pudo haber suprimido el haber notado a la mujer.

Pero no, quizá no. Cuando la ciudad nos ha azuzado los nervios al máximo, éstos no tienen mucha resistencia al barro que hay en muchas cabezas.

Pensó que era extraño, pero cuentas veces los más amables exteriormente eran los más retorcidos por dentro. Nunca se les ocurría conducirse mal en público, pero apenas debajo de la superficie de la conciencia... Mejor no pensar en eso, mejor no recordar. Al menos Berkeley era preferible a Oakland o a San Francisco. Cuanto más grande la ciudad más mal parecía albergar tres centímetros por debajo del hueso frontal. En ese sentido Nueva York era prácticamente inhabitable.

Al lado de Kane había un tipo joven esperando. Por la acera venía una muchacha; bonita, pelo largo y rubio y una blusa bien rellena. Kane la enfocó ligeramente; sí, tenía su propio apartamento cuidadosamente elegido por el portero tolerante. En los nervios del joven saltó la lascivia. Siguió a la muchacha con la mirada; caminaba... con movimientos armoniosos muy simples.

Que lástima. Habrían podido disfrutar juntos. Kane chasqueó los labios para sí. No tenía nada que decir sobre un poco de honesta lujuria, al menos no tenía en su mente consciente liberada; pero no podía evitar cierto grado de puritanismo

subconsciente. Dios, no se puede ser telépata y permanecer puritano en algún grado. Lo que hiciera la gente con sus vidas le incumbía a ella solamente... Mientras no hiciera demasiado daño a los demás...

... lo malo es que me hieren —pensó—, pero no se lo puedo decir, me harían pedazos y luego los pisotearían. El gobierno/ los militares/ no les gustaría que existiera un tipo capaz de leer secretos pero su enojo basado en el miedo & sería capricho de niños comparado con la roja ira desatada del hombre común (marido cariñoso padre considerado buen trabajador honesto patriota leal) cuyos pecados internos eran desconocidos. Uno puede hablar con un cura o un psiquiatra porque solo se trata de hablar & no vive los deslices de uno...

La luz cambió y Kane empezó a cruzar. Era un día claro de otoño, aunque en esta zona las estaciones no eran muy definidas, un día soleado y fresco y un viento leve que soplaba por la calle venía desde el agua. Unas cuantas travesías más adelante, los terrenos de la universidad eran un despliegue de verde muy cuidado al pie de las pardas colinas.

... desollado & quemaquema carne podrida maloliente & los huesos los huesos blancos y limpios sobresaliendo gwtkjlo...

Kane se detuvo de golpe. Sintió a través del vértigo cómo el sudor le mojaba la camisa.

¡Y era un hombre de aspecto tan normal...!

—Escuche, imbécil. ¡Despierte! ¿Quiere que lo maten?

Kane hizo un tremendo esfuerzo por dominarse y terminó de cruzar la calle. Vio un banco en la parada del autobús y se sentó hasta que el temblor hubo pasado.

Algunos pensamientos resultaban insoportables.

Siempre usaba un subterfugio para recuperarse. Volvía a pensar en el padre Schielemann. La mente del cura era como un pozo, un pozo profundo bajo árboles moteados de sol y con la superficie aclarada con algunas hojas de otoño doradas... Pero ese agua no tenía nada de blancuzco, tenía un pungente gusto mineral y olía a la madre tierra. En los días de la pubertad, cuando los poderes telepáticos se despertaron en él por primera vez, muchas veces había acudido al padre Schielemann. Desde entonces había encontrado algunas mentalidades felices, buenas, pero ninguna tan serena como la de él, ninguna con tanta fuerza debajo de la amabilidad.

—Escucha, muchacho... No quiero que andes revoloteando alrededor de ese papista, ¿me entiendes? Cuando quieras acordarte estarás adorando imágenes talladas, como él.

Así le había hablado su padre, ese hombre enjuto e implacable que siempre usaba corbata negra.

—Pero no son...

En sus oídos aún resonaba la bofetada.

—Sube a tu cuarto. No quiero verte hasta mañana y para entonces tienes que aprender de memoria dos capítulos enteros de Deuteronomio. Tal vez así aprendas la

verdadera religión cristiana.

Kane sonrió agriamente y encendió otro cigarrillo con la colilla del anterior. Sabía que fumaba demasiado. También bebía..., aunque no en exceso. Cuando estaba bebido carecía de defensa contra las terribles olas de pensamientos.

A los catorce años se tuvo que escapar de su casa. La única posibilidad que tenía allí habría sido un conflicto continuo para terminar en el reformatorio. También había significado huir del padre Schielemann, pero ¡por las brasas del infierno! ¿Como podría un joven sensible como él vivir bajo el mismo techo con un cerebro como el de su padre? ¿Acaso los psicólogos no empezaban a admitir la posibilidad de un sadista-masoquista? Kane *sabía* que ese tipo existía.

Había que estar agradecido por un poco de suerte; gracias a Dios que el alcance máximo de la telepatía no iba más allá de unos cientos de metros. Y, en cierto modo, un muchacho con el don de leer las mentes tenía cierta ayuda: podía evadir a la oficialidad y los horrores aún peores del bajo mundo. En algún extremo del continente podía encontrar una bella pareja de ancianos y convencerse de que lo hubieran adoptado.

Kane trató de sacudirse y empezó a levantarse. Arrojó el cigarrillo al suelo y lo aplastó con el tacón. Cientos de ejemplos le decían que el acto encerraba un oscuro simbolismo sexual, pero qué diablos..., también era algo práctico. En tal caso, un revólver era un símbolo fálico, pero a veces uno necesita un revólver.

Armas: no pudo evitar un estremecimiento al recordar cómo había eludido el reclutamiento en 1949. Había viajado lo suficiente para saber que el país merecía ser defendido. Pero no fue ninguna hazaña embaucar a un psiquiatra y quedar marcado como un psiconeurótico perdido..., lo que en todo caso habría llegado a ser después de dos años de encierro con hombres frustrados. No había tenido otra alternativa, pero al mismo tiempo no podía evitar cierto sentimiento de deshonra.

... acaso no hemos pecado/ cada uno de nosotros/ ¿existe alguna criatura en toda la tierra sin su carga de vergüenza...?

Acababa de salir un hombre de la farmacia por la que pasaba. Kane penetró ligeramente en sus pensamientos. Era posible profundizar bastante en el yo de otros, si uno se tomaba la molestia; en realidad, era inevitable hacerlo. Resultaba casi imposible revisar los pensamientos verbalizados; el organismo está muy íntimamente integrado. La memoria no es como un armario de archivo pasivo sino un proceso continuo debajo del nivel de la conciencia; en cierto sentido uno está reviviendo todo el pasado en forma constante. Cuanto más cargado de emotividad es el recuerdo, más poderosas son las radiaciones que emite.

El desconocido se llamaba... No importa. Toda su personalidad era tan parecida a una firma como sus huellas digitales. Kane había adquirido el hábito de pensar en la gente como tal y cual topografía simbólica multidimensional; el nombre era por lo general una algarabía arbitraria.

El hombre era profesor ayudante de inglés en la universidad. Tenía cuarenta y dos

años; era casado, tenía tres hijos y estaba pagando las mensualidades de una casa en Albany. Era un tipo sobrio y equilibrado, amistoso y querido por sus colegas, siempre dispuesto a ayudar a sus amigos. Estaba pensando en la próxima clase, con algunos chispazos de una película que deseaba ver y una corriente oculta de miedo a que después de todo podía tener cáncer, a pesar de lo que el médico le había dicho.

Debajo, la lista de sus crímenes ocultos. De niño había torturado a un gato; tendencias edípicas bien sepultadas, masturbación, pequeños robos..., lo normal. Más adelante: trampas en los exámenes, aquel intento ridículo con una muchacha que no pasó del simple forcejeo pues estaba demasiado nervioso, la vez que se había colado en la fila en una cafetería y le dieron un empujón con alguna observación obscena (pero afortunadamente Jim que había sido testigo vivía ahora en Chicago)... Y más tarde aún: el abochornado recuerdo de su estómago haciéndole ruidos durante una cena de etiqueta; aquella mujer en su cuarto de hotel la noche que se emborrachó en la convención; después su pasividad que permitió que echaran a Carver pues no tuvo coraje de protestar al director... Ahora: el hijo menor un mocoso llorón, pero es imposible demostrar a cualquiera lo que uno realmente piensa; lecturas de Rosamond Marshall cuando estaba solo en la oficina; subrepticios manoseos de pechos jóvenes encerrados en sueters apretados; los pequeños desaires de la política académica; haber puesto a Simonson una nota inmerecida por... ser un muchacho tan hermoso; el vergonzante pánico que por las noches lo agitaba cuando pensaba cómo la muerte podía aniquilar su ego...

¿Pero qué significaba eso? Ese profesor ayudante era un buen hombre, un hombre bueno y gentil, lo que sucedía en su interior debía ser algo entre él y su ángel de la guarda. Muy pocos de sus pensamientos se habían convertido en acción, ni lo harían nunca. Que los oculte si quiere; déjenlo solo con ellos. Kane dejó de enfocarlo.

El telépata se había vuelto más tolerante. Poco esperaba de los demás; nadie estaba de acuerdo con la máscara que llevaba, excepto quizás el padre Schielemann y algunos pocos más... Pero no había que olvidar que ellos también eran humanos, y tenían debilidades humanas; la diferencia era que estaban en paz. Lo que hacía sobresaltar a Kane eran las manifestaciones emotivas de culpa. Dios sabía que no era mejor que los demás. Peor, tal vez. Pero su vida lo había empujado. Si tenía deseos sexuales normales, por ejemplo, y era incapaz de soportar la convivencia con los pensamientos de una mujer, la alternativa era una vida de encuentros pasajeros; no había nada que hacer, a pesar de la austera disciplina de la niñez.

—Perdón, ¿tiene un fósforo?

... lynn ha muerto/ lo que aún no puedo entender es que nunca volveré a verla & con el tiempo uno aprende a seguir adelante con altibajos pero que hacer entretanto cómo pasar las noches solo...

—Sí, tome... *tal vez eso sea lo peor: compartir el dolor sin la posibilidad de ayudar & lo único que puedo darle es fuego para encender el cigarrillo...*

Kane guardó los fósforos en el bolsillo y continuó hacia la universidad; volvió a

detenerse en Oxford. A la izquierda sobresalía un par de grandes edificios universitarios; a la derecha y adelante había unos cuantos más, visibles a través de una cortina de eucaliptos. El césped estaba manchado con vetas de sombra. La mente de un estudiante que pasaba le reveló donde estaba la biblioteca. Era una buena biblioteca, y grande; quizás allí estaba la clave, enterrada en algún lugar de los archivos periodísticos. Ya había conseguido permiso para hacer uso de las instalaciones: joven escritor conocido hace investigación para su próxima novela.

Mientras cruzaba pensativo la calle llamada Oxford, Kane sonrió para sí. La única ocupación posible para él era, en realidad, escribir; entonces podía vivir en el campo, apartado de la atorada urgencia del prójimo. Y con el entendimiento del alma que él poseía, con cinco minutos en algún rincón para leer una docena de historias podía ganar bastante dinero. El único inconveniente era cómo evitar la publicidad, citas de la editorial en Nueva York, tés literarios, reuniones para firmar autógrafos..., nada de eso le gustaba. Pero con perseverancia era posible permanecer anónimo.

Según decían, sólo el agente de B. Traven sabía quién era el escritor. Se le había ocurrido a Kane, en forma repentina, que Traven podía ser otro igual a él. Había hecho un largo viaje para descubrirlo... No. Él era único en el mundo, un mutante singular y solitario excepto por...

Aquello se estremeció en él, volvió a estar sentado en aquel tren. Había sido hace tres años, estaba en el vagón-bar tomando una copa antes de dormir mientras el expreso corría hacia el este por la oscuridad de Wyoming. Pasaron junto a un tren con destino al oeste, no tan elegante. La copa le saltó de la mano al suelo y por un momento permaneció sentado, dominado por una ceguera momentánea. El aleteo de un pensamiento que rozó su mente para encenderse con la comprensión y volver a desaparecer... maldición, maldición, debió haber tirado de la cuerda de emergencia y *ella* pudo haber hecho otro tanto. Tendrían que haber detenido ambos trenes y vacilando entre las cenizas y los arbustos haber recorrido la distancia que los hubiese separado para caer uno en brazos del otro.

Demasiado tarde. Después de tres años el vacío era mayor. En algún lugar del país estaba, o había estado, una joven que también era telépata y cuya mente asombrada lo había rozado suavemente. No había tenido más tiempo para saber o demás. Desde entonces había renunciado a los detectives particulares. (¿Cómo decirles: «Estoy buscando a una muchacha que iba en el tren tal y cual, la noche del...»?). La publicación de anuncios personales en los periódicos más importantes sólo había dado como resultado varias cartas de chiflados. Tal vez ella no leyera los anuncios personales; tampoco él lo había hecho hasta que empezó la búsqueda; había que entender a la humanidad tan bien como él para ver cuanta infelicidad había en esos anuncios. Quién sabe... Tal vez en esta biblioteca, algún artículo pequeño...

Pero si en un espacio finito hay dos puntos y uno se mueve de tal modo que pasa a través de cada volumen infinitesimal de dV , se encontrará con el otro en tiempo finito, siempre que el otro punto no esté moviéndose también.

Kane se encogió de hombros y siguió el sendero curvo hacia la casilla de entrada. Quedaba un poco cuesta arriba. Había un vigilante aburrido en el refugio, que debía asegurarse que entraran únicamente coches autorizados en el campus. La paradoja del progreso; casi una tonelada de acero que quema el imprescindible petróleo con el único propósito de llevar de un lado a otro dos cuerpos humanos, y que hace tan bien el trabajo que se convierte en algo universal que atora las ciudades de las que sale. Una sociedad telepática en cambio sería más racional. Cuando se pudiera sentir y curar hasta la herida más pequeña en el alma de un niño, cuando se pudiera disponer del pesado fardo de la culpa, porque todo el mundo sabría que todos los demás llevan lo mismo..., cuando el hombre, soldado o asesino, no pudiera matar sin sentir la muerte de la víctima como propia...

... ¿Adan y Eva? No se puede procrear una raza sana con solo dos personas. Pero si tuviéramos hijos telepáticos/ & tendríamos tendencia de hacerlo, me imagino pues la mutación es regresiva/ entonces estudiaríamos la posibilidad de la herencia y después el don podría ser pasado a otras líneas sanguíneas en distribución lógica & en cada generación habría más de los nuestros hasta poder revelarnos ante todos & hasta los mudos mentales podrían recibir ayuda de curas y psiquiatras & todo el mundo sería hermoso y limpio y sano...

Había algunos estudiantes sentados sobre el césped, o caminando a la sombra de la fachada romántica de los edificios de hormigón, que hablaban, reían y se llamaban unos a otros. El día estaba a punto de terminar. Había llegado la hora de cenar, ir a una cita, a un espectáculo, tal vez un vaso de cerveza en el bar del barrio o una vuelta en coche por las colinas para acariciarse con alguna chica y mirar las luces abajo como estrellas atrapadas y la enorme constelación del puente de la Bahía... O tal vez con un gruñido sobre los exámenes de medio curso, una noche con los libros, un mundo que se abre súbitamente.

Debía ser buena cosa ser joven y mudo mental. Pasó un perro trotando por el sendero y Kane se permitió el lujo de descansar en el simple placer sin palabras de ser un collie sano y admirado.

... tal vez fuera mejor, después de todo, ser perro que hombre. No/ seguramente no/ pues si un hombre tiene más sufrimientos también conoce más alegrías & lo mismo ocurre con el telepata: sufre con más facilidad, es cierto pero/ dios/ piensa en los mundos mentales confinados para siempre en su soledad y piensa en compartir no solo un beso sino el alma con tu ser amado...

Al acercarse a la biblioteca la inclinación del terreno se acentuó, pero Kane estaba en buen estado físico y disfrutó del esfuerzo. Se detuvo al pie de la escalera para fumar rápidamente un cigarrillo antes de entrar. Una mujer que pasaba cambió una mirada con él y entonces se enteró de que también podía fumar en el vestíbulo. El poder de leer el pensamiento resultaba útil muchas veces. Qué bien se sentía de pie aquí, bajo el sol. Se estiró, alargándose tanto física como mentalmente.

... veamos como se podría hacer una sustitución de la integral de logaritmo $\times dx$

supongamos que decimos que y es igual a logaritmo x esto resulta interesante me pregunto quien habrá escrito aquello sobre Euclides que miró la belleza desnuda...

El cigarrillo de Kane se le cayó de los labios.

Pareció que el martilleo salvaje de su corazón debía ahogar el doble pensamiento que corría por su cerebro, el pensamiento de un estudiante de física, un joven nada más común excepto que estaba envuelto en la primitiva satisfacción de resolver un problema, y ese otro pensamiento; ése que estaba escuchando.

... ella...

Permaneció con los ojos cerrados, balanceándose sobre sus pies mientras respiraba como si hubiera subido la montaña corriendo.

... ¿estás allí?, ¿estás allí?

... no me atrevo a pensar lo que estoy sintiendo

... soy el hombre del tren...

... y yo la mujer...

El súbito temblor de estar juntos.

—Escuche señor, ¿pasa algo raro?

«Casi», replicó Kane. El pensamiento de ella parecía muy remoto, casi en el borde de lo indetectable; lo único que él podía entender eran palabras vocalizadas a medias, nada de su yo y este comedido...

—No, gracias, estoy bien, un poco sin aliento, eso es todo.

... ¿donde estás?, ¿donde puedo encontrarte, querida?

... foto de un gran edificio blanco/ justo aquí & lo llaman el salón duinelo & estoy sentada en el banco de afuera & por favor ven nunca pensé que esto pudiera suceder en realidad.

Kane se lanzó a la carrera. Por primera vez en los últimos quince años no tenía conciencia de su ubicación entre seres humanos. Hubo algunas miradas de sorpresa, pero él no las vio; corría a su encuentro y ella también iba hacia él.

... me llamo Kane & pero no nací con ese nombre lo tomé de gente que me adoptó porque huí de mi padre (fue horrible como murió mi madre en la total oscuridad y aunque era cáncer él no le dejaba tomar drogas & decía que las drogas eran pecado & el dolor era bueno para el alma & en realidad él creía eso honestamente) & cuando empezó a aparecer mi don cometí algunos deslices y él me pegó y dijo que era cosa de brujería & desde entonces estoy en la búsqueda toda mi vida & soy escritor pero sólo para ganarme la vida y hasta este momento nunca me sentí vivo...

... oh, mi querido ultrajado/ yo tuve más suerte/ el poder creció lentamente en mí y aprendí a esconderlo & tengo veinte años & vine aquí a estudiar pero que son los libros en este momento...

Ahora podía verla. No era hermosa según el concepto convencional, pero tampoco era fea, y había cierta ternura en sus ojos y en la boca.

... ¿que nombre te pondré? Para mí siempre serás Tú, pero tiene que haber un

nombre para los mudos mentales & tengo una casa en el campo entre árboles muy viejos & la gente que vive cerca es muy amable y buena/ tan buena como la vida les permite serlo...

... entonces déjame que vaya contigo & nunca te dejaré...

Estaban muy cerca uno de la otra, separados por menos de un apretón de manos... Todavía no. Pero las mentes saltaban hacia afuera para envolverse y convertirse en una sola.

... recuerdo que una vez, a los tres años, bebí el agua del lavabo/ eso tenía una fascinación muy particular & también acostumbraba a robarle las monedas a mi madre aunque la pobre tenía muy poco que le perteneciera y así me iba a hurtadillas hasta la farmacia para comprar un helado & me evadí del reclutamiento y algunos episodios sucios con mujeres...

... de niña yo no quería a mi abuela aunque ella sí me amaba y un día cuando tenía dieciséis años le jugué una mala pasada/ quedé como una tonta con lo que hice que fue así & he sido físicamente casta porque principalmente tengo miedo pero mis experiencias sustitutivas llegan a miles...

Los ojos se miraron con horror.

... no es que hayas pecado porque sé que todo el mundo hace lo mismo o cosas semejantes o lo harían si tuvieran nuestro don & también sé que no es nada serio o anormal & naturalmente tienes buen instinto & estás avergonzada...

... justamente/ es que tú conoces todo lo que he hecho & sabes hasta mi más íntimo deseo & pensamiento & suciedad escondida en el fondo de mi cabeza/ sé que no significa nada pero en el fondo de todo está lo que me fue inculcado desde la cuna & a nadie le admitiré A NADIE más que tales cosas existen en MÍ...

Pasó un coche como una exhalación, iba a su casa. Los árboles conversaban en el ligero viento soleado.

Un muchacho y una chica caminaban de la mano.

El pensamiento se mantuvo frío bajo el cielo, un solo pensamiento en dos mentes.

—vete de una vez, no puedo soportarte.

Un mundo llamado Cleopatra

El sistema planetario queda en la Osa Mayor a 398 años-luz del sol. Esto trae como consecuencia ciertos cambios en el aspecto del firmamento. Las constelaciones nórdicas están ampliamente dispersas y la mayoría de estrellas conocidas que hay en ella se ven más brillantes que desde la Tierra, aunque algunas han cambiado de configuración pues, vistas desde aquí, ahora quedan en dirección sur. Las estrellas más débiles, invisibles en la Tierra, se han convertido en objetos visibles a simple vista. Estos cambios aumentan a medida que uno mira más cerca de la Osa Mayor. De por sí está modificada hasta ser casi irreconocible al ojo inexperto, tal como las constelaciones más cercanas a ella. Cuanto más hacia afuera se mira en la esfera celeste, menor es la distorsión. En comparación, las estrellas sureñas están un poco afectadas. Aquellas cercanas al polo sur celeste de la Tierra, como Octans, mantienen mejor su forma, aunque exhiben el mayor encogimiento en medida angular. Varias de sus estrellas más débiles (según se las ve desde la Tierra) ahora son invisibles —lo mismo que el Sol— pero han sido reemplazadas por otras que —vistas desde la Tierra— «originalmente» eran nórdicas.

Por eso para un nativo del hemisferio norte terrestre el cielo aparece considerablemente cambiado en torno a Carro, Casiopeia, etc. Pero aún es posible identificar a Orión, por ejemplo, y aquellas constelaciones que un australiano o un argentino están acostumbrados a ver no han sufrido grandes alteraciones.

Sin embargo, los hemisferios celestes de Cleopatra no son idénticos a los de la Tierra. En realidad, el polo norte de Cleopatra apunta hacia Piscis, que está a casi 90 grados del eje terrestre (las definiciones «norte» y «sur» se hacen teniendo en cuenta que el sol sale por el este). No hay una estrella guía definida, pero Piscis gira en torno a un punto en su propio medio, acompañados por sus vecinos Virgo, Pegaso y Acuario. El polo sur celestial está cerca de Cráter. Las constelaciones que los habitantes de la Tierra están acostumbrados a ver en cualquiera de los cielos están aquí —siempre que sean reconocibles—, siempre están bajas, y muchas no son observables más que en determinadas estaciones.

En estas circunstancias, sería más conveniente para los colonos que volvieran a trazar nuevamente sus mapas estelares, colocando las nuevas constelaciones tal como las ven. De todos modos, quizá esto sucederá con el paso de las generaciones.

EL SOL.

Al sol se lo llamó César, habiéndose reservado la mitología para casos más cercanos a nosotros. Es del tipo F7, lo que significa que es más caliente y blanco que el Sol. Su masa es de 1,2 y su luminosidad total es 2,05 Sol. Su diámetro es un poco mayor, pero las manchas, prominencias, la corona y la producción de partículas cargadas (viento solar) son menores. Es una estrella más joven que la nuestra, evidentemente,

aunque solo en menos de un billón de años. Ya sea a causa de esto o debido a variaciones en la distribución galáctica, la proporción de elementos pesados en él y sus planetas es algo mayor que la correspondiente al Sistema Solar.

En términos generales el Sistema Cesareano es bastante normal. Además de los asteroides contiene once planetas. Desde dentro hacia afuera han sido bautizados Agripa (pequeño, caliente, sin aire); Antonio (aproximadamente el tamaño de la Tierra, con atmósfera pero inhabitable para el hombre); Cleopatra (el único medio terranoide); Enobarbo (más pequeño que la Tierra, más grande que Marte e igualmente rojizo); Pompeya (un gigante de gas, levemente más voluminoso que Júpiter); cuatro gigantes menores: Lépido, Cornelia, Calpurnia y Julia; y por último los remotos Marius y Sulla (el último es en realidad sólo un enorme cometa que nunca ha pertenecido al sistema interno). Hay dos cinturones de asteroides bien distintos que separan Enobarbo, Pompeya y Lépido.

Vistas desde Cleopatra, Agripa y Antonio son estrellas matutinas o nocturnas, aunque la primera generalmente se pierde en el resplandor del sol. La otra es más brillante y su iridiscencia puede ser captada frecuentemente a simple vista, ya que el viento solar torna fluorescente su atmósfera superior. Enobarbo tiene un resplandor rojo, Pompeya y Lépido son blanco cremoso. Cornelia, de un verde claro, puede verse en ocasiones sin ayuda de instrumentos.

EL PLANETA.

Cleopatra gira alrededor de César en una órbita ligeramente excéntrica a una distancia promedio de 1,24 unidades astronómicas. Su año es de 1,26 veces el de la Tierra, es decir de unos quince meses de duración, y el sol correspondiente en su cielo tiene apenas 0,87 del nuestro. Sin embargo, debido a su brillo, César da a Cleopatra 1,33 veces la radiación que recibe la Tierra. Hay mayor proporción de esta energía en longitudes de onda menores; para el ojo humano César es un poco más blanco azulado que blanco amarillento. La aparente menor medida no es particularmente notable puesto que ninguna persona prudente mira siquiera sus inmediaciones sin protección ocular. Las sombras del suelo tienden a ser más profundas que las de la Tierra y tienen un tinte más azulado. Naturalmente todos los valores de color son sutilmente diferentes, aunque uno se acostumbra a ello.

Teóricamente, en una latitud dada de Cleopatra la temperatura media debería ser de unos 20 grados centígrados más elevada que lo que correspondería para la Tierra. Sin embargo en la práctica la diferente distribución espectral y la atmósfera e hidrosfera modifican considerablemente esto. Cleopatra es un planeta más cálido y carece de los casquetes glaciares polares. Pero entonces, lo mismo sucedió con la Tierra a lo largo de la mayor parte de su existencia. Aun en el ecuador, algunas regiones son moderadamente templadas en vez de cálidas, mientras que las latitudes de clima cómodo para el hombre se extienden más al norte y al sur que en la Tierra de

nuestros días. La gente simplemente evita los desiertos calientes como hornos que hay aquí y allá.

También saben tomar precauciones contra el elevado nivel de luz ultravioleta, especialmente en los trópicos. Una vez más, esto no ocasiona serios problemas. En las zonas templadas es posible tomar baños de sol con tranquilidad y hacer lo mismo en las regiones polares durante el verano. Generalmente no hay excesivo resplandor luminoso, pues el grosor de la capa atmosférica (léase más adelante) contribuye a dispersar y suavizar la luminosidad. Es muy común que hermosas auroras fantásticamente brillantes adornen las noches invernales aun en latitudes mayores de lo que sucede homológicamente en la Tierra —a pesar del fuerte campo magnético de Cleopatra—. Por cierto que la interferencia solar atmosférica puede ser bastante perjudicial, especialmente en el tope del ciclo de manchas solares (para Cesar, más o menos catorce años terráqueos de duración, en contraposición con el Sol, de once). Pero una vez instalados, los transeptores láser no resultan afectados.

Cleopatra es más pequeña que la Tierra. Referido en términos de esta última, su masa es de 0,528; su radio, 0,78 (o 4960 kilómetros en el ecuador); su densidad media, 1,10 (o sea 6,1 veces la del agua) y su gravedad de superficie, 0,86. Esto último significa que, por ejemplo, un ser humano que pesara 80 kilogramos en la Tierra pesa aquí 68,5; no es difícil adaptarse a esto —aunque sería aconsejable ceñirse a un programa vitalicio de ejercicios físicos para evitar varias atrofiaciones y problemas de circulación— pero la ingeniería sí se ve afectada (por ejemplo, los aviones necesitan un área menor de ala y los vehículos de superficie necesitan frenos más efectivos). Un objeto arrojado a cierta distancia tarda 1,07 veces lo que tarda en la Tierra y gana 0,93 de velocidad; el período de un péndulo de largo determinado es de 1,14; la velocidad de una ola en aguas profundas es 0,93 la de la Tierra.

De pie sobre un terreno plano o sobre el mar, un hombre de estatura normal observa que el horizonte está a unos siete kilómetros de distancia, comparado con unos ocho en la tierra, no es una diferencia tremendamente notable, especialmente en topografía accidentada o con tiempo nublado.

A pesar de sus dimensiones menores, Cleopatra tiene una atmósfera bastante terranoide. En realidad las presiones a nivel del mar en ambos planetas son casi idénticas. Se supone que esto se debe a la caliente y densa masa del planeta, que exhaló más gases que la Tierra en la época primera de sus historias respectivas, y al hecho de que, desde entonces, el fuerte campo magnético ha evitado que demasiadas moléculas fueran arrojadas al espacio por partículas solares y rayos cósmicos.

A mayor altura la presión del aire disminuye en menor proporción que en la Tierra. Allí, a unos 5,5 kilómetros la presión es la mitad que a nivel del mar, pero en Cleopatra es preciso subir 6,35 kilómetros para encontrar las mismas condiciones. Esto no sólo modera las condiciones en la superficie, sino que extiende hasta un límite mayor la altura de las zonas habitables y ofrece más posibilidades a los voladores, tanto vivos como mecánicos.

De haber habido menos fricción de mareas actuando sobre ella a través de casi toda su existencia, Cleopatra giraría más rápidamente que la Tierra: una vez en 17 horas, 21 minutos, 14,8 segundos, o alrededor de 17,3 horas o 0,72 períodos diurnos en la Tierra. Por lo tanto su año dura 639 días de los propios, poco más o menos, debido a la trepidación, precesión, etc.

La inclinación del eje es de 28 grados, un poco mayor que la de la Tierra. Sin embargo, a pesar de eso el clima en las latitudes altas no es forzosamente más crudo. En realidad los inviernos son menos fríos. Lo más importante es la diferencia en la duración de las estaciones: otra vez un cuarto. De forma parecida, la variación de la duración del día y la noche según estaciones es mucho más marcada que en la Tierra, y los círculos ártico y antártico están más cerca del ecuador.

El sol más fuerte, que proporciona más energía; el año más prolongado, que da más tiempo para superar la disparidad térmica; el tamaño menor, que acerca las distintas zonas; la inclinación mayor del eje, que acentúa las diferencias entre aquellas; el movimiento más rápido, que genera fuerzas ciclónicas más potentes; las presiones más bajas pero la mayor distancia hasta la estratosfera, que causa que masas más grandes de aire se muevan en un determinado momento bajo ciertas condiciones, todas las cuales contribuyen a formar un clima más «vivaz» que el de la Tierra. Las tormentas son más frecuentes y violentas, aunque tienden a ser breves. Grandes tormentas eléctricas en las cuencas de los ríos, tornados en las praderas, huracanes en los trópicos y tormentas de nieve cerca de los polos son condiciones que los colonos deben esperar, por lo que deben erigir construcciones fuertes y mantener un servicio meteorológico alerta.

Pero esta aparente desventaja tiene su lado bueno. Con tanta variación climática, tanto las sequías como los diluvios son raros; las nieblas heladas no permanecen demasiado tiempo; capas de inversión se quiebran antes de acumular gases desagradables; los diseños diurnos de las nubes pueden ser un hermoso espectáculo, mientras las noches son más claras en casi todas las zonas del planeta.

Volviendo otra vez al planeta en sí; su densidad media mayor que la de la Tierra se debe a más elevados porcentajes de elementos pesados, especialmente aquellos que están por debajo del hierro en la tabla periódica. Esto da lugar a la existencia de una corteza particularmente caliente que, combinada con la rápida rotación, es la causa de que el campo magnético proteja a la atmósfera del viento solar (naturalmente, el campo es mucho más débil que en cualquier generador —aproximadamente el doble más fuerte que el de la Tierra— pero llega muy lejos). Al no tener no solo más calor interno sino también un volumen más pequeño, Cleopatra irradia con más fuerza.

Esto significa que, geológica o planetológicamente hablando, es más activa. Hay muchas más vertientes calientes, fuentes termales intermitentes, volcanes, terremotos y tsunamis, especialmente a lo largo de los bordes continentales y en medio del océano (ver debajo). Las montañas se levantan más rápidamente, ayudadas por la

menor gravedad que permite elevaciones más altas y cuevas más empinadas (lo mismo ocurre con las dunas de arena). La erosión también actúa más rápidamente; de ahí que las tierras elevadas espectacularmente esculpidas sean cosa común.

Siendo las placas de corteza más móviles que en la Tierra, tenemos una situación general —con muchas excepciones locales, por supuesto— como sigue: No hay continente tan grande como Eurasia, y el mayor puede compararse con América del Norte. Sus plataformas caen abruptamente hasta profundidades mayores que las terrestres. Entre ellas definen —de la misma manera aproximada que la Tierra— cuatro océanos mayores, cada uno rodeado por su «anillo de fuego» y marcados en el centro por archipiélagos, de los cuales numerosas islas son volcánicas. En otras zonas hay mares menores y menos profundos. Estos factores, sumados al curso de las corrientes (ver debajo) tienden a inhibir la formación de grandes corrientes oceánicas y, de esa manera, aislar un poco las latitudes entre sí. Eso no es del todo malo; si «Noruega» no tiene su «corriente del Golfo» para que la caliente, tampoco el «Pacífico noroeste» tiene su «Kuroshio» que lo enfríe, y la vida marítima es incluso más variada que la de la Tierra.

La proporción de suelo respecto a la superficie de agua es algo superior a la terrestre, sobre todo debido a la poderosa erupción de masas de corteza, aunque mucho tiene que ver con esto la separación de moléculas de H₂O por quanta ultravioleta antes de que existiera una capa protectora de ozono. Sin embargo, no hay escasez de agua; en realidad, el tamaño más pequeño de los bloques de tierra y la fuerte circulación de aire causan una mejor distribución de este elemento y mantiene el interior de los continentes razonablemente templados.

La abundancia de metales pesados constituye un gran empuje para la industria, pero de todos modos no es una bendición. Algunos de estos elementos y sus componentes son venenosos para el hombre, y concentrados en ciertas zonas vuelven al suelo, o a los organismos que en él viven, peligrosos. Pero, una vez más, esto no es una regla general, y una vez que la gente ha sido prevenida no resulta difícil tomar precauciones. Hay varios hermosos minerales y bellas gemas que parecen ser exclusivos de este planeta.

SATÉLITES.

Cleopatra no tiene luna como se entiende generalmente. Tal vez en alguna ocasión la tuviera, o quizás haya capturado un asteroide. De todos modos, en algún punto del pasado bastante reciente (se cree que unos 10 millones de años atrás), este cuerpo (masa estimada en 0,001 de la lunar) llegó cerca del límite Roche y fue absorbido hacia el centro por fuerzas de marea.

Cayeron numerosos fragmentos. Los mayores dejaron huella en forma de grandes lagos circulares, bahías y valles. Todavía siguen cayendo meteoritos a medida que las perturbaciones los desalojan fuera de su órbita. De manera que hay muchas rocas con

hoyos, muchos cráteres de todo tamaño en Cleopatra, los más recientes claramente definidos y los más antiguos borrados por la erosión. En las noches claras, las estrellas errantes suelen ser un espectáculo frecuente y encantador.

Pero casi toda la masa perturbada ha formado a una distancia media de unos 7500 kilómetros de la superficie un anillo que todavía es visible y probablemente durará millones de años más. No es como el anillo o anillos de Saturno, compuesto de partículas de hielo. Cleopatra está rodeada en cambio por un cinturón de fragmentos pétreos y metálicos que van en tamaño desde grava al polvo fino. Generalmente hay un espacio considerable entre dos rocas, aunque también, por supuesto, variable.

Salvo Charmian e Iras (ver debajo), los satélites son demasiado pequeños para ser vistos de día contra el resplandor del sol, Además al quedar cerca del plano ecuatorial, los anillos se ven mejor en los trópicos. En latitudes altas se ven bajo en el cielo, a menudo oscurecidos por las montañas, los bosques o la niebla, y resulta imposible verlos en las regiones polares (sobre la latitud 66), excepto por algunas partículas aisladas, esparcidas.

El anillo llega a su momento más espectacular en la medianoche ecuatorial de la época del solsticio. Entonces bandas de cientos de luciérnagas brillantes parpadean por el cielo de oeste a este, y las más veloces (o cercanas) adelantan a las más lentas (más cercanas), aunque todas se mueven con rapidez. Su forma irregular, envuelta en polvo, tiene destellos de varios colores además de blanco. El mismo polvo forma un telón de clara fluorescencia a través del cual se pueden ver las estrellas. Aunque la banda no tiene límites precisos ni constantes, tiene un promedio de 10 grados de ancho, más brillante en el medio y esfumándose hacia los bordes.

El período sinódico medio de una partícula, es decir el tiempo que requiere para un ciclo completo de una salida del sol a otra, según se observa desde el suelo, es de siete horas y media, o alrededor de 0,43 del día de Cleopatra. Esto es, 48 grados por hora, es decir tres veces más rápido que lo que el Sol o la Luna cruzan el cielo terráqueo. Sin embargo, el anillo está demasiado cerca para que el arco entero, por la mitad, sea visible desde cualquier parte del planeta de manera que el tiempo máximo observado (en el ecuador) es de una hora y 22 minutos.

Ese tiempo solo interesa en lo concerniente a los dos miembros de anillo, que por ser tan grandes pueden llamarse pequeñas lunas. En realidad, ya han sido bautizadas: una es Charmian y la otra Iras (en la conferencia para nomenclaturas una facción solicitó el nombre de Ftaatateeta, pero se votó en contra). Charmian es la más grande y la que está un poco más cerca. En realidad parece del mismo tamaño que tiene la Luna desde la Tierra, aunque su diámetro medio real no llega a 70 kilómetros. Iras tiene alrededor de la mitad de la sección lineal y se mueve un poco más lentamente (los respectivos períodos sinódicos son 7,6 y 8,2 horas, lo que significa que Charmian sobrepasa a Iras cada 102 horas o 5,9 días de Cleopatra; estas cantidades están sujetas a ciertas oscilaciones debido a diversas influencias gravitacionales). Las dos órbitas tienen cursos tan oblicuos que si bien se acercan bastante, las lunetas rara vez se

sobreponen. En otras palabras, se mueven alrededor del anillo aproximadamente cuatro veces en el día y la noche de Cleopatra, y pasan aproximadamente por 5,6 cambios de fase al hacerlo; pero más que esto no puede verse desde ningún otro lugar en el suelo.

Ninguna de las dos se parece demasiado a la Luna. Charmian es ligeramente esferoide, e Iras menos aún. Tienen algunos ángulos, facetas, promontorios y distintas marcas que se ponen en evidencia mientras realizan su órbita en torno al planeta mientras giran en una forma ondulada. Ambas se parecen a la Luna en lo grandes y reflectivas, tanto como para permanecer visibles durante un eclipse.

El eclipse se debe a que la sombra de Cleopatra atraviesa los anillos. La inclinación del eje es lo suficientemente pronunciada para que durante el solsticio haya solo una pequeña «mordedura» en el borde inferior de la banda en su punto más bajo; y la banda es irregular, fluctuante y vagamente definida para que esto no sea muy notable. Pero mientras el planeta se mueve alrededor de su sol, la geometría cambia. Aproximadamente después de unos veintitrés días de Cleopatra pasado el solsticio, el arco de sombra corta en dos el anillo. Para el equinoccio, 160 días después del solsticio (115 días terráqueos), el eclipse llega a su punto máximo.

En esta estación y mirando desde el ecuador, el anillo, incluso las dos lunas, surgen del oeste como antes. Pero en el azimut de unos 52 grados, casi un 60 por ciento del camino hasta el cenit, las partículas desaparecen. No vuelven a aparecer hasta que están igualmente cerca del horizonte oriental y en descenso. Tanto Charmian como Iras y algunos de los pocos asteroides mayores permanecen visibles mientras transitan por el golfo de la oscuridad, pero cambian a un tono opaco rojo cobrizo debido a la luz refractada por la atmósfera.

Dos veces en el curso del año se repite este ciclo de eclipse y completa luminiscencia. La aparición precisa del anillo, así como su posición en el firmamento, dependen del tiempo y de la ubicación del observador.

Pero en cualquier estación, con las auroras, el resplandor celestial de fondo, las estrellas, el anillo y las lunetas que cambian con frecuencia las noches de Cleopatra, no son demasiado oscuras. Con tiempo claro, un ser humano puede andar su camino sin dificultad y sin luz artificial.

El tirón de la marea en César es pequeño, alrededor de un tercio del que fuerza el Sol sobre la Tierra o menos de un quinto del total que recibe la Tierra. Si las partículas del anillo estuvieran concentradas en una masa, el empuje total sería enorme, alrededor de dieciocho veces el que la Luna da a la Tierra. Dispersos como están, sólo producen efectos menores. Pero los resultados son complejos y variables; los mares no permanecen estancados y las contracorrientes los hacen a menudo muy alborotados.

BIOLOGÍA GENERAL.

Dadas las características similares de este planeta a las de la Tierra, no era de sorprender que allí también surgiera la vida, basada en proteínas en solución de aguas, y que con el tiempo se desarrollara la fotosíntesis de las plantas que formaron y ahora mantienen una atmósfera nitrooxigenada (con toda seguridad, dado el gran número de mundos en la galaxia, esto debe suceder de vez en cuando). Aquí también la vida consume preferentemente ácidos levoamínicos y azúcares dextrosa. Muchos lípidos, carbohidratos, hidrocarburos y pirroles son iguales a los de la Tierra, incluidas la clorofila y la hemoglobina (con algunas variaciones menores). De la misma manera también encontramos ciertos virus, bacterias, protozoos y un reino vegetal y animal.

Tampoco sería improbable que cada detalle fuera igual, consideradas las múltiples consecuencias de elegir al azar entre numerosas posibilidades. Gran parte de la vida que hay en Cleopatra puede ser utilizada como alimento por el hombre; es nutritiva y sabrosa, pero algunos ejemplares son venenosos y en general a todos les faltan ciertas vitaminas y otros elementos nutritivos. Por lo tanto, uno puede vivir sólo temporalmente con una dieta basada exclusivamente en ellos. Pero éste no es un gran inconveniente. En realidad, hasta es un poco deseable pues tiene dos consecuencias; los gérmenes nativos no pueden funcionar en el cuerpo humano, y los virus nativos no están equipados para invadir la máquina genética humana. En resumen, para el hombre éste es un mundo libre de infecciones.

Y por supuesto, él puede introducir sus propias plantas y animales. Después de un comienzo, es decir, eliminando las hierbas mortíferas, podrán florecer. Al contrario, después de poco tiempo el problema será proteger la ecología de Cleopatra. Una vez establecida, la vida terrestre se expandirá con rapidez en forma avasallante a menos que se la controle. Porque es mucho más evolucionada.

Después de todo, Cleopatra es más joven que la Tierra. No deja de ser sorprendente cuánto se ha desarrollado la vida en tan poco tiempo. Es muy probable que el sol lleno de energías, el alto nivel de la radiación actínica y las descargas eléctricas hayan favorecido el rápido desarrollo de la protobiología primitiva y los microorganismos posteriores. Pero quizá luego las corrientes débiles —causantes de una más aguda diferencia entre el mar y la tierra— hayan demorado la conquista de aquellos.

De cualquier manera, aunque no sea del todo exacto, resulta útil pensar en este mundo como perteneciente a la era «mesozoica».

PLANTAS.

Aún no se han desarrollado las angiospermas. Son equivalentes primitivos de las espermatófitas, incluso algunas gimnospermas. Estas son las más comunes en el interior seco y en las regiones altas. En las costas, pantanos, etc., predominan similares a las briofitas y pteridofitas de la Tierra, pero más elaboradas que en el

presente en nuestro planeta. Se las conoce como dactilofitas debido a ciertas características de la estructura.

No existe nada similar a las flores o al césped. Las áreas húmedas están alfombradas con una vegetación baja, espesa e intensamente verde, similar al musgo. Ciertas especies de este filum han desarrollado alguna protección contra la sequía, y por lo tanto se las encuentra en muchas partes como cobertura del suelo en versiones más pálidas y duras. Muchos árboles y arbustos (si se los puede llamar así) tienen pseudopimpollos muy coloridos, parecidos a nuestra «estrella federal», y destinados para atraer los polinizadores.

Entre las plantas más pintorescas se cuentan los mal llamados dinobrions, que son enormes dactilofitas que se encuentran en las regiones húmedas, con el aspecto de excrescencias coralinas esponjosas, color verde, con numerosas ramas; la acuática planta de caña y sus emparentadas, las dictofitas, especies carnívoras que crecen en forma de grandes redes capaces de atrapar presas de tamaño considerable; el espejo de Venus, un arbusto que recibe ese nombre por sus hojas altamente reflectoras, que atraen a las luciérnagas; la planta camaleón, que cambia de tonalidad y en cierto grado hasta de color, de acuerdo con las condiciones de iluminación —camuflaje contra depredadores—; la sarissa, que se parece a un bambú de puntas agudas que crecen en haces que se abren casi horizontalmente hacia afuera, apoyada por raíces a lo largo de los tallos; la granada, un arbusto cuyas cápsulas estallan de manera espectacular, aunque inofensivamente, para esparcir sus semillas; el recuerdo de Navidad, una siempre-verde primitiva cuyos conos toscamente formados pero brillantes parecen ornamentos, y la deliciosa raíz de azúcar.

Ninguna región posee todas estas variedades. Algunos géneros son circumpolares, otros no. Lo mismo sucede con el aspecto zoológico.

ANIMALES.

Cualquier biólogo negaría vehementemente que Cleopatra tenga insectos, peces, anfibios, aves, mamíferos o cualquier otro animal terráqueo excepto aquellos que se importan. Existen demasiadas diferencias de detalle, algunas bastante fundamentales. Sin embargo, también hay semejanzas notables cuando se seleccionan ambientes similares por características también similares, y los pioneros no tienden a ser tan perfeccionistas.

Los colonos emplean algunos nombres científicos para las grandes clases. Pero la palabra «gusano», por ejemplo, tiene un significado tan amplio aun en la Tierra, que puede ser muy bien aplicada a numerosos invertebrados sin patas de Cleopatra. La de los artrocoles es una familia interesante que se caracteriza por sus segmentos provistos de una armadura articulada. Con esa protección suelen alcanzar longitudes superiores a un metro.

La palabra «insectoide» quedó apocopada en el lenguaje familiar, al convertirse

en «secto». Se aplica tanto a los insectos como a los bichos comunes. Hay innumerables clases de sectos; uno de los más conocidos es el rutilala, semejante a una polilla, cuyas alas son como espejos debido a minúsculas partículas metálicas; también hay un corredor de cuerpo alargado, numerosas patas y ojos abultados, llamado espía, y el enano, una especie de mosquito que se desplaza en enjambres oscureciendo el espacio, seguidos de voladores que se alimentan de ellos.

Entre los invertebrados marinos está el gorgón flotador, con su trampa de flámulas mortíferas. Los grandes pólipos no tienen un número definido de tentáculos, pues de cada herida crece más de uno nuevo. Cuando ha desarrollado demasiados tentáculos nuevos, el animal desarrolla otra cabeza, con los correspondientes órganos internos, y se escinde en dos, lo que constituye también una alternativa a la reproducción sexual ordinaria. A los biólogos les fascina el problema de cómo es posible esto en animales de tal tamaño y complejidad.

Además de los órganos sexuales femenino y masculino y un par de ojos, una evolución paralela ha producido en Cleopatra ciertos vertebrados que, como los de la Tierra, tienen tan solo cuatro miembros verdaderos.

Entre los psicoides se encuentra el grande, elegante y veloz pirata carnívoro, y el cabeza de mitra, que es un predicador marino que emite un ulular grotesco. El macotrach se encuentra entre los sauroides marinos, muy parecido en su aspecto al antiguo plesiosaurio.

Todo el territorio está dominado por los sauroides. Muchos de ellos han alcanzado un desarrollo superior al de cualquier reptil de la Tierra y están dotados de corazones muy eficientes, procrean animales vivos y cuidan de sus cachorros demostrando una capacidad casi mamífera para aprender por experiencia. Esto se debe probablemente al hecho de que al habitar en Cleopatra, un planeta relativamente más cálido, y siendo homeotérmicos (de sangre caliente) tienen menos ventajas de las que tendrían en la Tierra. Nunca hubo, al parecer, períodos glaciales. Así, los animales poikilotérmicos (de sangre fría) tienen más oportunidad de prosperar y desarrollar nuevas capacidades.

Entre los más conocidos están el hiposaurio, un rumiante unglado de praderas y montañas, tan grande como un caballo; el rey codrilo, un carnívoro de tierra seca con patas largas pero en todo lo demás parecido a un cocodrilo; el brincligero, una bóveda andante de dos metros de ancho, provisto de un caparazón córnea y rabo erizado; el faber que es una caricatura humana tanto en su aspecto como en su comportamiento, y por último el deltosaurio, un volador provisto de alas gigantescas.

Los animales homeotérmicos no avanzan de su estado primitivo. Están cubiertos de pelos de diversos colores, incluso verde, pero no tienen glándulas mamarias. Casi todas las crías nacen con todos los dientes y pueden alimentarse inmediatamente como lo hacen sus padres. Cuando esto no sucede, se alimentan por regurgitación. De esta manera, aun algunos animales que habitan en el suelo tienen picos en vez de trompas, aunque ninguno posee labios. Estos últimos están más desarrollados en las

formas aéreas: los ptenoides y las pseudoaves. Aunque por sus características ninguno de estos puede ser comparado con las aves de la Tierra, hay entre ellos algunas hermosas especies, como el juandandy de colorido plumaje. Sin embargo, el volador y buceador de rica piel (sin plumas), conocido como murciélago canela, es un teroide.

El tamaño de los teroides no es muy grande. Habitante habitual de la selva es el fantasma del árbol, parecido a un maquí con pico de loro. En uno de los continentes se halla el utinani carnívoro, que corre en manadas haciendo ruidos desagradables con las bolsas de la garganta para espantar a los prolíficos herbívoros llamados Tom salteadores; ambas especies tienen el tamaño de un conejo. En las regiones árticas se encuentra la serpiente de nieve, que ha descartado las patas y la piel del vientre para perseguir más efectivamente a su presa; cubierta de piel blanca en el resto del cuerpo y por ser muy afectuosa, es ideal como mascota. Por supuesto, esta es una lista parcial.

En realidad, todas estas observaciones son bastante superficiales e incompletas. Todo planeta es un mundo, y por lo tanto, inagotable.

El sheriff de cañón Gulch

Poul Anderson y Gordon R. Dickson.

Se había salvado por escaso margen. Alexander Jones pasó varios minutos sintiéndose feliz simplemente porque aún estaba vivo.

Entonces miró a su alrededor.

Era muy parecida a la Tierra —casi igual a su propia Norteamérica—. Estaba en una dilatada pradera cuyos pastos se perdían a lo lejos bajo un alto cielo ventoso. Alarmada por su descenso, una bandada de pájaros se remontó ruidosamente; no eran muy diferentes de los pájaros que él conocía. Una hilera de árboles marcaba el lugar donde estaba el río, y un penacho de vapor que se desvanecía, el último atracadero de su nave de reconocimiento. En una brumosa lejanía oriental se destacaba el velado perfil de colinas azuladas. Sabía que detrás estaban las montañas, más allá los extensos bosques oscuros, y por último el mar, cerca del cual estaba detenido el Draco. Una distancia excesivamente larga para viajar.

Pero debía estar agradecido por haber resultado ileso y encontrarse en un planeta que parecía mellizo del suyo. Las condiciones de aire, gravedad, bioquímica, el sol de la tarde, solo podían compararse con las de su patria empleando instrumentos de precisión. El período de rotación era aproximadamente de 24 horas, el año sidereal de casi 12 meses, la inclinación del eje unos nítidos 11 grados y medio, por lo que resultaban llamativas. El hecho de que hubiera dos pequeñas lunas en el cielo y una tercera anduviera escondida por algún lugar, que la línea de los continentes pareciera un garabato extraño, que una víbora enrollada en una roca cercana tuviera alas, que él estuviera en ese momento a unos 500 años luz del sistema solar..., todo eso eran meros detalles. Una real bagatela. Alex no pudo menos que sonreír.

En esta vacuidad, el ruido trepidó tan estentóreamente que consideró mejor observar un decoroso silencio adecuado a su condición de oficial y caballero, según acta del parlamento ratificada localmente por el Senado de los Estados Unidos. Por lo tanto, se arregló la túnica naval azul de cuello alto, pasó una mano nerviosa por la raya de sus pantalones blancos, lustró sus brillantes botas navales con el paracaídas de su equipo de navegación, y buscó el maletín de emergencia.

Olvidó peinarse el alborotado pelo castaño, y su cuerpo delgaducho distaba mucho de estar en posición de atención, pero después de todo, estaba solo.

De todos modos no tenía intención de permanecer en esa posición posiblemente benemérita. Encogiéndose de hombros se desprendió del macuto de emergencia; fue lo único que había sacado, junto con el paracaídas, al fallar la nave. Y lo único que necesitaba. Lo abrió torpemente y buscó dentro la pequeña pero poderosa radio con que pedir auxilio.

Sacó un libro.

Por alguna razón le resultaba desconocido. ¿Acaso habían editado nuevas

instrucciones desde que él estaba en el campamento? Lo abrió en busca de la sección «Radios, Emergencia, Usos de». Leyó la página donde abrió:

«... aparentemente feliz acontecimiento político era, por supuesto, bastante lógico. La relativa declinación de la influencia político-económica del hemisferio norte en la última parte del siglo xx, el traspaso de predominio civilizado al sudeste de Asia y la región del Océano Índico con más recursos, no presagiaban el fin de la civilización occidental, tal como predecían los pesimistas. Por el contrario en cierto modo presagiaban un resurgimiento de la influencia democrática y libertaria anglosajona, por la simple razón de que esa zona, que en el momento controlaba los cordones de la bolsa de la Tierra, estaba a su vez controlada principalmente por Australia y Nueva Zelanda, naciones que mantenían su primordial lealtad a la corona británica. El consiguiente renacimiento y el renovado crecimiento de la Commonwealth británica de naciones, la conformación de sus consejeros en un gobierno verdaderamente mundial —incluso interplanetario— había llegado a su apogeo como en los tiempos de la prosperidad norteamericana, lo cual tendía a encerrar la cultura occidental en los moldes de esa época particular aún en los pequeños detalles de la vida cotidiana, una tendencia que se vio acentuada por la temprana invención de la propulsión secundaria, más veloz que la luz y los repetidos contactos con mentalidades totalmente diferentes, y ha producido en el sistema solar una estabilidad social que a nuestros antepasados les habría parecido totalmente utópica y que era la finalidad del Servicio, que trabajaba a través de la Liga Interser para llevar a todas las razas conscientes...».

—¡Aj! —exclamó Alex.

Cerró el libro rápidamente. El título le saltó a la vista:

MANUAL DE ORIENTACIÓN PARA EMPLEADOS

por Adalbert Parr, comisionado jefe de control

Servicio de Desarrollo Cultural

Ministerio de Relaciones Exteriores

League City, N. Z., Sol III

—No puede ser —dijo Alex.

Empezó a buscar desesperadamente en la bolsa. Debía haber una radio... Un lanzarrayos... Una brújula... ¿Y una latita de guisantes...?

En cambio encontró unos cinco mil ejemplares COS bien prensados de formularios J-16-LKR que el aspirante debía llenar en cuadruplicado y presentar con los formularios adjuntos G-776802 y W-2-ZGU.

La cara de Alex, en la que se destacaba la nariz respingada, se aflojó visiblemente. La incredulidad le hizo girar los ojos azules. Hubo un largo y penoso momento durante el cual solo pensó lo completamente inútil que era el idioma inglés

cuando había que describir instrucciones para empleados.

—¡Al diablo! —dijo Alexander Jones.

Se puso de pie y empezó a caminar.

Se despertó lentamente al llegar el alba y permaneció recostado durante un rato con el deseo de no haber abierto los ojos. Una larga caminata con el estómago vacío, seguida de un penoso intento de dormir en el suelo, sumada a la posibilidad de varios miles de kilómetros en las mismas condiciones, no eran una perspectiva que le hiciera feliz. Además animales extraños habían estado aullando y gruñendo toda la noche, también muertos de hambre, al parecer.

—Tiene aspecto humano.

—Sí, pero no vise como un humano.

Alex abrió los ojos sonriendo maravillado. Las voces que canturreaban con un acento característico..., ¡hablaban en inglés!

Volvió a cerrar los ojos.

—¡No puede ser! —Gruñó.

—Mira, Tex. Está despierto.

Las voces, ligeramente irreales, eran chillonas. Mientras adoptaban la posición fetal, Alex meditaba en lo horrible que resultaba una tonada chillona.

—Sí, extranjero, levántese. De todos modos esta zona no es muy segura ahora.

—¡No! —suplicó Alex—. ¡Díganme que estoy equivocado! ¡Díganme por favor que he perdido la razón, que esto no es real...!

—No sé —dijo una de las voces, insegura—. No habla como un humano.

Alex aceptó finalmente que de nada valía desear que no existieran.

Pero no parecían ofrecer una posible amenaza para él; tal vez, solamente para su salud mental... Se puso de pie a gatas, mientras sus huesos parecían chocar unos con otros, y encaró a los nativos.

Recordó que la primera expedición había informado sobre la existencia de dos razas inteligentes en aquel planeta: los hokas y los slissii. Y éstos debían ser hokas. Gracias a Dios por pequeños favores. Había dos, que parecían casi idénticos a los desacostumbrados ojos de un terráqueo. Tenían como un metro de altura, rechonchos y cubiertos de una piel dorada; las cabezas redondas terminaban en un hocico afilado y relucían los pequeños ojos negros. Salvo por las manos regordetas se parecían en todo a osos lanudos gigantes.

Sin embargo, la primera expedición no había mencionado que hablaran inglés con un acento arrastrado. Ni tampoco mencionaba que usaran las ropas características del oeste norteamericano durante el siglo XIX en la Tierra.

Todas las estereo-películas de la historia de América que Alex había visto pasaron por su mente mientras examinaba la vestimenta. Veamos... Empecemos de arriba hacia abajo, en tanto, uno trata de no perder la razón; sombreros de diez galones con

alas más anchas que los hombros de esos hombres, enormes pañuelos rojos, camisas a cuadros de colores alegres, pantalones de mezclilla y botas de tacón alto con espuelas gigantescas. Cada una de las cinturas rollizas lucía un cinto repleto de balas y pesadas pistolas Colt de seis tiros que casi llegaban hasta el suelo.

Uno de los nativos estaba parado ante el terráqueo, el otro, que estaba montado muy cerca, tenía los frenos del... bueno, del animal de su compañero. Las bestias tenían el tamaño de un caballito y tenían cuatro patas con casco... También rabos como látigos, largos cuellos y cabezas con picos además de un cuero verde escamoso. Pero naturalmente, pensó Alex de pronto, usaban monturas del oeste y llevaban lazos en los cuernos. Naturalmente. ¿Alguien conocía un vaquero sin lazo?

—Hola, veo que está despierto —dijo el hoka que se encontraba de pie—. Hola, forastero, hola. Me llamo Tex —dijo extendiendo la mano—, y mi camarada es Monty.

—Encantado de conocerle —dijo Alex dándole la mano como un sonámbulo—. Me llamo Alexander Jones.

—No sé, —dijo Monty, dubitativo—. No tiene nombre de humano.

—¿Es usted humano, Alexanderjones? —preguntó Tex.

El hombre espacial trató de controlarse, y pronunciando lentamente contestó:

—Soy el alférez Alexander Jones, del Servicio de Reconocimiento Interestelar Terráqueo, adjunto a HMS *Draco*.

Ahora correspondió a los hokas mirar sorprendidos.

En tono cansado, Alex agregó:

—En otras palabras, vengo de la Tierra. Soy humano. ¿Satisfechos?

—Imagino que sí —dijo Monty, aún dudando—. Pero será mejor que venga con nosotros al pueblo para que hable con Slick. Él sabe más de estas cosas. No podemos correr riesgos en esta época.

—¿Por qué no? —dijo Tex con sorprendente amargura—. De todas maneras, ¿que podemos perder? Pero vamos, Alexanderjones, vamos al pueblo. Por cierto que no deseamos encontrarnos con grupos de indios guerreros.

—¿Indios? —preguntó Alex.

—Seguro. Vienen por aquí, ¿sabe? Será mejor que nos vayamos. Podemos montar dos en mi caballito.

A Alex no le entusiasmaba en absoluto cabalgar sobre un reptil nervioso en una montura hecha para un hoka. Por suerte el espécimen era bastante ancho de ancas, para dar asiento a un delgado terráqueo. El «caballito» trotaba adelante a un paso bastante regular. Los reptiles que había en Toka —así llamada por la primera expedición de acuerdo al vocablo «tierra» en el idioma de la sociedad hoka más adelantada— parecían ligeramente más evolucionados que los del sistema solar. Un corazón de cuatro cavidades completamente desarrolladas y un mejor sistema nervioso los hacían muy semejantes a los mamíferos.

Asimismo, la bestia daba asco.

Alex miró a su alrededor. La pradera seguía siendo tan grande y desierta como la había visto, y su nave estaba tan lejos como siempre.

—No es asunto que me incumba, lo reconozco —dijo Tex—. Pero ¿como llegó por aquí?

—Es una larga historia —contestó Alex, distraído; en ese momento sus pensamientos estaban centrados especialmente en comida—. El *Draco* había salido en un viaje de reconocimiento, para hacer mapas de los nuevos sistemas planetarios y nuestro curso nos trajo cerca de esta estrella, el sol de ustedes que ya antes habíamos visitado. Creímos que sería conveniente echar un vistazo sobre las condiciones existentes mientras descansábamos en un mundo parecido a la Tierra. Yo fui uno de los que salió en botes exploradores para volar sobre este continente. Algo anduvo mal, fallaron los motores y yo apenas salvé la vida. Me lancé en el paracaídas y tuve la mala suerte de que mi bote cayera en el río. Entonces... bueno, debido a diversas circunstancias empecé a caminar en dirección a la nave.

—¿Y sus compañeros no saldrán a buscarle?

—Seguramente saldrán a buscarme, pero ¿que posibilidades tienen de encontrar los restos destrozados de un naufragio cuando tienen que investigar medio continente? Tal vez yo debí de haber transmitido un gran SOS desde tierra y esperar a que lo vieran desde el aire, pero con la necesidad de conseguir comida y todo lo demás... En fin, pensé que mi mejor alternativa consistía en mantenerme en movimiento. Pero ahora tengo tanta hambre que me comería... un búfalo.

—No creo que haya carne de búfalo en el pueblo —dijo imperturbable el hoka—, pero hay unos buenos bistec.

—Ah —dijo Alex.

—Caminando no habría durado mucho —dijo Monty—. No tiene revolver.

—No, y gracias a... No importa. Pensé en tratar de hacerme un arco y unas flechas.

—¿... arco y flechas, dice? —Monty lo miró entrecerrando los ojos con aire de sospecha—. ¿Acaso ha estado cerca de los indios?

—No, no he estado cerca de ningún indio, ¡maldito sea!

—El arco y las flechas son armas de indios, forastero.

—Ojalá fuera así —se quejó Tex—. Nunca tuvimos problemas cuando sólo los hokas teníamos revólveres de seis tiros. Pero ahora los indios también los tienen y esto será nuestro fin —una lágrima se deslizó por su nariz respingada.

Si los vaqueros son osos velludos —pensó Alex—, ¿quiénes o qué son entonces los indios?

—Tiene suerte de que yo y Tex hayamos pasado por aquí —dijo Monty—. Habíamos salido para ver si podíamos conseguir algunos novillos más antes de que los indios llegaran por estos parajes. Sin embargo no tuvimos suerte. Los pieles verdes se lo han llevado todo.

¡Pielés verdes! En ese momento Alex recordó un informe de la primera

expedición: dos razas inteligentes, las de los mamíferos hokas y los reptiles slissii. Como los slissii eran más fuertes y guerreros, oprimían a los hokas.

—¿Los indios son slissii? —preguntó.

—Bueno, por lo menos son intratables —dijo Monty.

—Quiero decir..., ¿son altos, más grandes que yo, pero que caminan un tanto encorvados y hablan con muchos sonidos sibilantes?

—Pero claro. ¿Qué más podían ser? —Monty sacudió la cabeza asombrado—. Si usted es humano, ¿como es que no sabe siquiera qué es un indio?

Habían estado arrastrando los pies hacia una gran nube de polvo de la que salía mucha barahúnda. Cuando se acercaron, Alex vio la causa: una enorme manada de...

—Novillos de cuernos largos —explicó Monty.

Bueno, sí, tienen un solo cuerno largo en medio de la trompa... Por lo demás el «ganado» de patas cortas, pelo rojo y cuerpo en forma de barril son mamíferos... Alex pudo distinguir algunas marcas a un flanco de los animales. Toda la manada era conducida por unos vaqueros hokas que eran jinetes muy veloces.

—Ése es el grupo del Bar X —dijo Tex—. El «Llanero Solitario» decidió probar suerte y salió adelantándose a los indios. Pero me temo que muy pronto le darán alcance...

—No puede hacer otra cosa —contestó Monty—. Todos los rancheros, o poco menos, están sacando su ganado de los terrenos de pastoreo. Ya no queda ningún lugar, excepto la Nariz del Diablo, donde podamos hacerles frente. Por cierto que no tengo intención de quedarme en el pueblo y mantenerlo a salvo de los indios, y creo que nadie piensa hacerlo, a pesar de que Slick y el Llanero Solitario lo desean.

—Oye —objetó Alex—. Creí que habías dicho que el Llanero Solitario estaba huyendo. Ahora dices que quiere pelear. ¿Cuál es la verdad?

—Oh, el Llanero Solitario dueño del Bar X está huyendo, pero el Llanero Solitario de los Perezosos T quiere quedarse. También quieren eso los Llaneros Solitarios de la estampida de Búfalo, el verdadero Llanero Solitario y el más solitario de todos, pero apuesto que cuando los indios se acerquen cambiarán de parecer.

Alex se sujetó la cabeza para impedir que le saltara de los hombros.

—¿Cuántos Llaneros Solitarios hay, entonces? Gritó.

—¿Cómo quieres que lo sepa? —dijo Monty encogiéndose de hombros—. Debo decir que conozco diez, por lo menos.

Luego agregó, con desesperación, que ese idioma inglés no tenía tantos nombres como el antiguo hoka, que era muy fatigoso tener cientos de Montys por todas partes, o que cuando uno llamaba a Tex tuvieran que preguntarle a cuál de ellos quería ver...

Pasaron al trote junto a la manada chillona y llegaron al tope de una pequeña elevación, detrás de la cual había una pequeña aldea con cerca de una docena de pequeñas casas y una sola calle llena de baches bordeada por construcciones cuadradas que eran estructuras de frentes falsos. Todo estaba lleno de hokas: a pie, montados, en vagones cubiertos y en sulkis. Alex creyó que serían refugiados de los

indios. Mientras lo llevaban por la calle leyó un burdo aviso:

BIENVENIDO A CAÑÓN GULCH

Población: días de semana, 212.

Sábados, 1000

—Lo llevaremos ante Slick —dijo Monty gritando por encima del barullo—; él sabrá qué hacer con usted.

Maniobraron con los ponis a través del tumulto. Los hokas parecían pertenecer a una raza muy excitable, inclinada a mover mucho los brazos y gritar a voz en cuello. Era evidente que la evacuación no había sido organizada, y por lo tanto progresaba muy lentamente, lo que originaba muchos problemas de tránsito, peleas, intercambio de rumores y entusiastas tiros al aire. Frente a los salones había unos cuantos ponis y carros que casi formaban una fila doble a lo largo de la calle.

Alex trató de recordar lo que había leído en el informe de la primera expedición. Era breve, ya que la neve había estado en Toka solo un par de meses. Pero... sí, los hokas eran descritos como amistosos, alegres, con facilidad para aprender..., y completamente ineficientes. Únicamente sus ciudades amuralladas de la costa, a la altura de la tecnología de la edad del bronce, habían sido capaces de hacer frente a los slissii; y así era como los reptiles, lenta pero implacablemente, estaban conquistando a las diversas tribus ursinoides. El hoka luchaba con denuedo cuando lo atacaban, pero cuando el peligro no era inmediatamente visible rechazaba de la mente despreocupada todo pensamiento referente al enemigo. Nunca se les ocurrió unirse todos en una ofensiva de conjunto contra los slissii; era una raza demasiado individualista para formar un ejército.

Era una gente pequeña, buena pero muy poco efectiva. Alex se sentía un tanto engréido de su propia altura, su elegante uniforme de piloto espacial y el espíritu humano perseverante, audaz y aventurero que había llevado al hombre hasta las estrellas... Algo así como un hermano mayor.

Se sentía con el deber de hacer algo en esta situación, echar una mano a esas criaturas de ópera cómica que tenía cerca. De paso, eso podría proporcionarle un ascenso a Alexander Braithwaite Jones, puesto que la Tierra deseaba una abundante provisión de planetas con especies amistosas dominantes, y el primer informe sobre los indios —¡malditos slissii!— hacía dudar que nunca pudieran llegar a relaciones amistosas con la humanidad.

A. Jones, héroe. Quizás entonces Tanni y yo podamos...

Se dio cuenta de que un hoka gordo y avejentado lo miraba boquiabierto, con el resto de Cañón Gulch. Pero ése, en particular, llevaba una estrella grande de metal adherida al chaleco.

—Hola, sheriff —dijo Tex, y rió despreciativamente.

—Hola, viejo amigo Tex —contestó el sheriff servilmente—. Y Monty, mi buen

brazo derecho, también. Hola, hola, señores. ¿Quién es este forastero? ¿No es humano?

—Sí; eso es lo que dice. ¿Qué es, Slick?

—¿Cual Slick?

—Usted, Slick, el sheriff.

El obeso hoka se estremeció.

—Creo que está en la trastienda del Salón Paraíso —y humildemente agregó—: Eh, Tex, Monty... Os acordareis de vuestro viejo compinche le día de la elección, ¿no es cierto?

—Por cierto que sí —dijo Tex jovialmente—; hace tanto que usted es sheriff...

—Oh, gracias muchachos, muchas gracias. Si los demás tuvieran vuestro corazón...

El remolino de la multitud se llevó al sheriff.

—¡Que diantres! —exclamó Alex—. ¿Se puede saber qué demonios te estaba pidiendo que hicieras?

—Que votáramos contra él en la próxima elección, por supuesto —dijo Monty.

—¿... contra él? Pero... El sheriff debe mandar en el pueblo... Quizás...

Tex y Monty parecían realmente asombrados.

—Ahora sí que me pregunto si, después de todo, usted será humano —dijo Tex—. Pero si los mismos humanos nos han enseñado que el sheriff es el más tonto del pueblo... Sólo que no nos parece justo que a un hombre lo llamen así toda la vida, por eso se lo elige una vez cada año.

—Por allá hay un sheriff que fue elegido tres veces seguidas —dijo Monty—. ¡Ése sí que es tonto!

—Pero..., ¿quien es ese tal Slick? —preguntó Alex, que ya estaba agotando su paciencia.

—El jugador del pueblo por supuesto.

—¿Y qué tengo que hacer yo con el jugador del pueblo?

Ted y Monty se miraron.

—Vea usted —dijo Monty con impaciencia—, ya lo hemos tolerado bastante. Y ahora resulta que ni siquiera sabe cuál es el oficial que manda en el pueblo. Creo que eso es excederse un poco.

—Oh, —dijo Alex—, ¿una especie de gerente de la ciudad, entonces...?

—Usted está completamente loco —dijo Monty con firmeza—; todo el mundo sabe que el jugador de un pueblo es el que lo dirige.

Apareció Slick con el uniforme correspondiente a su cargo: pantalones ajustados, una chaqueta negra, camisa blanca con cuello doblado de pajarita, una corbata estrecha y un alfiler con diamante. Llevaba una derringuer en el bolsillo y en el otro un mazo de cartas. Parecía cansado y molesto, y por su aspecto se notaba que los últimos días

había estado sufriendo grandes presiones. Pero saludó a Alex con ansiosa verbosidad y lo llevó a una oficina amoblada en un vago estilo siglo XIX. Tex y Monty también iban con ellos, y cerraron la puerta para evitar la entrada de los grupos de gente conversadora que los seguía.

—Conseguiremos algunos bocadillos para usted —dijo Slick sonriendo. Ofreció a Alex uno de los espantosos cigarros color violeta hechos con algunas hierbas de la zona, encendió uno para sí y se sentó tras el escritorio.

—Y bien, —dijo—. ¿Cuándo podremos contar con la ayuda de ustedes los humanos?

—Me temo que no muy pronto —contestó Alex—. La tripulación del *Draco* ignora todo esto. Pasarán el tiempo sobrevolando los alrededores buscándome a mí. A menos que me encuentren aquí por casualidad, lo cual no creo, no se enterarán de la guerra india.

—¿Cuanto tiempo piensa quedarse?

—Oh, creo que pasará un mes antes de que me den por perdido y se vayan del planeta.

—En ese tiempo podemos llevarlo hasta la costa cabalgando duro, pero eso significará tomar un atajo por algún territorio lleno de indios. —Slick hizo una pausa cortés mientras Alex trataba de entender—. Sería difícil tener la ocasión de pasar inadvertido. Creo que la única forma en que usted puede llegar hasta donde están sus amigos es derrotando a los indios. Nosotros no podemos derrotarlos sin ayuda...

Tristeza.

Para cambiar de tema, Alex trató de hacer algunas preguntas sobre la historia hoka. Tuvo más éxito del esperado pues Slick demostró ser sorprendentemente inteligente y bien informado.

Hacía más de treinta años que había aterrizado la primera expedición. En aquella época los informes habían despertado escaso interés en la Tierra; tantos planetas nuevos había en la vastedad de la galaxia. Sólo ahora, con el envío del *Draco* como avanzada, la Liga estaba haciendo un intento por organizar un poco esa sección de la frontera espacial.

La tribu hoka cercana al pueblo donde habían aterrizado había recibido a los terráneos con ansiosa admiración. Los autóctonos tenían facilidad para la lingüística y entre su habilidad natural y la ayuda de la psicografía moderna habían aprendido inglés en pocos días. Para ellos, los humanos eran casi dioses, aunque como la mayoría de los pueblos primitivos, no tenían inconveniente en retozar con sus deidades.

Y llegó la noche fatal. Los expedicionarios habían levantado una pantalla estereo al aire libre para entretenerse mirando algunos films. Hasta entonces los hokas habían sido espectadores interesados pero un tanto asombrados. Esa noche, ante la insistencia de Wesley, proyectaron un viejo film, uno del Oeste.

Casi todos los tripulantes se ocupaban de algún hobby en sus largos viajes. El de

Wesley era el viejo Oeste norteamericano, que veía a través de románticas lentes. Tenía una buena pila de novelas y revistas del tema, pero muy poco material realmente informativo.

Al ver el film los hokas se embravecieron.

El capitán llegó a la conclusión de que habían reaccionado en forma delirante y admirativa porque se trataba de algo que podían entender. Para ellos las comedias de salón y las aventuras interplanetarias significaban muy poco; en cambio ahí, un país parecido al propio, héroes que luchaban contra enemigos salvajes, grandes manadas de animales, trajes vistosos...

Y tanto al capitán como a Wesley se les ocurrió que esa raza podía haber encontrado un uso práctico en ciertos elementos de la antigua cultura del Oeste. Los hokas habían sido agricultores y pudieron arrancar de esa pradera poco apta para el arado una magra manutención. Se trasladaban a pié; sus herramientas eran de bronce y piedra; con un poco de ayuda podían mejorar su condición.

Los metalúrgicos de la nave no tuvieron inconveniente en reconstruir el antiguo armamento, tanto la Colt y la Derringer como las carabinas. Había que enseñar a los hokas como fundir el hierro, fabricar el acero y la pólvora, operar tornos y molinos, y en esto también la rapidez natural de los nativos y la instrucción psicográfica combinadas les permitieron aprender con rapidez. Asimismo les entusiasmó la idea de domesticar a los animales salvajes que hasta entonces habían conducido en manadas.

Antes de que la nave saliera, los hokas habían acostumbrado a los *ponis* a la montura y a agrupar el ganado de cuernos largos. Hicieron algunos tratados con las ciudades agrícolas y marítimas más civilizadas de la costa, comprometiéndose a embarcar carne a cambio de madera, granos y artículos manufacturados. Además se dedicaron a eliminar alegremente a todo guerrero *slissii* que se les acercara con hostilidad.

Como paso final, justo antes de irse, Wesley dio a los hokas su colección de libros y revistas.

Nada de esto constaba en el tedioso informe oficial que Alex había leído. Solamente se anotaba que a los ursinoides se les había enseñado la metalurgia del acero, el uso de armas químicas y las ventajas de ciertas formas económicas. Se había esperado que esta ayuda les permitiría sojuzgar a los peligrosos *slissii*, de modo que si el hombre empezaba a llegar con regularidad al lugar, no se encontraría con una guerra desde el principio.

Alex pudo imaginar el resto. Los hokas habían enloquecido de entusiasmo. Después de todo, el nuevo modo de vida era muy práctico y bien adaptado a las llanuras. Entonces, ¿por qué no atreverse un poco más y ser como los dioses humanos en todo? Hablar el mismo idioma con el acento de los films, emplear los nombre humanos, la misma vestimenta, los modales, disolver las antiguas organizaciones tribales y erigir en su lugar ranchos y pueblos; todo eso resultaba muy natural. Y era

mucho más divertido.

Los libros y revistas no circulaban muy lejos, y la mayor parte del nuevo evangelio se transmitía oralmente. Así, algunas simplificaciones fueron inevitables.

Pasaron tres décadas. Los hokas maduraban rápidamente en su evolución, y una segunda generación, nacida ya bajo las costumbres del oeste, se destacaba en la población. El pasado estaba olvidado casi por completo. Los hokas se desplazaron hacia el oeste a través de las llanuras, empujando a los slissii.

Esto sucedió, naturalmente, hasta que los slissii aprendieron a hacer armas de fuego. Entonces, aprovechando sus mayores aptitudes militares, formaron un ejército de tribus confederadas y empezaron a empujar hacia atrás a los hokas. Y para entonces pensaban continuar hasta pillar todas las ciudades de la costa. El coraje de los hokas no podía contrarrestar las numerosas huestes mejor organizadas.

En esos momentos uno de los ejércitos indios avanzaba rugiendo por el Cañón Gulch. No podía estar a muchos kilómetros ni había modo de pararlo. Los hokas reunieron a sus familias y algunas posesiones de los ranchos aislados y huyeron. Pero, con característica ineficiencia, la mayoría de los refugiados no logró llegar más lejos que a esta ciudad, y entonces se detuvieron para discutir si parar y hacer frente o continuar la huida. Y mientras tanto tomaron un trago más...

—¿Quiere decir que ni siquiera *trataron* de luchar? —preguntó Alex.

—¿Qué más podíamos hacer? —contestó Slick—. La mitad de la gente, al oír la idea no quiso saber nada con ella. La mitad de los que vinieron tenía su propio esquema y si no lo seguíamos se enojaban y desaparecían. Eso no deja mucho más, ¿no cree?

—En su carácter de líder, ¿no podría usted pensar en algún tipo de compromiso o algún plan que dejara a todo el mundo satisfecho?

—Claro que no —dijo Slick, endurecido—. El único plan bueno es el mío.

—¡Oh, Dios! —exclamó Alex dando un salvaje mordisco al bocadillo que tenía en la mano. La comida le había restaurado las energías, y ese fuego líquido que los hokas llamaban whisky lo había encendido con un cálido y valiente bienestar—. Reconoció que le gustaba. Pero un semi-dios también tiene sus obligaciones.

—Lo que ustedes necesitan es un líder al que todos deben seguir sin cuestión —agregó—. Y ese podría ser yo.

—¿Quiere decir «usted»? —dijo Slick conteniendo el aliento.

Alex asintió vivamente.

—¿Estoy en lo correcto al pensar que los indios andan todos a pie? Entonces por la historia de la Tierra, se qué debemos hacer. Debe haber unos cuantos miles de varones hokas que posean algún tipo de arma de fuego. Los indios no estarán preparados para una rápida carga de caballería cerrada. Así podrán partir al ejército en dos.

—¡... que me cuelguen! —murmuró Slick.

Tex y Monty también miraban asombrados.

De pronto Slick empezó a dar volteretas sobre las manos por la oficina.

—¡Viva! —gritó—. Soy un podrido y rastrero hijo de mala madre. ¡Nací con una pistola en cada mano y luché contra serpientes de cascabel! —Hizo una serie de volteretas—. ¡Mi papá era un gato montés y mi madre un cocodrilo! ¡Puedo correr para atrás más rápido que cualquiera hacia adelante, puedo saltar sobre la luna más lejana con una mano atada a la espalda, puedo llenar las entrañas al primer amago de sacar las pistolas, y si cualquiera aquí me contraría, lo llenaré con tanto plomo que parecerá una mina!

—¡Diablos! ¿Qué es esto? —jadeó Alex agachándose.

—El antiguo grito de guerra de los humanos —explicó Tex. Parecía resignado ya a la extraña ignorancia de su héroe.

—¡Vamos! —aulló Slick abriendo de par en par las puertas de la oficina.

Afuera desbordaba una tumultuosa multitud. El jugador llenó de aire los pulmones y bramó, rechinando los dientes:

—Ensillad todos los caballos, señores, y cargad los revólveres. Hemos conseguido un humano, y nos va a ayudar a limpiar todos esos indios de los llanos.

Los hokas soltaron gritos de júbilo y saltaron hasta que los falsos frentes que había en derredor empezaron a temblar. Después descargaron los revólveres al aire.

Alex sacudió a Slick vociferando:

—¡No, no, loco de atar, ahora no! Tenemos que estudiar la situación, enviar primero exploradores, hacer un plan...

Demasiado tarde. Sus impetuosos admiradores se lo llevaron entre gritos a la calle. Era imposible escucharlo por encima de toda la chillona barahúnda y apenas conseguía mantenerse de pie; todo lo demás era una terrible confusión. Alguien le dio un revolver de seis tiros y se lo ajustó como un sonámbulo. Alguien más le entregó un lazo, y apenas pudo entender lo que le decía.

—Enlaza un potro, terráqueo, y vámonos.

—Enlaza...

En medio del mareo Alex recordó que había un corral justo detrás del salón. Allí galopaban dos ponis reptiles semisalvajes, nerviosos por los gritos. Los hokas ya estaban remolineando diestramente sus lazos para sujetar sus monturas.

—Vamos, vamos —lo urgió una voz—; no hay tiempo que perder.

Alex observó al vaquero más cercano a él. La tarea de enlazar no parecía tan difícil. Había que sujetar la soga aquí y allá, después hacer girar el lazo corredizo de esta manera...

Cuando dio el tirón cayó rodando por el suelo. A través del polvo que levantó pudo ver que se había enlazado a sí mismo.

Tex le ayudó a ponerse de pie y le sacudió el polvo.

—Yo... Yo no voy a caballo en mi pueblo —musitó.

Tex nada respondió.

—Tengo un potro para usted —gritó otro hoka haciendo girar el lazo—. ¡Un mustang muy fogoso!

Alex miró al poni, que a su vez lo miró a él. Tenía unos ojillos vivaces y amenazadores. A riesgo de equivocarse en el juicio llegó a la conclusión de que la bestia no le gustaba mucho, y que podrían surgir conflictos de personalidad entre ambos.

—¡Vamos ya! ¿Qué esperáis? —gritó Slick con impaciencia. Estaba a horcajadas de una bestia que no cesaba de corcovear y encabritarse, pero él no parecía notarlo siquiera.

Alex tembló, y cerrando los ojos se preguntó qué había hecho para merecer aquello y salió trastabillando tras el poni. Varios hoka se habían unido para ponerle la montura. Lo abordó. Los hokas soltaron al animal. Se produjo el conflicto de personalidades.

Alex tuvo la repentina sensación de que subía y giraba en un meteoro que se retorció debajo de él. Se tomó del cuerno de su montura. Las patas delanteras se bajaron con un ruido sordo sobre el suelo, haciéndole perder las espuelas. Algo similar a un proyectil nuclear pareció explotar en la cercanía.

Aunque se levantó y lo golpeó con una rudeza innecesaria, nunca supo de algo tan acogedor como el suelo que tenía debajo.

—¡Huy...! —exclamó Alex, y se quedó quieto.

Un silencio cargado de asombro e incredulidad se extendió sobre los hokas. El humano no había sabido usar el lazo... Ahora acababa de establecer un récord para la más breve duración sobre una montura... *¿Qué clase de humano era éste, después de todo?*

Alex se sentó y vio a su alrededor un círculo de caras espantadas. Les dedicó una débil sonrisa.

—Tampoco soy hombre de a caballo —dijo.

—¿Qué diablos es entonces? —estalló Monty lleno de cólera—. No sabe usar el lazo, no sabe montar, no sabe hablar como es debido, no sabe tirar...

—Un momento —dijo Alex poniéndose en pie con dificultad—. Admito que no estoy acostumbrado a muchas de esas cosas, porque en la Tierra las hacemos de otra manera. Pero puedo ganar a cualquiera a tirar... ehm, a cualquiera de estos hokas, en el momento que deseen.

Algunos de los hokas cambiaron de expresión, pero Monty insistió en ridiculizarlo:

—¿Ah, sí?

—Sí, y se lo demostraré —dijo Alex mirando en derredor en busca de un blanco apropiado.

Para variar, en estas circunstancias no tenía por qué preocuparse; era uno de los mejores arrojadores de rayos al blanco en la flota.

—Arrojad una moneda, que la perforaré en el centro.

Los hokas se miraron con extrañeza. Alex sospechó que serían buenos tiradores de acuerdo con sus propios criterios. Sonriendo, Slick sacó un dólar de plata del bolsillo y lo hizo girar en el aire. Alex desenfundó y tiró. Desgraciadamente los lanzadores de rayos no tienen lo que en cambio sí tienen los revólveres: retroceso.

Alex cayó de espalda y la bala hizo un orificio en la ventana del bar Última parada.

Los hokas empezaron a reírse. Era una alegría un poco amarga.

—¡Buck! —gritó Slick—. ¡Buck...! Oye, sheriff. ¡Ven aquí!

—Sí, señor don Slick. ¿Qué ordena?

—No creo que sigamos necesitándote como sheriff, Buck. Creo que acabamos de encontrar otro. Dame tu estrella.

Cuando Alex se puso de pie la chapa brillaba en su túnica.

El contraataque que había propuesto, naturalmente quedó en el olvido.

Entró remoloneando displicentemente en el salón Pizen. A medida que los indios se acercaban, el pueblo había ido quedándose sin refugiados. Pero todavía quedaban algunos para beberse la última copa. Era la clase de compañía que Alex estaba buscando.

Ser el bufón oficial no era en sí tan mala cosa. Los hokas no eran crueles con aquellos en que los dioses se habían ensañado. Pero... después de todo, acababa de dejar por el suelo el prestigio de los humanos en todo un continente. Estaba seguro de que el Servicio no estaría muy satisfecho.

Aunque en el futuro próximo no iba a tener muchas oportunidades de acercarse al Servicio... Ya no podría llegar al *Draco* antes de que se fuera sin... sin pasar por el territorio que ocupaban los mismos indios que venían avanzando por el Cañón Gulch. Podían pasar años antes de que aterrizara otra expedición. Quizá quedaría anclado allí por vida... Aunque, pensándolo bien, eso no sería mucho peor que la vergüenza que le esperaba a su regreso.

Tristeza.

—A ver, sheriff. Le invito a un trago —dijo alguien junto a él.

—Gracias —dijo Alex.

Los hokas tenían la grata costumbre de invitar siempre al sheriff cuando entraba en un bar, y Alex había estado abusando de esa costumbre, sin que eso pareciera ayudarlo a combatir la depresión.

El hoka que tenía a su lado era un espécimen muy viejo, desdentado y vocinglero.

—Yo vengo de la parte de Aniñado —dijo al presentarse—. Me llaman el Muchacho Aniñado. ¿Como está sheriff?

Alex le dio la mano estúpidamente.

Se abrieron paso hasta el bar. Alex tenía que inclinarse al pasar bajo los techos

adecuados a la altura de los hokas, pero por otra parte los accesorios rocó guardaban una ansiosa fidelidad a sus prototipos de ficción, incluso un pequeño escenario donde tres mujeres hoka escasamente vestidas representaban un número de canto y baile mientras un hombrecito con gafas golpeaba un piano desvencijado.

El muchacho aniñado sonrió con sarcasmo.

—Conozco a esas mujeres —suspiró—. Tienen buen relleno, ¿verdad? Buena mercancía, ¿no cree?

—Ah..., sí —asintió Alex; las hembras hoka parecían tener por los menos cuatro mamas, o casi.

—Zunani, Goda y Torigi; así se llaman. Si no fuera tan viejo...

—¿Como es que no tienen nombres en inglés? —preguntó Alex.

—Conservamos los viejos nombres hoka para las mujeres —dijo el Muchacho Aniñado rascándose la cabeza—. Bastante malo es ya con los hombres, eso de tener cien Hopalongs en el mismo condado... ¿Pero cómo diablos diferenciar a las mujeres si todas se llaman Juana?

—Tenemos algunas que se llaman «Eh, tú» —dijo Alex con tristeza—. Y unas cuantas más que se llaman «Sí, querida».

La cabeza empezó a darle vueltas. Aquel brebaje de los hokas era muy potente.

Cerca había dos vaqueros que discutían con vulgaridad características de los alcohólicos. Eran hokas típicos, lo que para Alex significaba que sus siluetas rechonchas eran difíciles de distinguir una de otra.

—Conozco a esos dos, pertenecen a mi vieja unidad —dijo el Muchacho Aniñado—; aquel es Slim y el otro es Shorty.

—Oh, —dijo Alex.

Mientras rumiaba con el vaso en la mano, Alex escuchaba la disputa por falta de algo mejor que hacer. Ya habían llegado a la etapa de los insultos.

—Cuidado con lo que dices, Slim —dijo Shorty tratando de entrecerrar sus ojillos redondos—. Mira que soy un hombre muy peligroso.

—¡Qué vas a ser tú peligroso! —dijo Slim.

—Eres un estúpido que merece que lo patee un burro —repitió Shorty y sonrió.

De pronto estalló en el salón el rugido de pistolas. Alex se arrojó al suelo por puro reflejo. Una bala perdida silbó peligrosamente junto a su oído. Volvió a estallar el trueno de los tiros una y otra vez. Se apretó contra el suelo y rezó.

Se hizo el silencio. Un humo nauseabundo se arremolinaba en el aire. Los hoka empezaron a salir de detrás de la barra, debajo de las mesas, y continuaron bebiendo con toda calma. Alex empezó a buscar a los cadáveres. Vio solamente a Slim y a Shorty, que guardaban sus revólveres vacíos.

—Y bien —dijo Shorty—, ya está. Pago esta ronda.

—Gracias compañero, yo pago la otra.

Alex miró al Muchacho Aniñado con ojos saltados de las órbitas.

—No hubo heridos —dijo histéricamente.

—Claro que no —contestó el viejo hoka—. Slim y Shorty son buenos amigos —separando las manos explicó—. Es una vieja costumbre humana, bastante ridícula. No encuentro sentido en que todo hombre tenga que tirarle un plomo a otro por lo menos una vez al mes. Pero quizás los haga más valientes, ¿no?

—Ajá —dijo Alex.

Algunos empezaron a acercarse para hablar con él. Las opiniones parecían estar divididas en cuanto a si era humano después de todo o si la humanidad no era simplemente lo que las leyendas circulantes decían. Pero a pesar de su desencanto no le tenían mala voluntad y le pagaban los tragos. La sed de Alex parecía no tener fin, y como no tenía nada mejor que hacer...

Pudo haber sido una hora más tarde, dos tal vez, o quizás también diez, cuando Slick entró en el salón. Su voz se oyó por encima del barullo:

—Un explorador me acaba de traer novedades, señores. Los indios no está a mas de cinco kilómetros de aquí y se acercan con rapidez. Tenemos que movernos.

Los vaqueros bebieron de golpe sus tragos, y golpeando los vasos sobre el mostrador salieron del salón en una oleada de excitación.

—Tengo que calmar a los muchachos —susurró el Muchacho Aniñado—, o tendremos un motín.

Con gran presencia de ánimo disparó a las luces.

—Pero usted está loco —chilló Slick—, si afuera es pleno día.

Alex permaneció en el salón perdiendo tiempo hasta que el jugador le tironeó de la manga.

—Nos faltan vaqueros —dijo—, y debemos trasladar una gran manada. Consiga un poni y trate de ayudar —ordenó Slick a Alex.

—Está bien —dijo Alex dejando escapar un hipo.

Sería reconfortante hacer algo útil, por poco que fuera. Así tal vez lo derrotaran en la próxima elección.

Describió un sendero sinuoso para llegar al corral. Alguien le pasó una montura lamentable, demasiado vieja para no ser dócil. Alex trató de poner el pie en el estribo. Se le escapó.

—Ven para aquí, estribo —exclamó—. Ven aquí. ¡Atención! ¡Adelaaanten marchen!

—Aquí tiene —dijo un hoka que flotaba por los bordes. ¿Un hoka fantasma? ¿Un hoka superior? ¿Qué clase de hoka...? Le ayudó a subir a la montura.

—Lo juro por Búfalo Bill, está más borracho que una cuba.

—No —dijo Alex—. Estoy sobrio. Es que todos los hoka me quieren ver ebrio. Los únicos sobrios en Toka son los ebrios. Eso es. ¿Meee... entiende?

El poni parecía flotar en una niebla rosada hacia cualquier dirección.

—Soy un vaquero solitario —cantaba Alex—. Soy el vaquero más solitario de estas regiones.

Tuvo de pronto una débil conciencia de la manada. El ganado estaba nervioso,

hacía girar los ojos y pateaba el suelo. Una pequeña banda de hokas galopaba alrededor de los animales, lanzando exclamaciones, agitando sombreros y tratando de muchas maneras que el ganado siguiera por el camino correcto.

—Soy un vaquero viejo de Río Grande —aulló Alex.

—No grite tanto —gritó un hoka; era Tex—. Estas bestias ya están bastante bravas.

—Quieren que se pongan en camino, ¿no es cierto? —contestó Alex—. Tenemos que irnos. Vienen los pieles verdes. Es fácil irse. Así ¿no lo ven?

Sacó el revolver de seis balas y tiró al aire lanzando el grito más estruendoso que pudo sacar del pecho.

—¡Ijuuuu!

—Usted está loco de atar.

—¡Ijuuuu! —Alex se lanzó contra la manada, mientras tiraba y gritaba a todo pulmón—. Vamos, vaquero. Perrito, adelante. ¡Vamos!

La manada salió en estampida, naturalmente.

Algo como una ola roja se desató contra la frágil línea que formaban los hokas. Esos miles de pezuñas que representaban la muerte y los jinetes se dispersaron; el universo pareció llenarse de truenos, rugidos y polvo. ¡La tierra tembló!

—¡Uijaaa! —canturreó Alexander Jones.

Cabalgaba detrás de los cuernos largos sin dejar de gritar.

—¡Vamos, vamos, andando, Plateado...!

—Oh, mi Dios —gruñó Slick—. ¡Oh, mi Dios! Este idiota cabeza hueca va a lanzar la estampida directo contra los indios...

—¡Síguenos! —gritó un hoka-Hopalong—. Quizás aún podíamos atajarlos y hacerlos volver. No podemos dejar que los indios se apoderen de toda esa carne.

—Y aprovecharemos para hacer una fiestecilla, también —dijo un hoka-Llanero Solitario—. Apuesto a que ese Alexanderjones es un espía indio que plantaron entre nosotros para hacer este trabajo.

Los vaqueros espolearon sus monturas. El cerebro de un hoka no daba cabida para dos pensamientos simultáneos. Si lo que querían era desviar un tropel, lo hacían..., sin pensar que cabalgaban de lleno hacia un enemigo superior.

—¡Vamos, uija, guay! —barbotó Alex en algún lugar en medio de la polvareda. Su sentido del tiempo alterado por ebriedad, pareció encontrarse de pronto sobre una baja colina. Detrás de ella estaban los slissii.

Los guerreros reptiles estaban de pie, naturalmente, ya que no estaban hechos para cabalgar, pero eran mucho más veloces que los ponis de los hoka. Los tiranosaurios iban desnudos, excepto por las plumas y los dibujos guerreros que los primitivos de toda la galaxia tenían por costumbre llevar, pero estaban bien armados con armas de fuego, lanzas, arcos y hachas. Sus huestes formaban una masa compacta que marchaba bien disciplinada al ritmo de tambores batientes. Había miles de ellos... Y cien vaqueros, cuando mucho, galopaban ciegamente hacia sus filas.

Alex no vio nada de esto. A la retaguardia del tropel, no pudo ver cuando éste atropelló al ejercito indio.

Nadie vio nada. La catástrofe era demasiado grande.

Cuando los hokas llegaron al lugar de los indios, aquellos pocos que no habían sido atropellados estaban diseminados por toda la pradera visible. Slick se preguntó hasta donde seguirían corriendo.

—¡A ellos muchachos! —decía gritando—. ¡A barrerlos!

La banda de hokas se adelantó velozmente. Pequeños grupos de indios seguían lanzando sus gritos guerreros tratando de reunirse para hacerles frente, pero ya era tarde; estaban desmoralizados y los hokas los hicieron trizas. Algunos que intentaban huir fueron enlazados y atados como cerdos por osos que gritaban alegremente.

Luego Tex cabalgó hasta donde estaba Slick. Detrás del poni venía atado por un lazo, a la rastra, un indio corpulento que no dejaba de forcejear y maldecir.

—Creo que aquí tengo al jefe —anunció.

—Sí, así es —contestó el jugador del pueblo alegremente—. Por la pintura de guerra se ve que es un gran jefe. ¡Qué bien! Si lo tenemos como rehén haremos entrar en razones a los otros indios y no creo que vengan por estos lugares en mucho tiempo.

En ese momento Cañón Gulch entraba en los textos de historia como otro Canaá, Waterloo y Xfistung, ejemplos de derrotas totales y aplastantes.

Lentamente, los hokas empezaron a reunirse en torno a Alex. En los ojos de todos brillaba la antigua reverencia.

—Lo hizo —susurró Monty—. Se hacía el tonto para engañarnos, pero tenía el secreto de como parar a los indios...

—Querrás decir que les hizo morder el polvo —lo corrigió Slick solemnemente.

—... morder el polvo —convino Monty—. Y lo hizo él solo, señores. Reconozco que sería mejor que dejáramos de desconfiar de un... humano.

Alex se balanceó lentamente sobre la montura. Sintió que se le apretaba el nudo de un mareo en las entrañas. Llegó a la conclusión de que había causado una estampida, perdido una manada completa de ganado y arruinado para siempre toda la fe que los hokas pudieran haber tenido en la raza humana. Pensó sombríamente que si los nativos lo colgaban, se lo tenía bien merecido.

Al abrir los ojos lo primero que vio fue un gesto de adoración en la cara de Slick.

—Nos ha salvado —dijo el pequeño hoka.

Y extendiendo la mano quitó la placa de sheriff de la túnica de Alex. Luego, gravemente, le entregó su Derringuer y el mazo de cartas.

—Nos ha salvado a todos los hokas. Mientras permanezca aquí será el jugador del pueblo en Cañón Gulch.

Alex parpadeó. Miró a su alrededor. Vio a los hokas reunidos y a los prisioneros slissii y el campo devastado por la ruina porque... ¡Porque habían ganado!

Ahora podría llegar hasta el *Draco*. Con ayuda de los humanos, la raza hoka

podría obligar a sus antiguos enemigos a aceptar un tratado de paz. Y el alférez Alexander Braithwaite Jones se convirtió en héroe.

—¿... que los he salvado? —murmuró. Todavía no había recuperado el control pleno de la lengua—. Oh, sí, que los he salvado, por cierto. Los he salvado ¿verdad...? Qué bien —y agitando la mano, agregó—: No, no me lo agradezcan. *Noblesse oblige*, como se dice en estos casos...

Un dolor agudo en sus poco acostumbrados glúteos estropeó el efecto.

—Volveré al pueblo caminando —gruñó—; me parece que no podré sentarme por una semana.

Y el salvador de Cañón Gulch desmontó... Pero erró el estribo, y se cayó de cara en el polvo.

—¿Sabéis una cosa? —murmuró alguien pensativamente—; quizá sea esa la forma en que los humanos bajan del caballo. Creo que todos deberíamos...

Día de incendio

Quién sabe durante cuánto tiempo la estrella había orbitado silenciosamente en la soledad entre Betelgeuse y Rigel. Era más voluminosa de lo común, quizás una vez y media del Sol, y por consecuencia brillaba intensamente con la terrible gloria de su corona y prominencias. Pero no hay pocas cosas como ella. Una nave del primer Gran Reconocimiento notó su existencia. Sin embargo, la tripulación se interesó más por un sol vecino que tenía planetas y no se detuvo mucho en este sistema. La galaxia es demasiado grande y se habían fijado como meta obtener algunos datos sobre este brazo espiral en que habitamos. Fue así como se les escaparon ciertos anuncios espectroscópicos.

Durante un par de siglos nadie volvió a aquel lugar. Entre los millones de estrellas cercanas, la civilización Técnica tenía más de lo que podía ocupar su atención, mucho menos llegar a comprender. Por tanto, que ésta fuera mas vieja que lo normal para este tipo de región permaneció en el misterio mucho tiempo, así como el hecho de que habría debido llegar de otras partes. Aunque astronómicamente hablando no era tan antigua. Pero los grandes soles sin prole evolucionan prontamente y de maneras extrañas.

Sin embargo, dio la casualidad que un explorador de la Liga Polisotécnica, que se hallaba en una expedición en busca de nuevos mercados, pasaba a un año-luz de distancia cuando la estrella estalló.

Sería preferible decir, si la simultaneidad tiene algún sentido con relación a las distancias interestelares, que la agonía de la muerte había ocurrido algunos meses antes. La reacción termonuclear, cada vez más violenta, había quemado el resto de oxígeno del centro. Perdido el equilibrio por la presión de la radiación, las capas exteriores se desplomaron por su propio peso. Quedaron así liberadas ciertas fuerzas que originaron un orden completamente distinto de fusiones atómicas. Nuevos elementos surgieron a la existencia, además de aquellos que es posible encontrar en los planetas; se manifestaron también los transuránicos de corta duración, y por un tiempo el tecnétio dominó esa anarquía. Se produjo una inundación de neutrones y neutrinos que se llevaron consigo los restos de energía equilibrante. La gran compresión resultó en una catástrofe. Durante un breve período culminante la supernova fue tan radiante como toda su galaxia.

A tan corta distancia, el personal de la nave se habría muerto de no ser porque esta navegaba a hipervelocidad. No se quedaron allí. Todavía los alcanzaba una peligrosa cantidad de radiación entre microsaltos cuánticos. Además no estaban equipados para estudiar el fenómeno. Es raro; era la primera oportunidad en la historia de la humanidad para observar una nueva supernova. Y la Tierra estaba demasiado lejos para ayudar. Pero en relativamente poco tiempo se podía llegar a la colonia científica de Catavaranis. Ellos podrían enviar equipos de laboratorio.

Pero los recursos necesarios eran considerables para rastrear en detalle lo que iba

a suceder. Se requería de un lugar donde pudieran vivir los hombres que supieran fabricar instrumentos a pedido, según los fueran necesitando. No se podía esperar que las fábricas tradicionales enviaran esas cosas. Para cuando llegaran, el frente de ondas portadoras de la información acerca de acontecimientos de rápido progreso habrían llegado tan lejos que el debilitamiento inverso ocasionaría inexactitudes enloquecedoras.

Pero poco más lejos de un pársec de la estrella —excelente distancia para observar durante algunos años— había un sol tipo G. Según diversos puntos de clasificación, uno de los planetas era terranoide, tanto física como bioquímicamente. Según los datos de que se disponía, la cultura más avanzada estaba al borde de una revolución industrial y científica...

¡Magnífico!

Excepto, claro está, que la información era bastante nebulosa y caduca, por lo menos en dos siglos.

—No.

El maestro mercante David Falkayn dio un paso atrás, asombrado. Los cuatro guardias más próximos empuñaron sus pistolas. Con la inseguridad del profano, Falkayn se preguntó que cánones habría violado.

—Disculpen... ehm, ¿decía...? Inquirió.

Morruco Hacha-Larga se inclinó hacia adelante en su estrado. Aun para ser mersiano era grande, lo que significaba que sobrepasaba la ya considerable altura de Falkayn en unos buenos cincuenta centímetros. La larga túnica color naranja ensanchada en los hombros y la mitra cornígera le daban un volumen casi fantástico. Debajo de esas galas era aproximadamente antropeide, salvo por una postura levemente inclinada equilibrada por la cola, que con sus pies calzados en botas formaba un trípode en el que se asentaba. La piel verde, ligeramente escamada, carecía de pelos. Desde la punta de la cabeza hasta el final de la cola le corría un costurón erizado. Pero la cara era humana, aunque de huesos grandes, y toda su fisiología era esencialmente mamífera.

Pero Falkayn ignoraba que clase de cerebro se ocultaba tras sus ojos renegridos.

Una áspera voz de bajo dijo:

—No tomareis el mando de este mundo. Si renunciáramos a nuestro derecho y ellos ganaran el dominio absoluto, el Dios remodelaría las almas de nuestros mayores para que nos chillaran.

La mirada de Falkayn se desplazó en torno con inquietud. Pocas veces se había sentido tan solo. La cámara de audiencias del castillo Afon se elevaba a gran altura y ostentaba en su estrechez unas proporciones absolutamente extrañas a toda construcción humana. En las paredes de piedra, entre ventanas con arcos arriba y abajo, lucían tapices curiosamente tramados, y los pendones de batallas, colgados de

las vigas, poco hacían para detener el eco. Los soldados de caballería, alineados a lo largo del salón hasta una hoguera cuyo fuego podría asar un elefante, llevaban armaduras y yelmos con máscaras demoníacas. Las armas de fuego que agregaban a las curvas espadas y lanzas agudas no parecían fuera de lugar. En cambio, lo que parecía inalcanzable era echar un vistazo al cielo azul de fuera.

El aire tenía el frescor del invierno. La gravedad era poco más elevada que la terráquea, pero Falkayn sentía que lo aplastaba. Se levantó. No carecía de su brazo lateral, que no era un arrojador químico de balas sino un arma de energía. Tanto Adzel, que estaba fuera de la ciudad, como Chee Lan, a bordo de la nave, escuchaban por vía del transeptor en sus muñecas. Y la nave tenía suficiente poder para arrasar con todo Ardaig. Y Morruco tenía que darse cuenta de eso.

Pero había que hacerle cooperar.

Falkayn eligió cuidadosamente las palabras.

—Ruego me perdone, Mano, si por ventura en mi ignorancia empleo mal vuestra... Su lengua. Nada intentamos más que amistad. Soy portador de peligros inminentes, para los cuales debéis prepararos con tiempo para evitar la pérdida de cuanto poseéis. Mi gente enseñará con gusto a la vuestra lo que debe hacer. Tan grande es la necesidad y tan escaso el tiempo que a la fuerza deberéis apoyaros en nuestro consejo. De lo contrario de nada serviríamos. Si solo se tratara de una acción maligna, no perderíamos nuestro valioso tiempo, ya que comerciamos entre muchos mundos. No, seremos como hermanos que vienen a ayudaros en vuestra época de necesidad.

Morruco frunció el ceño y se frotó el mentón, pensativo.

—Hable entonces —contestó—. Pero, francamente, tengo mis dudas. Ustedes afirman que Valenderay está a punto de convertirse en una supernova...

—No, Mano. Sostengo que ya lo ha hecho. La luz que de allí viene asolará este planeta en menos de tres años.

Falkayn había usado la unidad de tiempo mersiana, un poco mayor que la de la Tierra. No dejaba de sudar y maldecir por el problema que el idioma le causaba. Los xenólogos del relevo anterior habían conseguido un buen dominio del idioma eriau en los varios meses que pasaron entre ellos, y Falkayn, junto con sus compañeros de nave, lo habían adquirido por transformación sináptica durante el trayecto. Pero ahora resultaba que doscientos años atrás el eriau pasaba por un período de evolución. Se dio cuenta de que ni siquiera pronunciaba bien las vocales.

Trató de poner al día sus nociones de gramática.

—Querriáis vos... ehm, digo, sería su deseo... confirmar... Nosotros podríamos llevaros a vos y a un miembro de confianza de vuestra casa tan cerca de nuestra nave que podríais observar el estallido de la estrella con vuestros propios ojos.

—Sin duda, científicos y poetas serían capaces de batirse por una litera en ese viaje —dijo Morruco con voz seca—. Pero les creo. La nave, usted, sus compañeros, son prueba suficiente y al mismo tiempo, no soy un creyente que imagina que son

semidioses porque vienen de fuera —dijo en tono más áspero—. Vuestra civilización lleva una ventaja tecnológica a la nuestra, eso es todo. Si leemos cuidadosamente los registros de aquel breve período en que los extranjeros habitaban entre nosotros, indican que no tenían razón más noble que la curiosidad profesional. Y fue algo caprichoso; se fueron y nadie volvió jamás. Hasta ahora. Entonces, ¿qué desea de nosotros?

Falkayn se sintió más tranquilo. A pesar de todo, Morruco parecía de su misma clase: no aterrado, no idealista, no impulsado por alguna motivación inhumana incomprensible, sino un astuto y escéptico político de una cultura pragmática.

Vamos, yo creo —se previno a sí mismo el hombre—. *Pero en realidad, ¿qué sé respecto a Merseia?*

A juzgar por las observaciones hechas en órbita, intercepciones radiales, contacto inicial de radio, y el viaje hasta allí en un coche terrestre, el planeta todavía cobijaba un revoltillo de sociedades dominadas por la que estaba alrededor del Océano Dilatado. Dos siglos atrás el gobierno local se había dividido entre varios clanes aristocráticos. Él imaginó que desde entonces se había conseguido cierto grado de unificación continental, pues su solicitud de entrevistarse con la autoridad máxima lo había llevado hasta Ardaig y confrontarse con ese individuo. Pero ¿podría hablar Morruco por toda la especie? Falkayn lo dudaba.

Sin embargo había que empezar por alguna parte...

—Seré franco, Mano —dijo—. Tanto mi tripulación como yo venimos solo para preparar el camino. Si tenemos éxito, nos recompensarán con una participación en la ganancia. Nuestros científicos desean usar a Merseia y sus lunas como bases desde las cuales observar la supernova durante los próximos doce años. Lo mejor para su gente sería que nos facilitaran todo lo que necesitamos, no solo alimentos sino también ciertos instrumentos que os dirán como modelar. Les pagarán buen precio por todo eso, y además el conocimiento les será útil.

»No obstante, primero debemos asegurarnos que subsista la civilización mersiana. Para conseguirlo, tenemos que realizar grandes trabajos. Y nos pagaréis por nuestro trabajo y las mercancías que os proporcionaremos para vuestros fines. No deseamos un precio de usura, pero sí, que nos deje una ganancia. Con ello compraremos utensilios mersianos que puedan venderse en nuestra patria para más beneficio —sonrió—. Así, todos ganaremos y nadie saldrá perdiendo. La Liga Polisotécnica no alberga conquistadores ni bandidos, pero sí, algunos mercaderes aventureros tratan de sacar, más o menos, un beneficio provechoso.

—Ya... Ahora hemos mordido hasta el hueso —carraspeó Morruco—. La primera vez que nos comunicaron algo y hablaron de una supernova, yo y mis colegas consultamos a los astrónomos. Aquí no somos salvajes completos, al menos hemos llegado a saber de la energía atómica y los viajes interestelares. Y bien, los

astrónomos dicen que esa estrella llega a su punto culminante que es que es quince billones de veces más grande que Korycj. ¿Es cierto eso?

—Bastante aproximado, Mano, si Korycj es vuestro sol.

—El único más cercano que podría estallar de tal manera es Valenderay. De acuerdo con vuestra descripción, lo más brillante en el cielo austral. Ustedes deben estar pensando en la misma.

Falkayn asintió con la cabeza, luego dudó de que ese gesto pudiera significar lo mismo que él quería expresar en Merseia, y al recordar que sí, contestó:

—Eso es, Mano.

—Parecía aterrador —dijo Morruco—, hasta que señalaron que Valenderay está a tres y medio años-luz. Es una distancia tan enorme que la mente es incapaz de imaginarla. Cuando nos llegue la radiación, será solo un tercio de lo que recibimos diariamente de Korycj. Y en unos cincuenta y cinco días (terráqueos) disminuirá hasta la mitad..., y así sucesivamente hasta que solamente veamos una nébula brillante en la noche, antes de mucho.

»Es cierto, podemos esperar mal tiempo, tormentas, lluvias torrenciales, tal vez inundaciones si se derrite suficiente hielo del casco polar sur. Pero todo pasará. De cualquier manera, el centro de la civilización está aquí, en el hemisferio norte. También es cierto que en el punto culminante habrá una peligrosa cantidad de rayos X y ultravioleta. Pero la atmósfera de Mersia los rechazará. De esta manera —dijo Morruco descansando sobre la cola y haciendo un puente con sus manos extrañamente humanas—, el peligro que menciona apenas existe. ¿Qué quiere en realidad?

En ese momento, toda la crianza como noble hijo de Hermes que Falkayn había recibido de niño acudió en su auxilio. Enderezó los hombros. No carecía de prestancia; era alto, un joven de pelo rubio y ojos azules brillantes en un rostro delgado, de pómulos salientes.

—Mano —dijo—, por lo que veo, aún no habéis tenido tiempo de consultar a vuestra gente sabia en cuestiones de...

Y no pudo continuar, Había olvidado la palabra equivalente a «electrónica».

Morruco se abstuvo de sacar ventaja. Todo lo contrario, el mersiano fue muy cooperador. La respuesta de Falkayn había sido insegura, interrumpida a menudo mientras él y el otro trataban de descifrar como era la frase. Pero en esencia, traducido al lenguaje corriente, esto fue lo que dijo:

—Mano está en lo cierto en lo que hasta ahora ve. Pero piensen en lo que se avecina. La erupción de una supernova es más violenta de lo que se puede imaginar. Encierra ciertos procesos nucleares tan complejos que ni nosotros mismos los entendemos en todos sus detalles. Por eso deseamos estudiarlos. Pero esto es lo que sabemos, y podéis consultarlo con vuestros físicos. Así es que los núcleos y

electrones vuelven a combinarse en esa infernal bola de fuego originada en las pulsaciones magnéticas asimétricas. No me negaran que saben lo que esto causa cuando sucede en la detonación de un proyectil atómico. Trate de imaginárselo a escala estelar. Cuando todas esas fuerzas se desatan, explotan a través del campo magnético de Merseia hasta que llega a la superficie. Motores eléctricos desprotegidos, generadores, líneas de transmisión... oh, sí, sin duda tendréis interceptores de ondas, pero vuestros interruptores de circuito caerán por tierra, se inducirán voltajes intolerables y todo el sistema quedará destrozado.

»Lo mismo sucederá con las líneas de telecomunicaciones. Y las computadoras. Si ustedes emplean transistores... ah, sí, los emplean..., la oscilación entre el tipo p y el tipo n de conducción borrará todos los bancos de memoria y detendrá todas las operaciones en curso. Siguiendo el pulso magnético, todos los electrones no tardarán en llegar. Mientras hacen espirales por el campo del planeta, sus radiaciones sincrónicas cubrirán completamente cualquier aparato electrónico que puedan haber salvado del desastre. Disminuirá la velocidad de los protones hasta más o menos la mitad de la de la luz. Después vienen las partículas alfa, y después el material más pesado: año tras año de llovizna cósmica, casi toda radiactiva, hasta un total mayor, en cuanto a su magnitud, del que habría podido crear cualquier guerra antes de que la civilización fuese destruida.

»Vuestro magnetismo planetario no es un verdadero escudo. La mayoría de los iones tiene suficiente energía para atravesarlo, y tampoco vuestra atmósfera es tan densa... Los núcleos pesados producirán la radiación que los hará llegar al suelo.

»No estoy diciendo que este planeta será totalmente destruido. Pero sin una buena preparación, experimentará un desastre ecológico. Vuestras especies quizá sobrevivan, o no, pero si lo consiguen será como un puñado de primitivos famélicos. La pronta eliminación de los sistemas eléctricos de que depende vuestra civilización se habrá ocupado de ello. Tratad de imaginar. De pronto no llegará más comida a las ciudades. Los habitantes salen como hordas hambrientas. Pero si la mayoría de vuestros agricultores es tan especializada como yo la imagino, ni siquiera podrán mantenerse por si mismos. Una vez que la lucha y el hambre se hayan generalizado, ya no habrá servicios médicos y empezarán las pestes. Será como las consecuencias de un ataque nuclear total contra un país sin defensa civil. Creo adivinar que han evitado eso en Merseia. Pero debéis tener ciertos estudios teóricos al respecto, y... He visto otros planetas en los que esto ha sucedido.

»Mucho antes del fin, en todas las colonias de vuestro sistema se habrá derrumbado la estructura que las sustenta... Y ninguna nave espacial podrá moverse durante años. A menos que acepten nuestra protección. Sabemos como generar pantallas anti-fuerzas; pequeñas para las máquinas y gigantescas para proteger a un planeta completo. No es suficiente, pero también sabemos como obtener aislación contra las energías que logran filtrarse. Sabemos como construir motores y líneas de comunicación que no resulten afectadas. También sabemos como sembrar sustancias

que protejan la vida contra radiaciones. Asimismo como reparar genes mutados. En resumen, tenemos todo el conocimiento necesario para vuestra supervivencia.

»El esfuerzo requerido será enorme. La mayor parte del mismo correrá por vuestra cuenta. Nuestro personal disponible es muy escaso y muy largas nuestras líneas de transporte interestelar. Pero podemos ofrecer los ingenieros y organizadores necesarios.

»Para ser franco, Mano, tenéis suerte de que nos hayamos enterado a tiempo de todo esto..., justo a tiempo. No nos temáis. No tenemos ninguna ambición hacia Merseia. Si no os convence otra cosa, está demasiado lejos de nuestra esfera normal de operaciones, y cerca de nosotros tenemos millones de planetas más provechosos. Deseamos salvaros a vosotros porque sois inteligentes. Pero será una tarea cara y buena parte del trabajo tendrá que ser ejecutada por organizaciones como la mía, que están para obtener ganancia. De manera que además de una base científica, deseamos un beneficio económico razonable.

»A su tiempo, sin embargo, nos iremos. Lo que entonces hagáis, es únicamente de vuestra incumbencia. Pero habréis salvado vuestra civilización. Además tendréis muchos equipos nuevos y conocimientos adquiridos. Creo que para vosotros es una verdadera ganga.

Falkayn calló. Por un momento reinó el silencio en el largo y oscuro salón. El hombre percibió olores muy extraños a los propios de la Tierra o Hermes.

Por último, lentamente, Morruco respondió:

—Esto es para pensarlo. Debo cambiar ideas con mis colegas y con otros. Hay bastantes complicaciones. Por ejemplo, no veo ninguna razón para hacer nada en favor de la colonia en Ronruard, y muchas razones poderosas para dejarla morir.

—¿Qué? —Los dientes de Falkayn castañetearon—. ¿Se refiere al planeta más cercano hacia afuera? Creía que los viajes espaciales van a través de este sistema...

—Por cierto, así es —dijo Morruco, impaciente—. Dependemos de los otros planetas para muchas materias primas, como material fisionable o gases complejos de los mundos externos. Sin embargo Ronruard sirve únicamente a los de Gethfennu.

Pronunció esa palabra con tal disgusto que Falkayn no se atrevió a pedirle una definición.

—Cualquier recomendación que haga en mi informe no escapará al conocimiento de Mano —afirmó el humano.

—Se aprecia su cortesía —replicó Morruco (Falkayn no pudo determinar la cantidad de ironía encerrada en la respuesta, y el otro había tomado la noticia con más calma de la esperada; no había que olvidar que pertenecía a una raza distinta a la del hombre y tenía, además, una tradición guerrera). Confío en que honrará al Vach Dathyr siendo nuestro huésped...

—Bien —vaciló Falkayn; había contado con volver a la nave, pero pensó que tal

vez fuera mejor permanecer en el lugar: el equipo de relevo había descubierto que la comida mersiana alimentaba a los hombres y hasta les resultaba gustosa. En un informe anterior constaba que la cerveza había extasiado a los exploradores—. Agradezco a Mano...

—Muy bien. Le sugiero que vaya a las recámaras ya preparadas a descansar y refrescarse. Con su permiso, pronto le llegará un mensajero para preguntarle qué quiere que le traiga de la nave. ¿O tal vez desea instalarse aquí...?

—Eh... mejor no. Política —Falkayn no se sentía inclinado a correr riesgos. Después de todo los mersianos no eran tan atrasados con respecto a la Liga como para no poder salir con una sorpresa fea, si así lo deseaban.

Morruco levantó la piel detrás de las púas del entrecejo, pero no hizo ningún comentario.

—A la hora del crepúsculo cenaremos con mis consejeros.

Se pararon ceremoniosamente.

Dos guardias escoltaron a Falkayn a través de una serie de corredores y por una imponente escalera cuya baranda estaba tallada en forma de serpiente. Al final le hicieron entrar en una suite. Las habitaciones eran espaciosas y los artefactos que contribuyen a la comodidad no estaban muy por debajo de los niveles Técnicos. Las pieles de reptiles que alfombraban los pisos y las cabezas de animales montadas en las paredes tapizadas en color carmesí resultaban un poco inquietantes, pero qué demonios. Desde la terraza había una vista de los jardines y del palacio, cuyo austero buen gusto tenía reminiscencias de japonés original, y también de la ciudad.

Ardaig era una ciudad de tamaño considerable. Albergaba cerca de dos o tres millones de almas. Aquel distrito era antiguo y sus edificios de piedra gris estaban fantásticamente ornamentados con torrecillas y muros almenados. Las colinas circundantes estaban salpicadas por las residencias de los ricos. Entre las mismas se extendía la nieve blanca, salpicada de sombras azuladas. La bahía brillaba como plomo amurallado por altas estructuras modernas. Embarcaciones de carga entraban y salían, un avión jet de alas delta silbó por las alturas. Pero escuchó poco ruido de tránsito; vehículos no esenciales tenían prohibido el acceso al sagrado Distrito Antiguo.

—Mi nombre es Whedi, Protector —dijo el mersiano bajo una túnica negra que estaba al servicio de Falkayn—; considéreme su servidor personal, para cumplir con todos sus deseos.

—Gracias —dijo Falkayn—. Quizá puedas enseñarme como usar las instalaciones —estaba ansioso por ver un baño diseñado para esta gente—. Y luego —agregó—, una jarra de cerveza, un texto de geografía política y algunas horas de soledad.

—El Protector ha hablado. Si me sigue...

Entraron en la cámara adjunta, amueblada para dormir. Como por accidente, la cola de Wedhi rozó la puerta. No era automática, simplemente a bisagras, pero se

cerró con el impacto. Wedhi tomó la mano de Falkayn y le puso algo en la palma. Simultáneamente se apretó los labios con los dientes. ¿... una señal de silencio?

Falkayn sintió un cosquilleo en la espalda mientras escindía el trozo de papel en un bolsillo. Cuando estuvo solo, abrió la nota encorvándose para evitar miradas escondidas. El alfabeto no había cambiado.

Se precavido, morador de las estrellas. Morruco Hacha-Larga no es amigo. Si puedes conseguir que uno de tus acompañantes venga esta noche en secreto a la casa que está en la esquina de las calles Triau y Victory, marcada con dos esvásticas sobre la puerta, la verdad te será explicada.

Cuando oscureció, la luna Neihevin se levantó llena, del tamaño de su Luna y color cobre, asomándose sobre las montañas del este, cuyas selvas brillaban de rocío. Lythyr ya estaba en lo alto, pequeña medialuna pálida, en tanto Rigel brillaba en medio de la constelación llamada el Portador de la Espada.

Chee Lun se volvió de la videopantalla, temblando mientras dejaba escapar una frase poco femenina.

—Pero no estoy equipada para hacer eso —dijo la computadora de la nave.

—La sugerencia fue dirigida a mis dioses —contestó Chee.

Permaneció un rato sentada, recapacitando en sus errores. Ta-chi-cheinpith-O2 Eridani A II o Cynthia para los humanos, parecía aún más distante de lo que era, tibia y rojiza luz solar y hojas crujientes en torno a casas en las copas de los árboles perdidas en el tiempo así como en el espacio. No solo el frío exterior la acobardaba. Esos mersianos eran tan terriblemente *grandes*...

Ella, en cambio, no era más grande que un perro mediano, aunque la mata de la cola agregaba algunos centímetros. Los brazos casi tan largos como las piernas, terminaban en delicadas manos provistas de seis dedos. Todo su cuerpo estaba recubierto por una suave piel blanca, excepto alrededor de los ojos verdes y de la cara aguda como un hocico. Al verla por primera vez, las hembras humanas tendían a llamarla «querida».

Se erizó. Los oídos, patillas y el pelo se pusieron tiesos. ¿Qué era? Descendientes de carnívoros que cazaban la presa saltando de rama en rama, xenobióloga por aprendizaje, pionera de comercio por propia elección y campeona de pistola porque le gustaba tirar. ¿Como era que perdía el tiempo sintiendo algo de respeto por una banda de bárbaros calvos con pies partidos? Por encima de todas las cosas estaba irritada. Mientras permaneció a bordo de la nave había confiado terminar su última obra de escultura. En cambio ahora debía corretear hacia esa pestilencia y remolonear por un basurero de piedra que llamaban ciudad y escuchar a algún patán zumbar durante horas sobre una trifulca entre cucarachas que creyó fuera política... ¡Y además simular que tomaba en serio toda la farsa!

Un cigarrillo narcótico logró tranquilizarla mediante unas cuantas bocanadas con

que lo consumió.

—Imagino que el asunto es importante —murmuró—. Y habrá suculentas comisiones para mí si el proyecto resulta.

—Mi programa se ciñe a un objetivo principal que es humanitario —dijo la computadora—. Aunque no encuentro ese concepto en mi depósito de datos.

—No te preocupes cabeza de barro —contesto Chee, de mejor talante—. Si quieres saberlo, figura bajo restricciones archivadas con el título de Leyes y Edictos. Pero no nos incumbe a nosotros en este viaje. Oh, cuantos corazones sangrantes hablan de Rescatar a la Civilización Prometida, como si la galaxia no tuviera ya demasiadas civilizaciones caóticas. Bueno, si están dispuestos a pagar la cuenta, lo harán con sus impuestos. Tendrán que trabajar con la Liga pues ella es la que tiene todas las naves, que no alquilará gratuitamente. Y la Liga tiene que empezar con nosotros porque se sabe que los pioneros comerciales son expertos en hacer el primer contacto, y somos la única tripulación al alcance. Estamos de suerte me imagino.

Apagó el cigarrillo y se dedicó a ciertos preparativos. En realidad no había alternativa. Tenía que admitirlo después de una conversación por radio con dos de sus asociados (no se preocuparon de posibles oídos indiscretos, puesto que no hay mersiano que sepa una sola palabra de ánglico). Falkayn quedó encerrado en la casa de... como-se-llame. Adzel andaba suelto por la ciudad, pero él sería el último que alguien podría elegir para una misión secreta. Después de todo, quedaba Chee Lun.

—Manténgase en contacto con nosotros tres —ordenó a la nave—. Por medio de mi equipo registro todo lo que llegue esta noche. No se mueva sin orden previa —en lenguaje galáctico— y no responda a ningún intento nativo de comunicación. Infórmenos de inmediato sobre cualquier incidente imprevisto que observe. Si por un período de veinticuatro horas no tuviera noticias de ninguno de nosotros, vuelva a Catawrayannis e informe.

No cabía ninguna respuesta. La computadora permaneció en silencio.

Chee se ajustó el arnés de gravedad, el maletín de herramientas y dos revólveres: un atontador y un pegador. Encima de todo eso se colocó una capa negra, más para disimular que por abrigo. Al apagar las luces hizo que la salida de personal permaneciera abierta el tiempo necesario para dejarla pasar, y se zambulló en el aire.

Sintió la mordedura del frío; el aire parecía líquido de cómo apretaba. Un enorme silencio se extendía bajo el cielo; desapareció el zumbido de su gravedad. Al pasar sobre las tropas que rodeaban la *Apenas* con artillería —una sabia precaución desde el punto de vista de los nativos, estaba de acuerdo, y que habían denominado guardia de honor— vio los guiños macilentos de varias fogatas de campamento y escuchó algunas estrofas de canto ronco. Entonces una nave en suspensión chirrió muy cerca hacia la Vía Láctea, y ella tuvo que cambiar de curso para evitar ser vista.

Por un tiempo voló sobre una inmensidad cubierta de nieve. Tratándose de un

planeta desconocido, una no aterriza en la ciudad si se podía evitar. Por último las montañas y los bosques dieron lugar a una pradera cultivada en que las luces de varias aldeas se apretujaban en torno a castillos de torres almenadas. Merseia —al menos este continente, parte de él— parecía haber retenido el feudalismo aun mientras se lanzaba a la era industrial. ¿Sería así en realidad? Tal vez esta noche hallaría la respuesta.

De pronto la costa estuvo a la vista, y la ciudad de Ardaig. En ella no brillaba la iluminación ni rugía el tránsito como en casi todas las comunidades Técnicas. La noche estaba salpicada de ventanas amarillentas, como luciérnagas atrapadas en una telaraña de piedras fosforescentes. El río Oiss brillaba raudamente a su paso por la ciudad y al volcarse en la bahía; allí brillaba el resplandor doble de la luna. No, era triple; en ese momento se alzaba Whythna. Un murmullo de máquinas se remontaba hacia el cielo.

Chee esquivó otra nave aérea y salió en línea recta hacia el oscuro Distrito Antiguo. Aterrizó detrás de un bazar cerrado y buscó la callejuela más próxima. Allí se agazapó para espiar donde estaba. Las calles de ese distrito estaban engalanadas con un césped resistente, alfombrado de hielo e iluminado por lámparas espaciadas. Pasó un mersiano, montado en un huis con cuernos. La cola del jinete estaba recogida sobre la grupa del animal, su capa flotaba tras él dejando al descubierto una chaqueta acolchada reforzada con discos brillantes de metal y un rifle cruzado sobre la espalda.

No era un simple guardián, seguramente. Chee había visto el uniforme que usaban los militares y Falkayn había transmitido fotos de las tropas del castillo de Morruco mediante un escudriñador de mano. También había transmitido la información de que estos últimos hacían también de policías. Entonces, ¿por qué iría armado un civil? Delataba cierto grado de desorden que no correspondía a una sociedad tecnológica... A menos que esa sociedad tuviera más problemas de los que Morruco admitía.

Chee se aseguró de que sus revólveres estuvieran sueltos en sus fundas.

El golpeteo de las pezuñas se alejó. En vez de palabras empleaban emblemas heráldicos de vivos colores. Pero la gente de Relevamiento había trazado un buen mapa de Ardaig que el grupo de Falkayn había memorizado. El Distrito Antiguo no pudo haber cambiado mucho. Se atrevió a salir, buscando esconderse cada vez que oía un jinete o caminante que se acercaba. Pero había muy pocos.

¡La esquina! Parpadeando en la oscuridad pudo distinguir el símbolo esculpido en el dintel de una esbelta casa gris. Posó la mano libre en el atontador.

La puerta se abrió muy poco; un hilo de luz se filtró por la rendija. Detrás se destacaba la silueta negra de un mersiano. También llevaba una pistola. Movía la cabeza hacia atrás y adelante tratando de ver en la oscuridad.

—Soy yo, idiota —murmuró Chee.

El nativo bajó la vista. Su cuerpo se estremeció.

—Eh... ay, ¿usted es de la nave estelar?

—No —replicó Chee—. Vengo a hacer una inspección de las cañerías...

Pasó por el lado de él para entrar en un corredor con paneles de madera.

—Si deseáis conservar vuestro secreto —agregó—, sugiero que cerréis el portal.

Así hizo el mersiano. Se detuvo un momento a contemplarla bajo el resplandor de una lámpara incandescente.

—Creí... Creí que sería... diferente.

Hubo algunos terráqueos que ya visitaron este mundo, pero seguramente que vosotros no creéis que todas las razas del cosmos responden a esas especificaciones ridículas... Pero ahora tengo muy poco tiempo para perderlo en explicaciones tontas, de modo que llévame ante tu amo.

El mersiano obedeció. Vestía ropas ordinarias de calle: una túnica con cinturón y pantalones sueltos, aunque de corte muy preciso, y también ostentaba rayas azules y oro en la doble esvástica bordada en las mangas, lo cual indicaba que se trataba de una librea. ¿O era acaso un uniforme? La sospecha de Chee quedó confirmada cuando vio otros dos con atavíos similares, de pie frente a una puerta. La saludaron al dejarla pasar.

Era una habitación de características ducales. Habían instalado calefacción radiante, pero también había fuego en la chimenea. Chee no prestó mucha atención a los pesados cortinajes y los pilares tallados. Dirigió la mirada a los dos que la esperaban.

Uno era de cuerpo atlético, la cara con una cicatriz y la punta de la cola muy inquieta. Llevaba un manto oro y azul y una lanza corta de ceremonias. Al verla contuvo el aliento. La cintiana resolvió ser cortés.

—Soy Chee Lun y vengo de la expedición interestelar en respuesta a tu amable invitación.

—*Craich*.

El aristócrata recobró la compostura y se llevó el dedo al ceño.

—Se bienvenida, soy Dagla, me llaman el de la Ira Rápida, la mano de Vach Hallen. Este es mi camarada: Olgor hu Freilyn, su rango, maestro de guerra de la República de Lafdigu. Se encuentra en Ardaig como agente de su país.

Este ser tenía edad mediana, rollizo y de piel más oscura, con facciones más achatadas de lo común en la costa del Océano Dilatado. También su atavío era extranjero —una especie de toga con hilos metálicos tejidos en tela púrpura. Era suave para hablar, imperturbable, sin la brusquedad característica de estos parajes—. Cruzó los brazos —¿gesto de saludo?— y dijo en un eriau con cierto acento:

—Es grande el honor. Desde que los últimos visitantes de tu alta civilización se confinaron mayormente en esta región, tal vez no tengas conocimiento de la mía. Puedo informarte por lo tanto que Lafdigu se extiende en el hemisferio austral y ocupa una buena parte de este continente. En aquellos tiempos no estábamos

industrializados, pero ahora, esa situación ha cambiado, creemos.

—No, maestro de guerra, ten por seguro que nuestra gente ha escuchado mucho sobre la venerable cultura Lafdigu y lamentaron no haber tenido más tiempo para aprender algo más de vosotros.

Cuanto más grande era la mentira que decía, más tacto ponía Chee. Interiormente gruñó: *¡Oh, no! Como si no tuviéramos bastantes problemas para que haya también política internacional.*

Apareció un sirviente con un botellón y copas de cristal tallado.

—Confío en que tu raza, como la terráquea, pueda participar de los refrescos de Merseia —dijo Dagla.

—Por cierto que sí, encantada —replicó Chee—. Es preciso que aquellos que viajan juntos usen las mismas cosas. Agradezco a Mano.

—Pero no esperábamos un... invitado de tu tamaño —dijo Olgor—. ¿Tal vez fuera mejor un vaso más pequeño? El vino es fuerte...

—Es excelente —dijo Chee, que subió a una mesa baja, se sentó en cuclillas y tomó la copa con ambas manos—. Según la costumbre galáctica, brindamos a la salud de nuestros amigos. A la tuya, entonces.

Bebió un largo sorbo. Muchas veces había encontrado ventajoso ocultar el hecho de que el alcohol no afectaba al cerebro de los cintios.

Dagla le sirvió una cantidad mayor, dio una vuelta por la habitación y gruñó:

—Basta de formalidades. Con tu permiso, maestra de la nave —dijo, y se quitó el manto.

—¿Ama? —dijo Chee, tragando; su sociedad tenía esa actitud de cocina, iglesia y niños para las mujeres—. Nosotros... Tenemos importantes asuntos que discutir.

—La Mano es demasiado brusca con nuestra invitada —opinó Olgor, un poco en broma.

—No, el tiempo es corto —dijo Chee—, y se ve que el asunto es de gran peso, ya que ha llegado a extremos de sobornar a un sirviente en plena fortaleza de Morruco.

—Planté allí a Wedhi hace ocho años —sonrió Dagla—. Es una buena voz-tubo.

—Sin duda la Mano de Vach Hallen tiene absoluta seguridad en todos sus servidores, ¿no es así? —susurró Chee.

Dagla frunció el ceño. Los labios de Olgor temblaron levemente.

—Hay que correr riesgos —dijo Dagla con un gesto cortante—. Todo lo que sabemos es lo escuchado a través de vuestra primera comunicación de radio, que decía muy poco. Morruco no tardó en aislarnos. Evidentemente confía en no hacernos oír más de lo que él desea de la verdad... ¡usaros! En esta casa podemos hablar con franqueza.

Tan francamente como dos ladrones —pensó Chee.

—Escucho con atención —dijo.

Poco a poco entre Dagla y Olgor reconstruyeron la historia. Al menos todo lo que dijeron parecía razonable. Cuando llegó el equipo de Relevamiento, la cultura del

Océano Dilatado estaba al borde de la era de la máquina. Se había inventado el método científico. Existía una astronomía heliocéntrica, una física post-newtoniana y pre-maxwelliana, una química en sus albores, una taxonomía bien desarrollada y alguna especulación concerniente a la evolución. Las máquinas a vapor ya arrastraban los primeros ferrocarriles. Pero entre los Vachs, el poder político se hallaba fragmentado. Cada uno de los Manos patrocinaba a distintos grupos: los científicos, los técnicos, los educadores...

Los visitantes del espacio tenían demasiado sentido de la responsabilidad para transmitir información práctica de importancia. De todos modos, no habría servido de mucho. ¿Como es posible hacer transistores, por ejemplo, sin haber refinado antes semimetales ultrapuros? Pero los humanos habían dado a la ciencia un gran empuje teórico y experimental, por lo que decían, especialmente por el simple e importante hecho de su presencia.

Y entonces se fueron.

Un pueblo orgulloso y valiente se encontró con que le restregaban su propia insignificancia contra las narices. Chee imaginó que allí estaban las causas de una gran intranquilidad social que sobrevino. Y seguramente un motivo más fuerte que la curiosidad o el provecho empezó a impulsar a los científicos: el deseo, la necesidad de ponerse al día, de hacer entrar a Merseia en la escena galáctica de un salto.

Los Vachs habían sabido nadar con la corriente. Poco a poco olvidaron sus querellas, formaron una federación libre, encararon los problemas con suficiente sabiduría para que no surgiera nada que los despojara de sus privilegios. Pero las rivalidades no desaparecieron; los propósitos opuestos persistieron y con frecuencia se observó un espíritu reaccionario, un querer volver atrás, a los viejos tiempos en que los jóvenes respetaban a Dios y a sus mayores.

Entretanto la modernización se extendió sobre el planeta. Un país que no sabía mantenerse en paz no tardaría en encontrarse bajo dominación extranjera. El éxito mayor lo obtuvo Lafdigu. Chee tenía la impresión de que en esos momentos la república era una tiranía en al que dominaban las botas de gruesos clavos. Las ambiciones imperiales de aquel estaban en conflicto con las de los Vachs. Y aunque hasta el momento se había evitado la guerra nuclear en la superficie, de tiempo en tiempo estallaban batallas en el espacio, horribles e indefinitorias.

—De manera que aquí estamos —dijo Dagla—; la más grande, la más poderosa en este reino del Vach Dathyr tiene la voz cantante. Pero hay otros que hacen presión: Hallen, Ynvory, Rueth, sí, hasta Urdiolch sin tierra. Ya puedes ver lo que sucedería si cualquiera de ellos obtuviera vuestros servicios con carácter exclusivo.

Olgor asintió.

—Entre otras cosas —dijo—, Morruco Hacha-Larga pretende pasar por alto mi país, ignorarlo. Estamos en el hemisferio sur, y allí sentiremos más que en ningún

otro lado la explosión de la supernova. Si no somos protegidos, desapareceremos de esta ecuación.

—En verdad, Ama de la Nave —agregó Dagla—, no creo que Morruco quiera vuestra ayuda. *Craich* sí, posiblemente el mínimo para prevenir el derrumbe total. Hace tiempo que vocifera contra el mundo moderno y sus costumbres. No creo que vaya a lamentar mucho ver la civilización industrial tan reducida y de regreso a un feudalismo a ultranza.

—¿Como nos impedirá hacer nuestra tarea? —preguntó Chee—. No creo que sea tan tonto como para matarnos, ya que otros ocuparían nuestro lugar.

—Hará su apuesta a medida que las monedas vayan cayendo —dijo Dagla—; por lo menos tratará de mantener su posición; que vosotros trabajéis con la mediación de él y obtengáis la mayor parte de vuestra información de sus fuentes. Él lo usará para aumentar su poder a expensa de todas las demás partes.

—Aún aquí, en Lafdigu, habríamos podido preverlo cuando tuvimos la primera noticia de vuestra llegada —dijo Olgor—. El Colegio Estratégico me envió aquí para hacer las alianzas que pueda conseguir. Hay varios países a los que no molestaría que el mío continúe como una fuerza en el mundo al precio de nuestra ayuda, para disminuir a sus vecinos más cercanos.

—Me parece que hacéis demasiadas suposiciones con respecto a nosotros, y con escaso conocimiento —dijo Chee lentamente.

—Ama de la Nave —dijo Olgor—, la civilizada Merseia ha tenido dos siglos para estudiar cada palabra, imagen y leyenda de vuestro pueblo. Algunos creen que estáis emparentados con los dioses o los demonios; sí, varios cultos han florecido ante la expectativa de vuestro retorno, y no me aventuro a imaginar lo que harán ahora que habéis venido. Pero hubo también cabezas más frías, y aquella expedición fue honesta en lo que dijo, ¿no es así?

»Por lo tanto, el postulado más razonable es que ninguna de las razas que viajan entre las estrellas tienen poderes mentales que nosotros no poseamos. Simplemente, sucede que tienen historias más largas. Y cuando llegamos a saber cuántas estrellas hay, comprendimos cuán debilmente extendida debe estar vuestra civilización entre ellas. Con relación a vuestra economía, no necesitaréis esforzaros mucho con nosotros. No podéis. Tenéis demasiado que hacer. Tampoco tenéis tiempo de aprender todo lo necesario con respecto a Merseia y decidir en todo detalle lo que tendréis que hacer. En menos de tres años la supernova se encenderá en nuestros cielos. Tendréis que cooperar con las autoridades que encontréis y aceptar sus palabras en cuanto a las cosas cruciales que es preciso salvar y las otras que deben ser abandonadas. ¿No es esto verdad?

—Tenéis razón hasta cierto punto —contestó Chee midiendo sus palabras.

—Morruco lo sabe —dijo Dagla—, y hará uso de ese conocimiento de la mejor manera —se proyectó sobre ella inclinándose hacia adelante—; por nuestra parte, no podemos tolerarlo. Preferimos que el mundo quede en ruinas para que debamos

reconstruirlo, que la Vach Dathyr conquiste lo que forjaron nuestros antepasados. Ningún esfuerzo de carácter planetario puede tener éxito sin la ayuda de una mayoría. A menos que tengamos votos en las decisiones que se tomen, estamos dispuestos a luchar.

—Mano, Mano —reprochó Olgor.

—No, no es ofensa hacia para mí —dijo Chee—. Al contrario, doy las gracias por tan claro aviso. Como entenderéis no tenemos mala voluntad hacia nadie de Mersia y no tomaremos partido (... *en vuestras mezquinas escaramuzas*). Si habéis preparado un documento que declare vuestra posición, gustosamente lo someteremos a nuestra reflexión.

Olgor abrió un cofrecito y sacó un fajo de papeles atado con algo parecido a piel de serpiente.

—Esto fue escrito con prisa —dijo disculpándose—. En otro momento nos gustaría daros un informe más completo.

—Servirá por esta vez —dijo Chee.

Se preguntó si debía permanecer allí un poco más, sin duda podía enterarse de otras cosas, ¡pero cuanta propaganda debería filtrar de todo lo que había oído! Además, había sido todo lo diplomática que cabía esperar de ella. ¿O no? Les dijo que podían llamar directamente a la nave. Si Morruco trataba de interferir en sus comunicaciones, ella a su vez produciría interferencias en las de él.

Olgor pareció sorprendido, y Dagla tuvo objeciones en cuanto a comunicaciones que pudieran ser escuchadas en un receptor. Chee suspiró.

—Bueno, invitadnos entonces aquí para una conversación privada —dijo—. ¿Morruco os atacará por eso?

—No..., supongo que no. Pero podrá hacerse alguna idea de lo que sabemos y lo que estamos haciendo.

—Mi creencia era que la Mano de Vach Hallen no deseaba más que el fin de estas intrigas y egoísmos —dijo Chee en su más suave tono de voz—, una apertura para que los mersianos puedan luchar juntos por el bienestar común.

Jamás Chee había abrigado idea tan tonta, pero Dagla no admitiría que su principal preocupación fuera poner a todos su parientes por encima de los demás. Había hecho bastantes aspavientos sobre un transmisor que no podía ser detectado por ningún equipo mersiano. ¿Contarían las galaxias con uno así? Muy probablemente, pero ella no iba a transmitir información de esa importancia. Expresó su contrariedad; no habían traído nada semejante, lamentablemente; *buenas noches Mano, buenas noches Maestro de Guerra*.

El mismo guardia que la había hecho entrar la acompañó hasta la puerta principal. Se preguntó por qué no la habrían acompañado sus anfitriones. ¿Precaución simplemente, u otro tipo de costumbres? En fin, que importa. Hay que volver a la

nave. Caminó por la calle helada buscando un callejón donde su partida pasara inadvertida. Era posible que alguien quisiera apretar el gatillo.

Se abrió una entrada entre dos puertas y ella se zambulló en la oscuridad. Sintió que un cuerpo le caía encima, que unos brazos la sujetaban con fuerza y la inmovilizaban. Gritó. Por breves instantes se encendió una luz, y arrojaron un saco sobre su cabeza. Inspiró un olor dulce y pungente, y sintió que perdía el sentido.

Adzel aún no tenía ninguna certidumbre de que era lo que le estaba pasando o de cómo había empezado. Se había ocupado de sus propios asuntos y repentinamente se encontró con que era el principal predicador de una asamblea religiosa. Si es que se trataba de eso...

—Mis amigos —dijo, después de carraspear un poco.

Un rugido llenó el ámbito del salón. Caras y caras y más caras miraban hacia la tribuna ocupada por sus cuatro metros y medio de largo. Habría por lo menos mil mersianos presentes: clientes, gente del pueblo, proletarios mal vestidos en su mayoría. Había muchas mujeres, pues las clases bajas no discriminaban los sexos con tanta rigidez como las altas. El aire estaba espeso y fuerte, impregnado con los olores de todos. La construcción de salón era sencilla, pues estaban en la parte nueva de Ardaig. Pero sus medidas fuera de lo común, los tonos contrastantes de los paneles, los símbolos pintados en escarlata sobre las paredes recordaron a Adzel que se hallaban en un planeta extraño.

Aprovechó la interrupción para levantar el transmisor que colgaba de su cuello, y acercándose a la tropa murmuró en tono quejoso:

—David, ¿que puedo decirles?

—Se benevolente y evasivo —aconsejó la voz de Falkayn—. No creo que a mi anfitrión le guste mucho esto.

El wodenita miró hacia la entrada por encima de la multitud fervorosa. En la puerta había tres guardias de Morruco vigilantes.

No temía ningún ataque físico. Además de tener a la nave como respaldo, era demasiado formidable: un centauroide que pesa una tonelada, provisto de una reluciente armadura natural verde arriba y oro abajo, y su espinazo más amenazantemente erizado que el de cualquier mersiano le daban un aspecto imponente. Sus oídos no eran de suave cartílago sino de hueso, y de igual manera estaban protegidos sus ojos; su cara semejante a la de un cocodrilo dejaba al descubierto al abrirse una impresionante fila de colmillos. Por eso había sido el miembro más indicado del grupo para salir hoy por la ciudad a recoger impresiones. Los argumentos en contra de Morruco habían sido contestados cortésmente.

—No abrigues temores, Mano —dijo sinceramente Falkayn—. Adzel nunca ha provocado perturbaciones. Es budista, amante de la paz y tolerante con la conducta de los demás.

Y por esa razón, pensó que no había sido capaz de rechazar la porfía de la multitud; que finalmente lo puso en un aprieto.

—¿Tienes alguna noticia de Chee? —preguntó.

—Nada todavía —dijo Falkayn—. Muddlehead está a cargo de la nave, por supuesto. Me imagino que mañana se pondrá en contacto con nosotros. Ahora deja de interrumpirme. Estoy en medio de un banquete oficial interminable.

Adzel levantó los brazos para pedir silencio, pero aquí ese gesto era para alentar más los gritos. Cambió entonces de postura, e hizo resonar sus pezuñas sobre la plataforma mientras su cola tumbaba un candelabro de pie.

—¡Oh, lo siento! —exclamó.

Un mersiano de túnica roja llamado Grif, el jefe chiflado de esa organización (Creyentes de las Estrellas... ¿era así como se llamaban?) recogió lo que se había caído y trató de imponer silencio a la concurrencia.

Mis amigos —volvió a empezar Adzel—. Ehm... mis amigos. Aprecio profundamente el honor que se me hace al pedirme algunas palabras —trató de recordar los discursos políticos que había escuchado en sus tiempos de estudiante en la Tierra—. En la gran fraternidad de razas inteligentes en toda la amplitud del universo, por cierto que Merseia tiene una misión importante que cumplir.

¡Muéstranos...! ¡Muéstranos el camino! —chilló alguien del público—. ¡El camino, la verdad, el largo camino hacia el futuro!

—Ah, sí, con placer —Adzel se volvió hacia Gryf—. Pero tal vez tú, glorioso líder, me explicarás antes los principios de este... (¿Cual era la palabra que indicaba «club»? ¿O sería que tenía que decir «iglesia»?).

Lo que más necesitaba era información.

—¡Como...! La noble gesta galáctica —dijo Gryf, extasiado—. Sabes que somos aquellos que han sabido esperar, viviendo de acuerdo con los preceptos que impartieron los galácticos y esperando lealmente el regreso prometido. Somos el instrumento elegido para la liberación de todos los males de Merseia. ¡Úsanos!

La especialización profesional de Adzel era la planetología, pero su gran curiosidad le había llevado a estudiar también otros campos. Su mente divagaba a través de libros que había leído, sociedades que un día visitara... Sí, creía reconocer el modelo. Se trataba de cultistas que habían adjudicado una importancia casi trascendental a lo que en realidad había sido una momentánea parada casual. ¡Oh, la piedra en el loto...! ¡Que confusión se había originado!

Tenía que descubrir la salida.

—Eso está muy bien —dijo—; realmente muy bien. Bueno... ¿cuántos sois en total?

—Más de dos millones, Protector, en veinte naciones diferentes. Algunos muy elevados se encuentran entre nosotros; sí, el Heredero del Vach Isthyr. Pero la

mayoría viene de entre los virtuosos pobres. De haber sabido que hoy el Protector se adelantaría hacia nosotros... bueno, se habrían congregado con la mayor prontitud para oír tu mensaje.

A Adzel le había parecido que una concurrencia como ésa podía rebalsar el caldero. Mientras estuvo recorriendo las calles había observado bastante inquietud en Ardaig, y por lo poco que se sabía de los instintos básicos mersianos, por los psicólogos del Relevo, parecían pertenecer a una especie muy combativa. La histeria de masas podía ser algo feo y amenazador.

—¡No! —gritó el wodenita.

El volumen de la exclamación casi hizo saltar a Gryf de su estrado. Adzel logró moderar el tono.

—Será mejor que os quedéis en casa. Observar paciencia y calma en el cumplimiento de los deberes diarios, que son las mejores virtudes galácticas.

Atrévete a decirle eso a un mercader aventurero —pensó Adzel, controlándose.

—Mucho me temo que no hay ningún milagro que podamos ofrecer —concluyó.

Estuvo a punto de decir que el mensaje que traía era un mensaje de sangre, sudor y lágrimas. Pero no. Cuando se está tratando con gente cuyas reacciones son imprevisibles, noticias como ésa debían ser dadas con sumo cuidado. Precisamente por esa razón las primeras comunicaciones radiales de Falkayn habían sido cautas.

—Está claro —dijo Gryf, que no era tonto ni loco excepto en sus creencias—. Nosotros mismos debemos liberarnos de nuestros opresores. Dinos cómo empezar.

Adzel vio que las tropas de Morruco apretaban los rifles con firmeza. *¿Acaso se espera que empecemos alguna revolución?* —pensó con desesperanza—. *Pero si no podemos... No es nuestra misión. Nuestra misión consiste en salvar vuestras vidas y para ello no hemos de debilitar sino más bien reforzar la autoridad que tenga que colaborar con nosotros, y como consecuencia de la tecnología, cualquier revolución tardará en madurar... ¿Me atreveré a decirlo esta noche?*

Tal vez lograría tranquilizarlos con la pedantería, aunque sea porque así los aburriría hasta el cansancio...

—Entre aquellos descontentos que necesitan un gobierno —dijo Adzel—, el requisito fundamental para que él funcione bien es que sea legítimo. Y el problema básico de cualquier innovador político es cómo continuar, o de otra manera establecer nuevamente una base firme para esa legitimidad. Por eso es que recién llegados como yo no pueden...

Un ruido exterior lo interrumpió —más tarde habría de sentirse tentado de decir que lo salvó—. Crecía en intensidad y consistía en un canto ronco y el arrastrar de muchos pies sobre el pavimento. Las mujeres que había entre el público gemían. Los hombres fueron hacia la puerta refunfuñando. Gryf saltó de la plataforma hacia lo que Adzel reconoció como un telecomunicador, y puso en actividad la pantalla. En ella apareció la calle donde había una multitud armada. Por encima de todos y contra los

techos cubiertos de nieve y el cielo nocturno, se destacaba una bandera amarilla.

—¡Demonistas! —Gruñó Gryf—. Ya me lo temía.

Adzel se acercó a él.

—¿A quienes obedecen?

—Una secta de lunáticos. Piensan que los galácticos quieren, y han querido desde el principio, corrompernos hasta causar nuestra destrucción. Pero yo estoy preparado ya lo ves.

De los callejones y portones empezaron a salir grupos compactos de hombres corpulentos. Llevaban armas.

Un soldado de caballería lanzó algunas palabras junto al micrófono de un walkie-talkie. Seguramente pedía ayuda para aplacar el naciente tumulto. Adzel volvió al estrado y propagó por el salón ruegos para que todo el mundo permaneciera dentro, en su sitio.

Por la reverberación de su voz habría podido tener éxito, de no haber sido por otra razón: su propio receptor le trajo la voz de Falkayn.

—Ven aquí de inmediato, le han echado el guante a Chee.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Quién ha sido?

La barahúnda que lo rodeaba perdió toda importancia.

—No lo sé. Muddlehead acaba de advertirme. Había salido del lugar donde estaba. Muddlehead recibió un grito, ruidos de forcejeo y después, ningún sonido más de ella. Lo enviaré arriba para tratar de localizarla mediante onda aérea. La computadora dice que la fuente del sonido está en movimiento. Tú muévete de también de vuelta a Afon.

Adzel lo hizo. Se llevó por delante parte de la pared.

Koricj se elevó entre la niebla invernal que se tornaba dorada a su paso por las torres de la ciudad y sobre el río. Desde Eindh Hill se oía el retumbar de tambores. Las persianas de puertas y ventanas bajaron, los mercados empezaron a llenarse, de cientos de pequeños talleres empezó a salir ruido. Muy distante, pero más profundo y ominoso llegaba el zumbido del tránsito y la energía de los barrios nuevos, las sirenas de los barcos en la bahía, el silbido de los jets por las alturas y el rugir de cohetes mientras una aeronave salía del puerto espacial de la luna Seith.

Morruco Hacha-Larga apagó las luces de su cámara de confianza. El resplandor del alba se filtraba a través de vidrios, destacando las ojeras de los rostros.

—Estoy cansado, y hemos llegado a un punto muerto —dijo.

—Mano —dijo Falkayn—, será mejor que no sea así. Nos quedaremos aquí hasta que se llegue a alguna decisión.

Morruco y Dagla se miraron intensamente. Olgor no tenía expresión alguna. Ninguno de ellos estaba acostumbrado a ser tratado de esa manera. Falkayn devolvió la mirada de uno y otro y Adzel levantó la cabeza de donde estaba acurrucado en el

suelo. Los mersianos volvieron a sentarse sobre sus colas.

—Todo vuestro mundo parece estar en peligro, beneméritos —dijo Falkayn—. Mi pueblo no deseará gastar tiempo y fortuna, sí, y algunas vidas, si buscan un trato tan ingrato.

Recogió el arnés y el maletín que estaba sobre el escritorio de Morruco y los levantó. Guiados por Muddlehead, buscadores enviados desde esa mansión habían encontrado el aparato en una zanja fuera de la ciudad y lo habían traído hacía varias horas. Era evidente que los raptos de Chee sospecharon que se estaría transmitiendo alguna señal. Los objetos eran tristemente livianos.

—¿Qué más se puede decir? —arguyó Olgor. Cada uno de nosotros ha expresado la sospecha de que uno de los otros tramó el hecho para ganar una ventaja para sí. Ya sea uno de los Vachs, u otra nación pudo haberlo hecho. O los Demonistas, o los Creyentes de la Estrella, por alguna torcida razón. También los servicios secretos de Morruco pueden saber cuál es la situación.

—Pero —objeto Falkayn—, dudo que sean tan ingenuos como para pensar que...

—Ordenaré una investigación —prometió Morruco—; es posible hacer una encuesta directa. Pero los canales de comunicación con los amos Gethfennu son indirectos y por lo tanto, lentos.

—En todo caso —dijo Falkayn amenazadoramente—, Adzel y yo no estamos dispuestos a dejar a nuestra socia en el puño de criminales durante... años, después de lo cual serán capaces de cortarle la garganta.

—No sabéis si ellos la tienen —le recordó Olgor.

—Es cierto. Sin embargo, podemos merodear un poco por el espacio, hacia la colonia de ellos. Poco podemos hacer en Merseia, donde tenemos escaso conocimiento. Aquí, sois vosotros los que debéis buscar, beneméritos, y hacer que los demás os ayuden a buscar.

La orden pareció terminar con la escasa paciencia de Morruco, que preguntó:

—¿Creen ustedes que no tenemos nada mejor que hacer que andar a la caza de una criatura, nosotros, que dirigimos millones?

Falkayn también mostró su indignación.

—Si deseáis continuar de esta manera, será mejor encontrar a Chee que convertirla en vuestra principal preocupación.

—Calma, calma —dijo Olgor—. Estamos tan cansados que nos estamos transformando en aliados. Y eso no está bien —apoyó una mano en el hombro de Falkayn, a quién le dijo—: Galáctico, seguramente podrás entender que organizar una búsqueda a través de todo un sistema en un mundo tan diverso como el nuestro es una tarea mayor que su propio propósito. No pocos líderes de naciones, tribus, clanes, facciones no creerán la verdad si se la decimos. Tratar de probarla demandará de mucho tacto diplomático. Luego, hay que considerar que debe haber quienes estén interesados en maniobrar este asunto de tal manera que les dé una ventaja sobre nosotros. Y habrá quienes confíen en que os iréis para no volver. No me refiero

solamente a los demonistas...

—Si Chee no vuelve sana y salva —dijo Falkayn—, tal vez ellos logren sus deseos.

Olgor sonrió, pero sólo con los labios.

—Galáctico —dijo—, no nos empeñemos en un juego de palabras. Vuestros científicos están aquí para ganar conocimientos y prestigio; vuestros mercaderes por una ganancia. No permitiréis que un desgraciado incidente causados por unos pocos mersianos y que afecta sólo a uno de tus iguales..., no permitiréis que eso se interponga entre ellos y nuestros comunes objetivos, ¿verdad?

Falkayn miró directamente los ojos azabache. Pero fue el primero en bajar la vista. Sintió un poco de náusea. El maestro de guerra de Lafdigu había descubierto su bluff, y lo desafiaba.

Oh, sin duda alguna que estos que lo estaban confrontando organizarían una búsqueda. Aunque no fuera por otra cosa, estarían ansiosos por saber que organización tenía agentes infiltrados entre el personal y hasta qué punto. Sin duda, también otros mersianos cooperarían. Pero la investigación podía coordinarse mal, de forma indiferente. Y así no habría muchas posibilidades de éxito contra gente tan astuta como al que había raptado a Chee Lun.

A los tres que estaban aquí —que es como decir toda Merseia—, no les importaba un bledo de ella.

Se despertó en una celda.

Tenía menos de tres metros de largo, la mitad de ancho y lo mismo de altura: sin ventanas, sin puertas y desprovista de toda comodidad. Una mano de pintura no ocultaba la construcción básica, que consistía en grandes bloques. La insensibilidad a sus golpes de puño indicaban lo firme que eran. Había ménsulas atornilladas a las paredes para sostener equipo de diversa índole. Pese a su diseño, distinto del Técnico, Chee pudo reconocer una lámpara de reflejo, un renovador de aire termostático, una unidad para eliminar los desechos, un diván de aceleración, equipo espacial... ¡Por Cosmos!

Ningún sonido, ninguna vibración más que el débil girar del ventilador del renovador de aire. Las paredes estaban completamente desnudas. Después de un tiempo pareció que se habían acercado un poco. Espetó algunas obscenidades contra la pared.

Casi lloró de alivio cuando uno de los bloques se corrió hacia un costado y se asomó el rostro de un mersiano. Detrás había una plancha de metal pulido. Rumor sordo y prolongado, estruendo, órdenes resonantes a través de lo que debía ser el casco de una nave espacial desde lo que podía ser un puerto espacial afuera.

—¿Está bien? —preguntó el mersiano.

Parecía más severo que la mayoría, pero trataba de ser cortés. Llevaba una túnica

elegante con la insignia de su rango.

Chee reflexionó durante un momento si le saltaría encima y le arañaría los ojos y se lanzaría hacia la libertad. No, no era posible. Pero tampoco lo iba a abrazar...

—Bastante bien —replicó—, y os agradecería que tuvierais a bien dejar de lado pequeñeces como que vuestros vasallos me hayan golpeado y dormido con gases, aparte de que estoy sedienta y hambrienta... Creo que por este ultraje seré capaz de llamar a mis camaradas para que hagan volar vuestro apestado planeta contaminado.

El mersiano rió.

—Con ese ánimo es bien poco probable que esté enferma. Aquí tiene agua y comida —le dio algunos envases—. Pronto despegaremos para un viaje de algunos días. ¿Necesita algo?

—¿Hacia dónde nos dirigimos? ¿Quiénes sois? ¿Qué queréis decir...?

—Vaya, pequeña, No dejaré este agujero abierto mucho tiempo para que lo note algún boquiabierto. Dime ya qué es lo que quieres para hacer que lo busquen de inmediato en la ciudad.

Más tarde Chee se maldijo con un vocabulario más colorido del que habría empleado con Adzel. De haber especificado las cosas convenientemente, habrían podido darle alguna clave sobre sus socios. Pero su entendimiento estuvo nublado, la marearon los acontecimientos precipitados, y pidió automáticamente algunos libros y filmes que pudieran explicarle mejor la situación mersiana. También un texto de gramática, que agregó a último momento. Estaba cansada de hablar como personaje de algún drama de Shakespeare. El mersiano asintió y volvió a correr el bloque de cierre. Chee escuchó un débil click. Indudablemente se trataba de una cerradura de unión machihembrada manejada mediante una llave magnética.

Se sintió vivificada por las raciones. En poco tiempo Chee se sintió capaz de hacer ciertas deducciones...

Evidentemente estaba en el compartimento secreto construido en la pared de un refugio contra radiaciones. Las naves interplanetarias mersianas funcionaban mediante energía termonuclear iónica. Los que efectuaban aterrizajes —los ferries que atendían a grandes naves o aparatos especiales como en este caso— se instalaban en grandes silos y de allí salían, de manera que campos electromagnéticos podían soportar la explosión y neutralizarla antes de que envenenara las inmediaciones. Cada aeronave llevaba una casa de bloques para alojar pasajeros y a la tripulación, en caso de que fueran sorprendidos por alguna tormenta solar. La ingeniería, en su totalidad, era soberbia. Qué lástima que todo irá por la borda tan pronto como se disponga del impulso de gravedad y las pantalla de fuerza.

Unos pocos días, a un g mersiano... hmmm, eso significa un planeta adyacente. Chee no podía hacerse la idea de cual sería, pues no podía recordar la posición en ese momento. En el sistema Koricjan había mucho desplazamiento en el tránsito espacial, como lo habían demostrado los instrumentos cuando Apenas se acercó. A la distancia había observado parte de la flota en la pantalla magna; se trataba de embarcaciones

de carga de gran capacidad y unidades navales esbeltas.

Su apresador volvió con el material que ella había solicitado y le previno que se sujetara para el despegue. Se presentó jovialmente como Iriad el Viajero, a cargo de esta nave.

—¿Para quién trabajáis? —preguntó Chee.

Después de vacilar, él contestó encogiéndose de hombros.

—Para los Gethfennu.

El bloque volvió a correrse para dejarla encerrada.

El despegue no se pareció en nada al suave flotar hacia arriba de cualquier nave galáctica. La fuerza de aceleración aplastó a Chee contra la cama y le oprimió el pecho. El trueno retumbó a través de la casa de bloques. Los minutos parecieron eternos hasta que la presión disminuyó y la nave emprendió un curso suave.

Después de eso, durante un tiempo interminable Chee no tuvo otra cosa que estudiar. Los oficiales le traían sus raciones de alimentos. Los hombres eran un grupo muy mezclado, de distintas partes de Merseia; algunos no hablaban eriau, pero nadie tenía mucho que decirle. Por un momento pensó en manipular su aparato salvavidas para convertirlo en un arma, pero sin herramientas adecuadas el proyecto estaba condenado al fracaso. Para divertirse pensó en las cosas que le gustaría hacer a Iriad, llegado el momento. Sus compañeros se habrían horrorizado.

Una vez le dijo su estómago —el único reloj de que disponía— que se había pasado la hora de la comida. Cuando al fin se abrió la celda se abalanzó furiosa dejando escapar una andanada de insultos. Iriad había dado un paso atrás y levantado la pistola. Chee se detuvo y dijo:

—Y bien, ¿qué ha pasado? ¿Acaso mi bazofia no estaba bastante mohosa?

Iriad pareció aturdido.

—Fuimos abordados —dijo lentamente.

—¿Como ha sido? La aceleración no varió...

—Por... Por su gente. Se pusieron a la par con nosotros coincidiendo con nuestro vector tan fácilmente como un corredor puede pasar junto a otro. Yo no sabía que razones tenían, de modo que... el que vino a bordo era un dragón.

Chee golpeó con los puños contra la pared del refugio. ¡Oh, no! ¡Imposible! Adzel había estado a pocos metros de ella sin sospechar... ¡Ese grandote y feo cabeza vacía!

Iriad se irguió, había recuperado su confianza en sí mismo.

—Pero Hagan me previno que podía pasar. Sabemos algo de contrabando. Y ustedes, galácticos, no son dioses después de todo.

—¿A donde fueron?

—Lejos a inspeccionar otras naves. Que lo hagan.

—¿Piensan seriamente tenerme escondida mucho tiempo?

—Ronruad está llena de recovecos.

Iriad le dio el almuerzo, recogió los envases vacíos y se fue.

Después de varias comidas más volvió para supervisar la transferencia de la celda a un almacén de embalaje. Chee obedeció sus instrucciones amenazada por revólveres. La ataron contra almohadillas rellenas junto a una unidad de aire y la dejaron en la oscuridad. Siguió varias horas de maniobras, aterrizajes, espera, para ser descargada y enviada por camión a destino.

Por fin abrieron la caja. Chee salió lentamente. El peso era menor que la mitad de un g normal, pero tenía los músculos entumecidos. Entre dos trabajadores se llevaron la caja. Pero junto a ella quedaron algunos guardias acompañados de un mersiano que dijo ser médico. Por la revisión detallada y concienzuda que le hizo comprobó que era cierto. Le aconsejó descansar un poco y la dejaron sola.

Le dieron una suite interna pero muy lujosa. Le trajeron excelente comida. Se arrellanó en la cama y se indujo a dormir.

A su debido tiempo la llevaron por un largo corredor con paneles, por una rampa en espiral para presentarla a aquél que había ordenado su captura.

Estaba acucillado tras un escritorio de madera oscura y pulida que parecía tener una hectárea de extensión. La habitación estaba alfombrada con espesa piel blanca que apagaba las pisadas. Relucían los cuadros, se oía el susurro de la música y el incienso endulzaba el aire. Por las ventanas se podía apreciar la vista exterior, esa parte del vedado sobretierra proyectado. Chee vio las arenas rojizas, raros arbustos salvajes, y una tormenta de polvo que atravesaba una escuálida hilera de colinas coronadas con cristales de hielo. Koricj se elevaba cerca del horizonte, encogido pero orgulloso a través de la tenue atmósfera. En el cielo púrpura también brillaban algunas estrellas. Chee reconoció a Valendaray y tembló un poco; se la veía tan brillante y firme y sin embargo, en ese mismo momento la muerte cabalgaba desde allí en alas de la luz.

—Saludos, galáctica —el eriau tenía un acento distinto del de Olgor—. Soy Hagan Eluatz. Según lo que creo tu nombre es Chee Lun...

Ella irguió la espalda, enrrolló la cola y escupió. Pero se sentía completamente indefensa. El mersiano era enorme y su panza abultada empujaba hacia adelante la túnica bordada. No era de la raza del océano dilatado; tenía la piel negra lustrosa y abundantemente escamada, los ojos almendrados y la nariz parecida a una cimitarra.

Hizo un gesto con una mano brillante de anillos. Los guardianes de Chee chocaron las colas contra los tobillos y se fueron. Al salir la puerta se cerró. Pero sobre el escritorio de Hagan, al lado del intercomunicador, había una pistola.

Sonrió al hablarle.

—No temas. No te espera ningún daño. Lamentamos las afrentas que has sufrido y trataremos de reparar los perjuicios. Pero actuamos obligados por la necesidad.

—¿La necesidad de suicidio? —replicó Chee.

—De supervivencia. ¿Por qué no te pones cómoda en aquel diván? Tenemos

mucho de que hablar y puedes pedir el refresco que prefieras. ¿Un poco de vino de artfuesa, quizá?

Chee hizo un gesto negativo con la cabeza pero saltó al asiento.

—A ver cómo explicas tu conducta abominable —dijo.

—Encantado —respondió Hagan cambiando de posición sobre su cola—. Tal vez no sepas que es el Gethfennu. Vino a la existencia después que partieran las primeras galácticas. Pero en estos momentos...

Continuó hablando un buen rato. Cuando mencionó un sindicato que se extendía por todo el sistema, que controlaba millones de vidas e inmensas riquezas, tan fuerte como para construir su propia ciudad en este planeta y con la astucia necesaria para dividir a sus enemigos de manera que ninguno se atreviera a atacar la colonia... No mentía del todo. Chee había visto confirmarse todo lo que decía.

—¿Ahora estamos en esa ciudad? —preguntó.

—No. En otro lugar de Ronruad. Pero es mejor que no especifique. Soy un admirador de tu inteligencia.

—No me sucede lo mismo con la tuya.

—¿Craich? Creo que te equivocas. Hemos procedido con mucha seguridad y con muy poco tiempo de anticipación. Naturalmente, una organización como la nuestra tiene que estar siempre preparada para cualquier cosa. Y desde tu llegada hemos montado una alerta especial —la mirada de Hagan se perdió en el punto blanco de Valenderay, donde se detuvo—. Lo poco que hemos aprendido... La estrella... está a punto de explotar, ¿no es cierto?

—Sí, vuestra civilización será barrida, a menos que...

—Lo sé, lo sé. Tenemos científicos a nuestro servicio —dijo Hagan inclinándose hacia adelante—. Los diversos gobiernos de Merseia consideran ésta como su oportunidad en un milenio para librarse de los pendencieros gethfennu. Sólo con negársenos ayuda para salvar nuestra colonia, nuestros embarques, las propiedades en el planeta madre y en todas partes estaríamos liquidados. Creo que ustedes, galácticos, están de acuerdo con esto. Desde que todo no puede ser protegido a tiempo, ¿por qué no incluirnos a nosotros en aquello que debe ser abandonado? Supongo que ustedes abogan por cierta clase de orden y legalidad...

Chee asintió. Sus ojos esmeralda centellearon en el antifaz de piel oscura. Hagan había tenido la astucia suficiente para acertar. A la Liga no le interesaba con quién había que tratar, pero a los ciudadanos acaudalados que debían financiar con los impuestos las operaciones de rescate sí les interesaba.

—¿De manera que para conquistar nuestra amistad, me toman a la fuerza? —Se mofó ella desganadamente.

—¿Qué teníamos que perder? Habríamos podido conferenciar con ustedes, presentando nuestra causa. ¿Que bien nos habría causado?

—Suponed que mis socios recomendaran que no demos ninguna ayuda a vuestra raza coprófaga.

—Eso sería el derrumbe —dijo Hagan con escalofriante calma—, y los gethfennu tienen mayores posibilidades que cualquier otra organización en mejorar su posición relativa. Pero dudo mucho que se haga tal recomendación, o en caso de hacerse, que vuestros superiores la siguieran. De manera que necesitamos una moneda para comprar asistencia técnica: tú.

Las patillas de Chee se aflojaron en una especie de sonrisa.

—No soy un rehén muy importante...

—Probablemente no —acordó Hagan—, pero es una fuente de información.

La piel de la cintiana se erizó alarmada.

—¿Alentáis alguna demente idea de que puedo decirles cómo hacer todo ustedes mismos? Ni siquiera soy ingeniero.

—Entiendo. Pero seguramente sabe cuál es la situación en su civilización. Sabe aquello que los ingenieros pueden o no pueden hacer. Lo que es más importante, conoce los planetas, las diferentes razas y las culturas que los habitan, las costumbres, las leyes, las necesidades... Nos pueden decir qué podemos esperar. Nos puede ayudar a obtener naves interestelares, atracarlas según su consejo puede resultar exitoso, sobre todo por lo inesperado, enseñarnos a pilotarlas y ponernos en contacto con alguien que, por una paga, esté dispuesto a ayudarnos.

—Si por un momento suponéis que la Liga Polisotécnica tolerará...

—Tal vez no, tal vez sí —los dientes relumbraron en la cara de Hagan—. Al haber tantas estrellas, es casi inconcebible la diversidad de pueblos e intereses. Los gethfennu tienen condiciones especiales para provocar la competencia entre los demás. En este caso en particular, la información que tú puedas darnos nos dirá cómo lo hacen. En realidad no puedo imaginarme a tu Liga, sea como sea, luchando en una guerra, en un momento en que todos los recursos deben dedicarse a salvar a Merseia, para impedir que se nos rescate a nosotros...

Separó las manos.

—Posiblemente encontremos un método distinto —concluyó—; depende de lo que tú nos digas o sugieras.

—¿Como saben que pueden confiar en mí?

—Juzgamos el suelo por la cosecha que produce —contestó Hagan con determinación férrea—. Si fracasamos, si vemos que los gethfennu están condenados, podemos hacer cumplir nuestra política para con los traidores. ¿Quieres visitar nuestras instalaciones para castigos? Son bastante importantes. Aunque perteneces a una especie nueva, confío en que podremos mantenerte viva y consciente durante varios días.

Por un rato predominó el silencio en la habitación. Koricj se deslizó bajo el horizonte. De inmediato el cielo se puso negro, salpicado de legiones de estrellas, hermosas e indiferentes.

Hagan encendió una luz para apartar aquella visión tan inmensa.

—Sin embargo, si nos salvas —dijo—, quedarás en libertad con una buena

recompensa.

—Pero... ¿Me tendréis prisionera hasta entonces? —preguntó Chee. La estremeció la posibilidad de los años estériles que le esperaban y la traición de amigos, el desprecio si alguna vez retornaba, después de una vida de exilio.

—Naturalmente.

Ningún resultado. Ni el fantasma de un indicio. Ella había desaparecido en un vacío menos sondeable que los espacios dilatados en torno a la nave.

Tanto Falkayn como Adzel lo habían intentado, hasta entraron en la misma Luridor, la pecaminosa ciudad de Ronruad, mientras la nave permanecía en lo alto y mostraba con sus cañones capaces de emitir el rayo que funde la roca, el poder que amenaza al mundo. Habían pillado, amenazado, acudieron al soborno, al ruego. A veces encontraron el terror, otras el orgullo innato de los señores mersianos. Pero nunca, en ningún lugar nadie les supo sugerir siquiera que sabía quién tenía a Chee ni dónde.

Falkayn pasó la mano por sus rizos rubios despeinados. Sus ojos inyectados de sangre sobresalían del semblante demacrado.

—Sigo creyendo que debimos de haber traído a bordo aquel jefe de casino para darle una buena paliza.

—No —dijo Adzel—. Aparte de la cuestión moral, estoy seguro que el que tiene alguna información estará bien escondido. Es una precaución elemental. Ni siquiera estamos seguros de que el régimen ilegal sea responsable.

—Sí, podría ser Morruco, Dagla, Olgor o colegas de ellos que actúan sin su consentimiento, o cualquiera de los tantos gobiernos, o alguna banda de fanáticos o... ¡Judas!

Falkayn miró la pantalla de visión trasera. La media luna rojiza de Ronruad se perdía suavemente entre las constelaciones a medida que la nave avanzaba aceleradamente hacia Merseia. Era un planeta enano, una piedra ocre que no causaría ni una leve ondulación si cayera en uno de los gigantes de gas. Pero el más insignificante de los planetas es un mundo, después de todo: montañas, llanuras, valles, arroyos, cuevas, aguas, millones de kilómetros cuadrados demasiados vastos y variados para ser concebidos por mente alguna. Y estaba Merseia, que era aún más grande, así como otros, y lunas y asteroides y el espacio mismo.

Lo único que necesitaban los raptos de Chee —seguía pensando Falkayn—, es transportarla de un lado a otro de vez en cuando y las posibilidades de una flotilla de detectives que logre encontrarla se pierden en el infinito. Los mersianos por sí deben tener alguna noción de dónde buscar, que hacer, en quién hacer presión... No conocemos todas las entradas y salidas posibles —vaciló por centésima vez—. Nadie perteneciente a nuestra cultura lo lograría jamás. ¡Cinco billones de años de existencia planetaria para ponerse al día...! Tenemos que mantener ocupados a los

mersianos; muy ocupados.

—Ellos tienen su propio trabajo por hacer —dijo Adzel.

Falkayn se explayó agriamente sobre el valor de aquel trabajo.

—¿Y qué pasa con esos entusiastas? —preguntó cuando e hubo calmado un poco—. La organización con la que estuviste hablando...

—Sí, los Creyentes de la Estrella podrían ser fieles aliados —dijo Adzel—, pero casi todos son muy pobres y poco realistas. No creo que sean de mucha ayuda. En realidad temo que complicarían nuestro problema empezando una batalla campal con los demonistas.

—¿Te refieres a los antigalácticos? —Falkayn se frotó el mentón. La barba crecida hizo un ruido de aspereza en el suave murmullo incesante que imperaba en la cabina. Inhaló el agrio olor de su propio cansancio.

—Tal vez hicieron eso.

—Lo dudo, aunque habría que investigarlos, por supuesto (y no es pequeña tarea). Pero no me parece que estén suficientemente bien organizados.

—¡Maldición! Si no la tenemos de vuelta voy a tratar de que toda esta raza hierva...

—No tendrás éxito, y en todo caso sería injusto dejar que millones mueran por el crimen de unos pocos.

—Esos millones bien podrían buscar el rastro de unos pocos. Todo es posible; en algún lugar tiene que haber un indicio. Si siguiéramos a cada uno de ellos...

El panel detector parpadeó. Muddlehead hizo un anuncio: «Se observa nave. Transporte químico, creo, del sistema exterior. Alcance...».

—¡Ojalá te seques! —exclamó Falkayn—. Desaparece.

—No estoy equipada para...

Falkayn cerró el botón de la voz. Quedó un rato sentado, mirando las estrellas. La pipa se apagó sin que lo advirtieran.

—¡Pobre pequeña Chee! —susurró al fin Falkayn—. ¡Ir a morir tan lejos!

—Es probable que esté viva —dijo Adzel.

—Eso espero. Pero estaba acostumbrada a volar entre los árboles de una selva sin fin. El encierro terminará por matarla.

—O por alterar su mente. ¡Se enfurece con tanta facilidad...! Cuando el enojo no encuentra un objeto se nutre de sí mismo.

—Y bien..., tú siempre reñías con ella.

—No significaba nada. Después me preparaba una comida especial. Una vez que estuve admirando un cuadro que había pintado me lo puso en las manos casi por la fuerza, diciendo: «Llévate esta tontería entonces», como un cachorro demasiado tímido para decirte que te ama.

—Ajá...

De pronto saltó el botón de cierre del receptor: «Es necesario ajustar el curso —advirtió Muddlehead— a fin de evitar peligrosa proximidad con transporte de

minerales».

—Bien, hazlo —dijo Falkayn con voz ronca—. Destrucción. Pero tienen mucho tráfico espacial.

—Bien, estamos en el plano elíptico y aún cerca de Ronruad —dijo Adzel—. No es una gran coincidencia.

Falkayn se apretó las manos.

—Suponte que bombardeamos el territorio —dijo con una fría y extraña voz—. No es necesario matar a nadie. Quemaríamos solamente algunas instalaciones caras y los amenazaríamos con seguir si no salen de la cueva y empiezan a buscarla de verdad.

—No. Tenemos considerable albedrío, pero no tanto.

—Después podríamos argumentar con la junta de investigación.

—Un hecho semejante produciría confusión y antagonismos y debilitaría las bases del esfuerzo de rescate. Hasta podría acarrear como consecuencia que llegue a ser imposible rescatarla. Ya has observado cuán importante es el orgullo en las culturas mersianas predominantes. Un intento de intimidación, sin una fórmula posible para salvar el honor, los impulsaría a rechazar toda asistencia galáctica. Seríamos personalmente responsables de un acto criminal. No puedo permitirlo David.

—De modo que no podemos hacer nada para...

Las palabras de Falkayn se cortaron con un fuerte golpe de puño contra el brazo de su asiento de piloto. Se puso de pie. Adzel también se levantó. Había en él una tremenda tensión. Conocía bastante bien a su socio.

La esfera de Merseia flotaba inmensa mostrando sus océanos brillantes, adornada con nubes y continentes, orlada con el alba y el crepúsculo y el profundo zafiro de su cielo, coronada con la diadema de sus cuatro lunas. El plumaje de luz zodiacal de Koricj se había encendido.

El crucero espacial *Yonuar*, de la Flota Unida de los Grandes Vachs se cernía cerca de la órbita polar. Hacía su recorrido oficial para ayudar a naves civiles en desgracia. Pero en realidad estaba allí para vigilar al *Wonder*, nave de guerra de Lafdigu, la Alianza Mersiana..., de quienes sus amos desconfiaban. Y también sobre los galácticos recién llegados, si volvían por allí. Sólo el Dios sabía cuales eran sus intenciones. Había que andar con cuidado y tener las armas a mano.

El capitán Tryntaf Fangry-Tamer, que se hallaba en el puente de comando, miró el simulado barco-tanque y trató de imaginar qué se ocultaba en aquella miríada de soles. Había crecido con el conocimiento de que otros volaban libremente entre ellos mientras que su pueblo estaba atado a un solo sistema; esa certeza despertaba su odio. Ahora se encontraban nuevamente aquí... ¿Por qué? Había demasiados rumores en el ambiente, la mayoría de ellos se centraba en esa chispa amenazante llamada

Valenderay.

Ayuda. Colaboración. ¿Acaso el Vach de Irthyr se convertiría en mero cliente de algún grotesco mundo exterior?

Vibró una señal. El intercomunicador dijo: «De radar central a capitán. Detectado objeto en sendero de intercepción». Las cifras que dio eran increíbles. Con seguridad no se trataba de ningún meteorioide, pese a la falta de emisión de chorros. ¡Por lo tanto tenían que ser los galácticos! La túnica de Tryntaf pareció estrecha cuando el capitán se inclinó hacia adelante para impartir órdenes. Alerta a todas las estaciones de batalla; prudencia, pero si acaso... Estaba atento a la menor perturbación; le intrigaba saber cómo soportaría el extranjero las explosiones de láser y los cohetes nucleares.

La imagen creció en las pantallas: era una gota de lluvia truncada, ridículamente pequeña comparada con la bestia marina de *Yonuar*. Equiparó la órbita con tanta facilidad que Tryntaf sintió que sus labios sorbían el aire. ¡Muerte y condenación! ¿Por qué no partían en dos ese casco y convertían a la tripulación en una mancha rojiza? Tenía que haber algún tipo de contracampo...

La nave se mantenía a pocos kilómetros de distancia, y Tryntaf se esforzó en mantener la calma. Sin duda apelarían a él, por lo que había que mantener los nervios serenos, la mente alerta. Sus órdenes secretas mencionaban que los galácticos se habían ido de Merseia enfadados porque todo el planeta no se dedicaba a cierta tarea. Las Manos habían tratado de imponer moderación; naturalmente harían todo lo posible por complacer a sus huéspedes que venían de las estrellas, pero también tenían otras preocupaciones. Según parecía, los galácticos no aceptaban que los asuntos de mundos enteros fueran más importantes que sus deseos privados. Necesariamente tal actitud tropezó con altanería, para impedir que el nombre de los Vachs de todas las naciones quedara rebajado.

Fue así cuando la pantalla de comunicación exterior transmitió una imagen. Tryntaf mantuvo un dedo sobre el botón de combate. Le costaba mucho ocultar su repulsión. Esas facciones finas, pelo tupido, el cuerpo sin cola y la piel parda y velluda parecían una grotesca caricatura de los mersianos. Habría preferido hablar con el acompañante, al que veía al fondo. Era una criatura de los más extraña...

A pesar de todo Tryntaf hizo gala de las amabilidades de rigor y preguntó a los galácticos sus intenciones con un tono de voz imperturbable.

Para entonces Falkayn ya dominaba perfectamente la lengua moderna.

—Capitán —dijo—; lo siento mucho y pido disculpas, pero deberá volver a su base.

El corazón de Tryntaf dio un vuelco. Sólo su arnés le impidió saltar hacia atrás para flotar a través del puente en el vuelo como un sueño de gravedad cero...

Pero tragó saliva y trató de hablar con calma.

—¿Por qué razón?

—Ya se la hemos comunicado a diferentes líderes —dijo Falkayn—, pero como no están de acuerdo con la idea, también se la explicaré a usted personalmente.

»Alguien, no sabemos quién, ha raptado a un miembro de nuestra tripulación. Estoy seguro, capitán, que usted comprenderá que nuestro honor requiere que nos la devuelvan.

—Comprendo —dijo Tryntaf—. Y lo honorable sería que nosotros le ayudemos. ¿Pero qué tiene que ver esto con mi nave?

—Déjeme continuar, por favor. Deseo demostrar que no queremos ofender a nadie. Nos queda poco tiempo para prepararnos para el desastre que se avecina y escaso personal para hacerlo. La contribución de cada uno es de vital importancia. El conocimiento especializado de nuestra compañera desaparecida nos es particularmente imprescindible. De manera que su vuelta es de la mayor importancia para todos los mersianos.

Tryntaf dejó escapar un gruñido. Sabía que el argumento era aparentemente plausible, destinado a que su pueblo encontrara aceptable capitular a la voluntad de los extranjeros.

—La búsqueda se torna infructuosa y desesperanzada si la pueden trasladar por el espacio —dijo Falkayn—. Por lo tanto, mientras siga faltando, debemos detener todo el tráfico interplanetario.

—¡Imposible! —dijo Tryntaf dejando escapar una maldición.

—Al revés —dijo Falkayn—; confiamos en contar con su colaboración, pero si su deber se lo impide, nosotros dos estamos en disposición de hacerle cumplir el decreto.

Tryntaf se sorprendió escuchándose decir entre oleadas de furia:

—No he recibido semejantes órdenes.

—Es muy lamentable —dijo Falkayn—; sé que sus superiores las darán, pero eso lleva tiempo y esta emergencia no puede esperar. Tenga la amabilidad de volver a su base.

El dedo de Tryntaf se posó sobre el botón.

—¿Y si no lo hiciera?

—Capitán, no queremos poner en peligro su preciosa nave...

Tryntaf dio la señal.

Sus artilleros conocían el alcance adecuado. Hubo un vómito de rayos y cohetes. Pero ningún misil dio en el blanco. El enemigo flotó a un lado y los dejó pasar como si fueran piedras arrojadas. Un rayo de pleno poder dio contra la nave, pero no acertó el caso. Llovió una infinidad de chispazos contra una barrera invisible.

La pequeña nave realizó una curva como una aeronave. De su trompa salió un rayo que lamió brevemente. Sonaron las alarmas. Control de daños vociferó con histeria, que la plancha de blindaje había sido rebanada como madera blanda cortada por un cuchillo. No hubo mucho daño; pero si el impacto hubiera sido dirigido a los tanques de reacción masiva...

—Esto es realmente penoso, capitán —dijo Falkayn—, pero los accidentes son inevitables cuando las armas están excesivamente automatizadas, ¿no cree? Por la

seguridad de su tripulación, por la de su país, de la que su nave es responsable, lo insto a reconsiderar su decisión.

—Alto el fuego —jadeó Tryntaf.

—¿Volverá hacia el planeta, entonces? —Preguntó Falkayn.

—Maldito sea, sí —contestó Tryntaf con la boca reseca.

—Bien, ha demostrado que es un hombre sabio, capitán. Le saludo. Ah, quizá desee avisar a sus compañeros comandantes en diversos lugares para que tomen medidas y eviten futuros accidentes... Mientras tanto, haga el favor de comenzar el retorno.

Los chorros penetraron en el espacio. *Yonuar*, orgullo de los Vachs, empezó su espiral hacia adentro.

A bordo de la *Apenas*, Falkayn se enjugó la frente y sonrió débilmente a Adzel.

—Por un minuto temí que ese imbécil fuera a descargarse con toda la artillería.

—Habríamos podido ponerlo fuera de combate sin víctimas —dijo Adzel—, y creo que tienen banco de vida.

—Sí, pero imagínate el desperdicio; y la inquina...

Falkayn se estremeció.

—Vamos, empecemos ya. Tenemos muchos otros que aprehender.

—¿Crees que podremos nosotros, una nave civil solitaria, bloquear el globo entero? —Preguntó Adzel—. No recuerdo que se haya hecho nunca.

—No, yo tampoco lo creo. Pero eso se debe a que la oposición también tiene cosas como el impulso de gravedad. En cambio, las naves a remo de los mersianos son algo distinto. Sólo necesitamos vigilar este único planeta. Es un embudo por el cual pasa todo.

Falkayn puso tabaco en la pipa.

—Escucha Adzel. ¿Por qué no redactas nuestro bando al público? Tienes más tacto que yo.

—¿Qué puedo decir? —Preguntó el wodenita.

—Oh, el mismo galimatías que yo inventé recién pero aderezado y atado con una cinta rosa.

—David, ¿crees de verdad que esto dará resultado?

—Tengo muchas esperanzas. Escucha, todo lo que pediremos será que dejen a Chee en lugar seguro y nos notifiquen donde está. Juraremos que no tenemos intenciones de castigar a nadie y haremos que eso sea plausible señalando que los galácticos deben demostrar que empeñan su palabra para que su misión tenga alguna posibilidad de éxito. Si los raptos no hacen caso... bueno, en primer lugar, tendrán en contra a toda la población que saldrá en pos de ellos en una cacería organizada y durante todo el tiempo que sea necesario. En segundo lugar, ellos mismos serán víctimas del bloqueo. Sean quienes sean. Pues nadie tendría tanto tráfico interplanetario si no fuese esencial para la economía.

—No debemos ser causa de que nadie muera de hambre —dijo Adzel,

moviéndose incómodo.

—Eso no sucederá. No se envía comida a través del espacio, salvo artículos para gourmet; es demasiado costoso. ¿Cuántas veces debo repetirte lo mismo, cabeza hueca? Lo que causaremos es que todo el mundo pierda dinero. Megacréditos per diem. Y algunos Mersianos-muy-importantes quedarán detenidos en lugares como Luridor, y quemarán los rayos láser ordenando a sus súbditos que remedien ese estado de cosas. Las fábricas cerrarán, los puertos espaciales estarán inactivos, las inversiones decaerán, el equilibrio político y militar resultará trastornado... Puedes agregar lo que quieras.

Falkayn encendió la pipa y dejó escapar una nube azul.

—No creo que las cosas lleguen tan lejos —continuó—, los mersianos son tan capaces como nosotros de prever las consecuencias. Ya no se trata de un desastre hipotético dentro de tres años sino de la erosión inmediata del poder y el dinero. De manera que pondrán en primer término en sus agendas encontrar a los raptos y desahogar con ellos su resentimiento. Los raptos también saben todo esto y confío que también verán amenazada su cesta de pan. Apuesto que en pocos días estarán dispuestos a cambiar a Chee por un armisticio.

—Y confiemos que haremos honor al mismo —dijo Adzel.

—Ya te digo que tendremos que hacerlo. Aunque deseemos lo contrario.

—Por favor, David, no seas tan cínico. Me avergüenza ver que pierdes mérito.

—Pero obtengo ganancias —dijo Falkayn con un chasquido—. Vamos, Muddelhead —dijo dirigiéndose a la computadora—. A ver si encuentras otra nave.

El salón de teleconferencias del Castillo Afon podía dirigir un circuito cerrado que abarcara el mundo. Ese día tenía la oportunidad de hacerlo.

Falkayn se sentó en una silla que había traído, mirando por encima de la mesa atravesada por las dagas de guerreros primitivos hacia el mosaico de pantallas que ocupaba la pared opuesta. Cien rostros mersianos, o más, se humillaban ante él. A esa escala carecían de individualidad. Excepto uno: una fisonomía negra circundada por marcos vacíos. Ningún señor pondría su imagen junto a la de Hagan Eluatz.

Morruco, la Mano de Vach Dathyr que estaba junto al humano, se levantó y dijo con una ceremoniosidad rígida: «En el nombre de Dios y de la Sangre, nos hemos encontrado. Que sea para bien. Que la sabiduría y el honor queden escudo junto a escudo...».

Falkayn escuchaba distraído. Estaba ensayando un discurso. En el mejor de los casos, arriesgaba la molestia de una bomba de cobalto.

No había peligro, por supuesto. *Apenas* flotaba a la vista de Ardaig. La televisión se encargaba de transmitir la imagen por toda Merseia. Y lo ligaban a Adzel y Chee Lun, que estaban al pie de las armas. Estaba protegido.

Pero lo que tenía que decir podía provocar una ira tan tremenda que ponía en

peligro su misión. Tendría que decirlo con infinito cuidado... Y confiar en el resultado.

—... obligación hacia un huésped requiere que le escuchemos —terminó Morruco bruscamente.

Falkayn se puso en pie. Sabía que a los ojos de los presentes era un monstruo con motivaciones incomprensibles, y que había demostrado ser peligroso. De modo que vestía su traje gris más simple, no llevaba armas y habló con palabras suaves.

—Beneméritos —dijo—: perdonad que no enumere vuestros títulos, ya que pertenecéis a diversas naciones y rangos. Pero sois quienes deciden por toda una raza. Confío en que estaréis dispuestos a hablar tan francamente como yo. Esta es una conferencia secreta, de carácter informal, cuyo objetivo es examinar cuál es la mejor opción para Merseia.

»En primer lugar, dejadme expresar mi gratitud por los generosos y positivos esfuerzos que habéis hecho para lograr que mi compañera de equipo fuera devuelta sana y salva. Y también, agradeceros por satisfacer mi deseo de que... ehm, el jefe Hagan Eluatz participe en esta honorable asamblea, si bien bajo la ley carece del derecho de hacerlo. Pronto explicaré la razón. Por último, dejarme expresar una vez más mi sentimiento por la necesidad de detener vuestro comercio espacial, aunque fuera por un breve período y mis gracias por la cooperación en esta medida de emergencia. Espero que considerareis cualquier pérdida reconocida cuando mi gente llegue para ayudaros a rescatar vuestra civilización.

»Y bien, ha llegado el momento de que hagamos a un lado el pasado y miremos hacia adelante. Tenemos el deber de organizar la gran tarea. El problema es: ¿cómo hacerlo? Los técnicos galácticos no desean usurpar ninguna autoridad mersiana. En realidad tampoco pueden hacerlo. Son muy pocos, completamente extranjeros, y están demasiado ocupados. A fin de hacer la tarea requerida en el escaso tiempo disponible debéis aceptar la guía de los poderes correspondientes. Además, tenéis que depender en gran medida de las instalaciones existentes. Naturalmente, con la autorización de aquellos que controlan esas instalaciones. No es necesario que entre en detalles. Líderes expertos como sois vosotros beneméritos, pueden captar fácilmente lo que esto entraña.

Carraspeó un poco.

—Es importante que nos hagamos una pregunta: ¿Con quién habrá de trabajar en contacto más estrecho nuestra gente? No tenemos ningún deseo de discriminar. Todos seréis consultados dentro de la esfera de sus prerrogativas observadas a lo largo del tiempo. Pero, como podéis ver fácilmente, un comité que incluya a todos es impracticable por lo grande y diverso que sería. Para nuestra gente es necesario que se trate de un pequeño consejo mersiano unificado al que se pueda conocer bien y con el que se puedan desarrollar procedimientos efectivos al momento de decidir.

»Además, los recursos del sistema entero deben ser usados coordinadamente. Por ejemplo, no es posible permitir que el País Uno acapare minerales necesarios para el

País Dos. Debe haber libertad para que los embarques se dirijan adonde sea sin ninguna interferencia, y todas las naves disponibles deben estar en servicio. Podemos dotarlas de pantallas de radiación, si queréis, pero no podemos proporcionaros de tantas naves como necesitaréis. Sin embargo, al mismo tiempo, es preciso continuar con cierta cantidad de actividad ordinaria. La gente tiene que comer, por ejemplo. Entonces, ¿cómo estableceremos una distribución justa de los recursos y un sistema equitativo de prioridades?

»Creo que estas consideraciones os ponen de manifiesto, beneméritos, lo esencial que resulta contar con una organización internacional que esté en condiciones de dar información *imparcial*, aconsejar, coordinar... Si cuenta con instalaciones y personal propio, tanto mejor.

»¡Ojalá que tal organización tuviera existencia legal! Pero no la tiene, y dudo que haya tiempo suficiente para formar una. Si me perdonáis por lo que diré, Merseia está demasiado saturada de odios y celos para unirse del día a la noche en una organización tal. En realidad, será necesario vigilar de cerca al grupo internacional; de otro modo tratará de agrandarse o disminuir a los otros. Nosotros los galácticos podemos hacer esto con una organización. Pero no con cien.

»Entonces no tengo un poder plenipotenciario —Falkayn echaba de menos la pipa; el sudor le perlaba la piel—. La tarea de mi equipo es hacer solamente ciertas recomendaciones. Pero la cuestión es tan urgente que cualquier esquema que proporcionemos tendrá que ser aceptado sin más para que la tarea se cumpla. Y hemos encontrado un grupo que trasciende el resto. Para él, las barreras entre pueblo y pueblo no existen. Es grande, poderoso, rico, disciplinado y eficiente. No es exactamente lo que mi civilización preferiría para la salvación de Merseia; sinceramente, preferiríamos que se perdiera en vez de afirmarse más. Pero tenemos un refrán que dice que la necesidad tiene cara de hereje.

Falkayn pudo sentir que la tensión aumentaba como una tormenta que se prepara. Pero antes de que llegara la explosión se apresuró a decir:

—Me refiero a los gethfenu.

Lo que siguió fue indescriptible.

Pero después de todo, estaba anunciando solamente lo que contendría su informe. Podía señalar que él mismo tenía un resentimiento personal contra ellos, pero que lo hacía a un lado por el bien común. Y hasta podía darse el lujo de hacer algunas observaciones imaginativas respecto a los hábitos y antepasados dirigidas a Hagan (que sonreía y parecía muy satisfecho). Horas más tarde, al finalizar, la asamblea acordó considerar la propuesta. Falkayn sabía bien el resultado: Merseia no tenía salida.

Las pantallas se apagaron.

Sudando, tembloroso, exhausto, miró a través de la quietud la cara de Morruco Hacha-Larga. La Mano se elevaba por encima de él. Sus dedos se retorcían ansiosos cerca de la culata de la pistola. Y mordiendo cada palabra, Morruco dijo:

—Confío en que se da cuenta de lo que hace. No sólo ayuda a perpetuar a esa banda; le presta legitimidad. Podrán alegar que ahora forman parte de la sociedad organizada.

—Entonces, ¿no tendrán que acatar sus leyes? —pregunto Falkayn con la laringe dolorida y la voz ronca.

—Ellos nunca —Morruco se quedó un momento pensativo—. Pero llegará el momento de hacer cuentas; los Vachs se encargarán de hacerlo, si nadie más se atreve. Y después..., ¿nos enseñaréis a construir navíos para cruzar el espacio y navegar entre las estrellas?

—Si yo tengo poder de decisión en la materia, no —contestó Falkayn.

—Otro asunto, no muy importante después de todo. Estamos dispuestos a aprender mucho más, y sobre esa base... Bien, galáctico, ya lo verán nuestros nietos.

—¿Acaso cree que la simple gratitud disminuye su dignidad?

—No. Ya habrá suficientes almas blandas, constructoras de sueños, también entre los de mi raza, para hacer una verdadera orgía de sentimentalismo. Pero entonces usted ya estará de vuelta en su patria. Yo esperaré.

Falkayn estaba demasiado agotado para discutir. Observó la formula de despedirse y llamó a la nave para que vinieran por él.

Más tarde, atravesando la noche interestelar, escuchaba la diatríba de Chee.

—... todavía debo vengarme de esos garras sucias. Lamentarán haberme tocado.

—No tienen intención de volver, ¿verdad? —preguntó Falkayn.

—Ug... no —contestó ella—. Pero los ingenieros necesitarán recreación en Merseia. Ya se encargarán los gethfennu de proporcionársela, sobre todo juego, me imagino. Si yo sugiriera que nuestros muchachos lleven ciertos adminículos miniatura que puedan controlar, por ejemplo, una rueda...

Adzel suspiró.

—¿Por qué nosotros, las criaturas vivientes, debemos ser siempre perversas en este espléndido y terrible cosmos?

—Si no fuera así no nos divertiríamos tanto —dijo.

Hombres y no-hombres todavía estaban trabajando cuando el frente de ondas de la supernova llegó a Merseia.

La estrella llenó repentinamente la noche meridional, un tercio del brillo de Koricj, demasiado salvaje para mirarla a simple vista. La tierra se inundó de fulgores azules, las sombras se destacaron precisas y afiladas, árboles y montañas se destacaron como iluminados por el rayo. Las alas batieron alejándose de las selvas, se oyó el grito de animales a través del aire perturbado, los tambores doblaron y las plegarias se elevaron en aldeas que antes habían temido a la oscuridad y ahora rogaban por ella. Siguió un día cárdeno y espeluznante.

Pasados los meses la estrella se apagó hasta convertirse en la punta de un alfiler

apenas visible cuando el sol estaba alto. Pero creció en belleza, ya que su fulgor avivó el gas que la rodeaba de modo que brillaba en medio de una blancura que se profundizaba en el borde hasta un violeta azulado y un encaje nebuloso que resplandecía en con cien tonalidades mágicas. Desde entonces, también el cielo de Merseia exhibió enormes estandartes temblorosos de aurora cuyo susurro se oía en el cielo. Un olor a tormenta flotaba en todos los vientos.

Después empezó la lluvia nuclear. Y nada volvió a ser gracioso.



POUL WILLIAM ANDERSON (Bristol, Pensilvania, 1926 - Orinda, 2001). Escritor de ciencia ficción estadounidense.

Nacido en 1926 en Bristol, Pensilvania, de padres escandinavos emigrados a Estados Unidos, cursó estudios universitarios en física en la Universidad de Minnesota, graduándose en 1948. Para entonces ya había publicado varios relatos en la revista *Astounding* (había empezado a escribir relatos de ciencia ficción en 1937 cuando cae convaleciente de una enfermedad), el primero, *A matter of relativity*, en el número de septiembre de 1944. En 1947 publicó su primera obra de envergadura: *Tomorrow's children* en el *Astounding* de marzo, cuando sólo contaba veinte años; este relato sería uno de los tres que formarían la novela postapocalíptica *El crepúsculo del mundo*. Además, colaboró con *Duel on Syrtis* para *Planet Stories* de la edición de marzo de 1951 —sobre el seguimiento que un terrícola hacía de un extraterreste en Marte—, un relato de ficción corta con temática inusual en el campo de las aventuras interplanetarias.

Los beneficios obtenidos de todos estos trabajos le llevaron a tomar la decisión de dedicar «un año sabático» consagrado a escribir. El año sabático se prolongó hasta el último momento de su existencia.

Entre sus primeras novelas se encuentra *La onda cerebral*. Sus libros posteriores pueden agruparse en sagas, como la serie de la «Liga Polisotécnica» protagonizada por Nicholas van Rijn, la «serie Flandry» de Dominic Flandry, o los viajes a través del tiempo de «La patrulla del tiempo» que comienzan en el relato *Guardianes del*

tiempo. Escribió obras que no tienen nada que ver con las series anteriores, como *Tau Cero*. Autor prolífico tocó muchos de los temas habituales de la ciencia ficción, desde los viajes en el tiempo a las invasiones extraterrestres, y desde las naves generacionales al posthumanismo.

En su última época escribió una tetralogía que comienza con *Cosecha de Estrellas* (1993).

Formó parte del círculo de escritores de John W. Campbell que configuraron la llamada edad dorada. Relatos suyos como *El último viaje*, *No habrá tregua para los Reyes*, *Carne compartida*, *La reina del Aire y la Oscuridad*, *El canto del chivo*, *La luna del cazador* y *El juego de Saturno* han obtenido varios premios Hugo y Nébula en su categoría.

También ha escrito algunas novelas de fantasía, como *Tres corazones y tres leones* o *La espada rota* o la serie «Rey de Ys», y novelas policíacas. En este campo *A Midsummer Tempest* ganó en 1975 el Mythopoeic Fantasy Award.

Era el suegro de Greg Bear. En algunas de sus historias utilizó el pseudónimo de «A. A. Craig», «Michael Karageorge» y «Winston P. Sanders».

Murió en 2001 de cáncer de próstata.

Notas

[1] Los títulos y fechas dados son los de la primera publicación completa con cambio de títulos indicados cuando es necesario. <<

[2] Orden cronológico interno: *Marius* (1957), *El hombre de las Naciones Unidas* (1953), *El hombre sensible* (1953), *La gran lluvia* (1954), *Quijote y el molino de viento* (1950), *Fuera del vientre de hierro* (1955), *Fría victoria* (1957), *Las nieves de Ganímedes* (1955), *Brake* (1957), *The Troublemakers* (1953), y *Preguntas y respuestas* (*Planeta de no retorno*, 1954). No hubo intención de que la última historia formara parte de las series, pero sin embargo pertenece a ellas. El autor permitió que se la agregara, *post hoc*. <<

[3] *La vida de vuestro tiempo* (1965), *En la sombra* (1967), *El enemigo extranjero* (1968). <<

[4] *The Star Plunderers* (1952), *Sargasso of Lost Starships* (1952), *El pueblo del viento* (1973), *Ensign Flandry* (1966), *Avanzada del Imperio* (1967), *Un circo de infiernos* (1969), *Los mundos rebeldes* (1969), *El día de su retorno* (1973), *Agente del Imperio Terráqueo* (1965), *Flandry de Terra* (1965), *Una tragedia de errores* (1968), *Let the Spacemen Beware!* (1963), *The Sharing of Flesh* (1968), y *Starfog* (1967). <<

[5] James Blish: *Poul Anderson: La explosión perdurable*, *The Magazine of Fantasy and Science Fiction*, abril de 1971, 54. <<